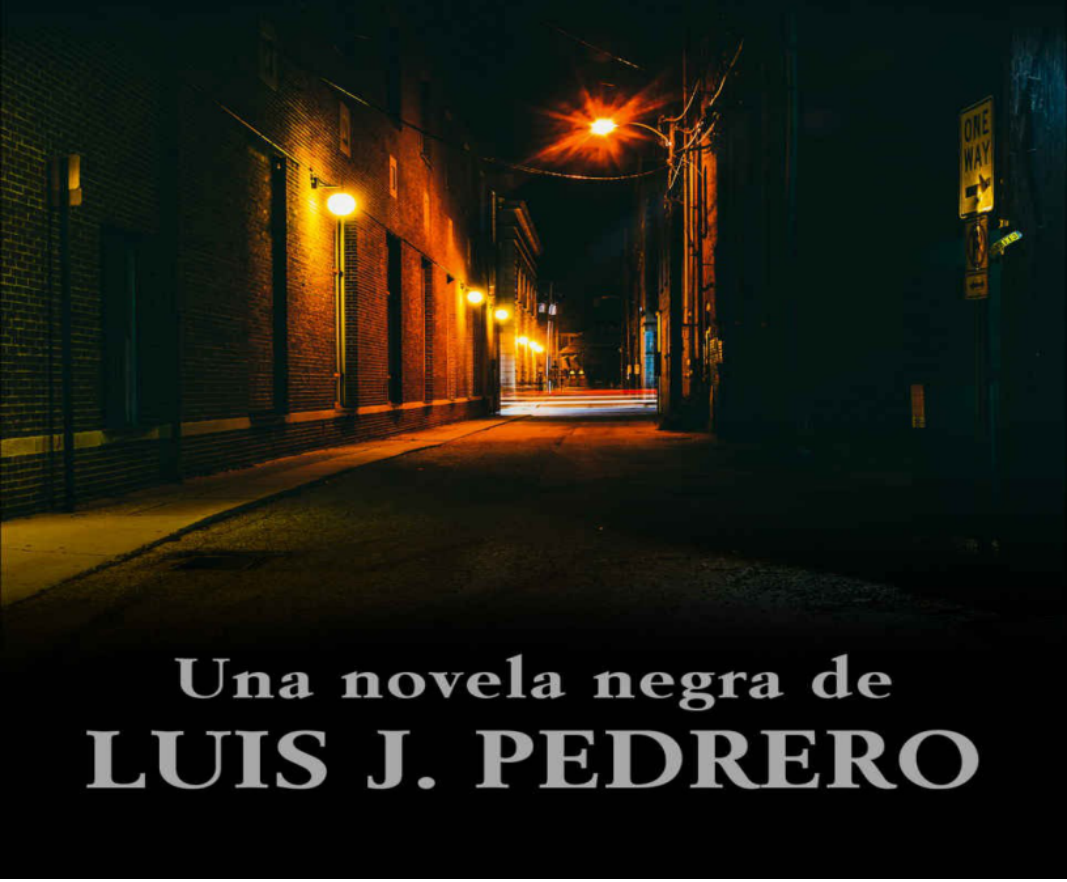
EL DETECTIVE SALVAJE



Una novela negra de

LUIS J. PEDRERO

EL DETECTIVE SALVAJE

SERIE MARK CANNON Nº1

LUIS J. PEDRERO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

1

Retrasé tanto como pude el reencuentro con Bob hasta que fue inevitable. Ninguna de las demás opciones era sólida. Además, me acababa de divorciar y necesitaba dinero con urgencia. Bob debía ser mi primera jugada porque así había sido siempre cuando me encontraba en apuros. Solo que esta vez había un ligero inconveniente: la amistad estaba rota.

Antes de verle, me encerré durante tres semanas en la casita de la piscina de mi amiga Sarah, para así lamer las heridas causadas por la separación de Kim.

Cuando no pensaba en ella, imaginaba cómo sería la conversación con Bob en su despacho. Me mostraba cálido, sereno, humilde, como si nada hubiera sucedido entre nosotros. A veces creía que Bob iba a ayudarme a salir del atolladero económico. Otras veces creía que jamás perdonaría mi traición.

Me hubiera gustado enviar a Bob a tomar por culo, pero el problema eran mis cuarenta y pocos años. A esa edad regresar con éxito a la industria del cine porno es una quimera, y mucho más después de un largo periodo de ausencia. Si bien mi cuerpo conservaba una cierta musculatura, quedaba lejos de la tersura y vigor de mi época dorada como gran estrella.

Sí, contaba con oportunidades para ganarme un sueldo decente en papeles menores, pero debía someterme al penoso y humillante circuito de *casting*. Confieso que me daba reparo presentarme a cualquier papel cuando tiempo atrás había protagonizado una célebre saga. Por eso, el orgullo me invitaba primero a llamar a las puertas de quien me las abrió para el cine porno veinte años atrás.

Nunca me atreví a decírselo en persona, pero Bob siempre fue para mí como un padre. Soy consciente de que es una expresión socorrida, sin embargo, no encuentro la mejor manera de describir nuestra relación.

Al principio de todo, yo era alguien que naufragaba todos los días sobre las aceras hostiles de Los Ángeles. Caminaba con esa malsana indulgencia de mí mismo, como si la vida me debiese algo por la injusticia a la que me había sometido. En realidad, estaba perdido en el delirio de mi recién estrenada juventud, malgastando mi existencia en noches vacías donde el alcohol y las drogas me iban destruyendo mordisco a mordisco.

En una de esas aventuras en las que no se atisbaba un final decente, acabé encerrado por prostitución en la comisaría del centro.

¿Cómo llegué hasta ahí? Es algo que no logro recordar por más que estrujo el cerebro. Lo relevante es que fue allí donde conocí al viejo Bob.

Pese a que no me encontraba con ánimo de hablar, enseguida quiso entablar conversación. Se notó al segundo que era de esas personas que no soportan el gélido silencio entre desconocidos. La gente extrovertida siempre sabe moverse con soltura en cualquier lugar, incluso si ese lugar es sórdido.

—¿Quieres saber qué hago aquí, muchacho? —me preguntó—. Le he dado un buen puñetazo a un policía idiota por ponerme una multa.

Lo dijo como si fuera una travesura de niños. A pesar de que yo contestaba con gruñidos, Bob siguió hablando con una naturalidad pasmosa, desgranando el altercado con todo lujo de detalles.

Me llamó la atención la elegancia de su vestimenta, su delgadez y una mirada serena. Reía con estrépito, luciendo una magnífica dentadura blanca. Dijo que confiaba en que saldría en cuestión de minutos. Su abogado ya debía estar en camino. Preguntó por qué yo estaba allí y se lo conté de una forma muy breve.

Antes de marcharse, cuando el policía ya había abierto la puerta de la celda, estrechó mi mano y la cubrió. Era la primera vez que alguien lo hacía de esa forma, como si se sintiera honrado por haberme conocido. Fue un detalle que nunca olvidé y que acabé por imitar.

Al cabo de una media hora, para mi sorpresa vinieron a buscarme. Habían pagado la fianza, así que era libre para irme donde se me antojara. Pensé que era una equivocación. En aquella época no tenía a nadie a quien le importase lo suficiente. No me costó averiguar quién había desembolsado el dinero. El abogado de Bob me esperaba a la salida para entregarme un mensaje.

—Bob quiere verte mañana a las nueve en su oficina de Culver City. No llegues tarde.

Hasta el día de hoy continúo sin saber por qué me ayudó o qué fue lo que vio en mí, si es que acaso vio algo. Nunca se lo pregunté. Acepté el favor sin rechistar. A decir verdad, es posible que hubiera entrado en el mundo porno sin su ayuda, porque desde pequeño la sexualidad no dejaba de cosquillearme y mi miembro era notable. Sin embargo, la forma en la que accedí a la industria, como si fuera ella quien me llamara y no al revés, me pareció demasiado seductora para rechazarla.

Y es que Bob me lo enseñó todo.

Me convenció de que el sexo anal está mitificado, de lo que significa el *canning* y el *pissing*, se inventó mi nombre artístico (Cannon), me desveló el poder de los distribuidores, con qué actores y actrices trabajar y a quiénes evitar, cómo comportarme en los rodajes, cómo tratar a las actrices…

Lo más relevante fue que me inculcó el sentido de espectáculo del porno. *No se trata de follar sino de actuar*.

—El cuerpo no es tuyo, pertenece a la cámara —repetía una y otra vez.

Gracias a él me convertí con rapidez en un excelente profesional. Cada película es un aprendizaje continuo y, por qué no decirlo, un viaje de placer indomable, por eso en el primer rodaje fue difícil creer que aquello era una auténtica profesión.

Sin embargo, la influencia de Bob fue muy acusada. En muchas de las decisiones de mi vida personal también buscaba su conformidad. El apartamento donde vivía, la ropa que llevaba, los restaurantes a los que acudía, el gimnasio que frecuentaba, las novias fugaces… Siempre le preguntaba su opinión.

Era la primera vez que tejía una relación tan íntima con alguien que percibía el calor de la figura paterna. No era raro que me sintiera un privilegiado. Alguien como él, que parecía abarcarlo todo, se volcaba para dar sentido a mi existencia.

Bob siempre brillaba de una manera fulminante cuando no se dejaba arrastrar por la ira. A veces me alegraba cuando perdía el control de los nervios porque eso, a mis ojos, lo hacía más humano. No sucedía con frecuencia; si acaso cuando se le desobedecía y se demostraba después que había sido un error clamoroso.

Siempre expresaba sus emociones a todo aquel que deseara escucharlas. Salvo a Kim nunca llegué a conocer a alguien tan bien como a Bob. Y eso me atraía como un imán porque yo guardaba secretos.

No creo equivocarme cuando afirmo que los años siguientes fueron los mejores. Empezaba a convertirme en algo aunque no sabía muy bien el qué. Conseguí ganar dinero y prestigio cuando a Bob se le ocurrió una saga de películas protagonizadas por un detective sagaz, machote y con un sombrero de ala ancha: Walcox. La intriga criminal quedaba en segundo plano porque lo sustancial residía en los eróticos interrogatorios, en la forma desmesurada, frenética y viciosa en la que el detective obtenía la información de culpables y sospechosas.

Algunos aficionados y colegas de profesión, observaron una evidente similitud con la saga interpretada en los setenta por el actor porno más famoso de todos los tiempos, John Holmes. Si Bob se inspiró en esas películas o fue una idea original, nunca me lo dejó claro.

En pleno apogeo de mi carrera, regresé por desgracia a los hábitos que solo conducen a la propia aniquilación. El proceso fue paulatino y a escondidas, con varios compañeros del equipo técnico y artístico de cada película. Alcohol y drogas (probé la mescalina) se pasearon de nuevo sin límites por mi organismo.

Bob sospechaba al verme pálido y ojeroso, pero cuando me preguntaba si había consumido lo negaba todo como un niño. Quería rebelarme, reivindicar mi propio yo, sentir que no debía nada a nadie, y menos a alguien que se comportaba como un padre obsesivo. Se trataba de ejercer mi libertad aunque cometiera errores mayúsculos; pero eran *mis* errores y nadie debía acudir al rescate.

Fue en aquella época cuando decidí trabajar en otras películas, lejos de la influencia de mi mentor. Me resultaba cada vez más difícil trabajar con él sabiendo que le había decepcionado.

Pero esas ínfulas de ser independiente, capaz de controlar mi destino sin la ayuda de nadie, se dieron de bruces con la realidad. Al cumplir los veinticuatro, un día la mezcla de Viagra y cocaína me ocasionó una erección permanente y un ataque al corazón.

Ocurrió en el rodaje de una película en México. Una auténtica bacanal con actores y actrices de todas las razas, que un visionario productor deseaba convertir en tendencia. Estoy hablando de la época cuando internet daba sus primeros pasos, y aún se rodaba en 35 mm. Algunos lo llaman los años dorados. Para mí fue una época oscura que casi acaba con mi vida.

Una vez recuperado tuve la sensación de encontrarme como al principio, tirado en la calle, desorientado y confuso. ¿Quién acudió de nuevo en mi auxilio?

Entonces Bob volvió a ser Bob, el viejo amigo que acude para envolverte con su cálido abrazo, el que no te juzga y sabe interpretar los silencios.

Volví a encarnar a Walcox después de una larga ausencia. Resultó extraño al principio porque fue como si de un golpe quisiera borrar los últimos años de desenfreno. Funcionó durante unos meses. Me entregaba como nunca en cada escena de sexo a cual más descabellada y salvaje. Las actrices me felicitaban y pedían trabajar conmigo de nuevo en otro proyecto.

Sin embargo, una sensación se iba apoderando de mí, la sensación de que me dejaba arrastrar, de que me movía sin una forma específica. Lo ignoré y continué trabajando de una manera intachable. Fue una etapa intensa en mi carrera porque llegué a participar en cincuenta películas en un año. Había dejado atrás las adicciones volcándome en los rodajes, nublando la mente en cada embestida, en cada gemido, en cada eyaculación.

Mi vida dio un nuevo giro cuando conocí a Kim. En un rodaje apareció en el camerino aplicando colorete en las mejillas de la actriz de turno. En sus ojos rasgados vibraba una alegría excitante mientras movía el pincel con soltura. Me quedé fascinado por la feminidad que trasmitía todo en ella, el cuerpo menudo, la piel tersa, los pómulos y una expresión de inocencia que me maravilló.

Para mí era una nueva clase de mujer, con el exotismo en sus rasgos que le daban un aire intrigante y arrebatador.

Al poco empezamos a salir y fui descubriendo los matices de una relación seria, la primera de mi vida. Las cenas románticas, las conversaciones sobre lo que haríamos el fin de semana, las tiernas miradas después del sexo, y la palpitante sensación de que le importas a alguien.

Bob recibió a Kim con los brazos abiertos, me habló de lo contento que estaba por mí y la contrató para otras películas sin que yo se lo pidiese. Que Bob aceptara mi relación con Kim me generó sensaciones contradictorias. Por un lado, el lógico agrado de que no manifestara ningún inconveniente, pero al mismo tiempo la inquietud de que en su aceptación llevaba implícito su conformidad, de que una vez más yo había acudido a solicitarle permiso.

Cuando lo nuestro se consolidó, Kim me pidió que abandonara la pornografía y que encontrara un nuevo empleo lejos del mundillo. Comprendí sus motivaciones, aunque no se trataba de una decisión sencilla. ¿De qué otra forma podía ganarme la vida? Al menos en la pornografía era alguien.

Me resistí a complacerla mientras empalmaba una película tras otra de Walcox. Cumplía con rigor mis obligaciones, cobraba el cheque y firmaba para la siguiente película. Yo era un engranaje más de la industria, una pieza bien engrasada que mantenía a todos satisfechos. Incluso llegué a ganar un premio al mejor actor en el festival erótico de Las Vegas. Fue entonces cuando por primera vez me pregunté por mi futuro al llegar el momento de la retirada. Bob me aconsejó que me convirtiera en productor y que me dedicara junto a él a descubrir nuevos talentos. La idea me tentó. Además, Kim se alegraría al cumplir en parte sus deseos.

Sin embargo, poco tiempo después la noticia de su embarazo me abrió los ojos. Hasta entonces nunca había pensado en la paternidad. Pensé en la enorme responsabilidad de convertirme en una referencia, y de pronto me avergoncé del legado que recibiría mi hijo. ¿Cómo iba a mirarle a los ojos sabiendo que me había decantado por el lado fácil de la vida? ¿Dónde estaban los retos, el estímulo de ir más allá que cualquier otro? Vi claro que debía apartarme de la pornografía por completo, de lo contrario sería difícil ganarme su respeto.

Fue en ese momento cuando se produjo la ruptura con Bob. Había firmado un contrato y le pedí que lo rompiera. Ni siquiera contemplé la posibilidad de que al menos fuese mi última película de Walcox. De pronto estaba harto del porno y de Bob. Me dominaba el ansia por huir a cualquier parte con Kim. Le expliqué mis razones, intentó convencerme, pero al saber de que mi decisión era firme, amenazó con demandarme y acabar conmigo.

Mi egoísta decisión significaba tirar a la basura una sustancial cantidad de dinero, además de la evidente deslealtad. No sé qué le dolió más. Contraataqué asegurando que si trabajaba en la película, convertiría el rodaje en un infierno que acabaría costando una fortuna. Acabó echándome del despacho a empujones y a gritos. Le había desafiado y ganado, demostrándome que en el fondo siempre había sido dueño de mis actos.

Cinco años después regresé a su despacho, regresé a Bob. Una vez más, él me salvaría de la nueva crisis en la que estaba inmerso.

2

Aquella mañana me levanté temprano. Vestido con el pijama, desayuné un bol de cereales con leche desnatada en una de las tumbonas de la piscina. El clima era agradable, un sol remolón despuntando capaz de alumbrar con un afectuoso calor matutino. Después me duché, y afeité la barba entre canosa y oscura cultivada con esmero de ermitaño.

Antes de ir a la oficina de Bob, me fijé si alguien salía de la puerta principal de la mansión. Sarah me había pedido que evitara ser visto, para que así los clientes de sus chicas no se sintieran incómodos por mi presencia. Salí de la mansión como si fuese uno más de los miles de trabajadores que acuden a sus oficinas a ganarse el pan de la jornada. Después de unas semanas sin ganas de salir, era estimulante sentirse parte de la civilización.

El motor de mi Sportster Iron 883 rugió en la calmada mañana, como una guitarra eléctrica en un monasterio de clausura. Bajé a una considerable velocidad por el estrecho sendero arbolado hasta que llegué a la autopista del Pacífico. Sorteé el tráfico con esa insolencia propia de las motocicletas hasta que llegué a Lincoln y después a Venice Boulevard. Reparé en las caras de las personas que había a mi alrededor en los coches, en las aceras, en los autobuses… Transmitían una seriedad de cementerio, sin duda fruto de la odiosa rutina.

A partir de las siete era siempre la mejor hora para encontrar a Bob en el despacho. Hombre de férreas costumbres, le encantaban las mañanas para trabajar. En pocos minutos me planté en el edificio que albergaba la productora. Aparqué sobre la acera, enfrente de una coqueta y pequeña cafetería llamada «Miami» que me trajo buenos recuerdos.

El olor a café me llegó como una dulce y tentadora melodía. No necesitaba inyectarme una jugosa dosis de cafeína, pero lancé una mirada entre nostálgica y curiosa al interior a través de la amplia ventana. Allí estaba Maggie sirviendo cafés y magdalenas a los primeros clientes del día.

El edificio, de tres plantas, ocupaba casi toda la manzana con una especie de torre sobresaliendo de la azotea. Las ventanas eran numerosas, estrechas y se extendían por toda la fachada. La pintura parecía más amarilla que blanca, quizá por el efecto del sol. Descubrí con sorpresa unos cuantos desconchados aquí y allá, como quien encuentra un insecto agazapado en la lechuga.

Crucé el vestíbulo con determinación. El conserje, de espaldas, no

reparó en mí. En un alarde de amor por el deporte decidí subir por las escaleras hasta el primer piso. En el último escalón noté el incómodo resuello de los cuarentones. Llamé al timbre. Olía fuerte a lejía y recordé que al final del pasillo se encontraban los cuartos de aseo para toda la planta.

Barbra me abrió la puerta. Sus ojos chispearon de sorpresa al reconocerme. Su aspecto se mantenía como siempre. El pelo corto, teñido para espantar las canas, una frente surcada por las arrugas y una expresión amable. Debajo de la rebeca llevaba una sencilla camisa de algodón adornada con un vistoso broche que, según me contó una vez, perteneció a su abuela. Nos abrazamos en una improvisada fiesta de la añoranza.

—Cuánto tiempo ha pasado, Mark —dijo asintiendo con la cabeza, como dándose la razón a sí misma—. Me he preguntado muchas veces por dónde andarías. Fue como si la tierra te hubiese tragado.

—Sí, ha pasado demasiado tiempo —dije, algo incómodo.

Intercambiamos atropelladas frases para ponernos al día hasta que me dijo que Bob estaba solo. Me despedí de ella con una sonrisa y me encaminé hacia el despacho. Ver a Barbra me había dejado con buen cuerpo, y deseé que esas magníficas sensaciones se prolongasen durante el reencuentro con mi viejo amigo.

Pero justo cuando pisaba el despacho algo de repente me hizo apartar la cabeza. Un objeto pasó zumbando cerca de mi oreja estrellándose con estrépito contra el marco de la puerta. Me quedé estupefacto. Con la boca abierta alterné la mirada entre los añicos de lo que fue un cenicero y entre Bob, que estaba sentado a su escritorio, impertérrito.

—Hola, Mark —me dijo sin levantar la vista de unos papeles que sostenía sobre el escritorio, y añadió con ironía—. Me alegro de verte.

Guardé silencio mientras me sentaba delante del escritorio sin dejar de observarle, pendiente en caso de que decidiera arrojarme un cóctel molotov. Por suerte sobre el escritorio no había nada contundente, sin embargo, a su espalda los afilados y brillantes trofeos del festival de cine erótico de Las Vegas me causaron cierta inquietud. Solo le bastaba con un rápido gesto para armarse con uno.

—¿En qué problema andas metido ahora? —Siguió sin alzar la mirada. Su actitud distante era comprensible después de lo ocurrido entre nosotros.

Las fotos de siempre seguían colgadas de la pared principal. Una colección en la que Bob aparecía con las mejores estrellas pornográficas de siempre: Jenna Jameson, Traci Lords, Stagliano, Rocco Sifredi… Las poses eran cercanas, espontáneas, dando a entender una relación más allá de lo profesional. Sin duda, las fotos eran un triunfo que exponía ante la humanidad.

—Quiero volver a trabajar —dije.

Por primera vez me miró. Noté un viento siberiano envolviendo mi pecho. Se echó para atrás, sobre el respaldo de la silla, para que su carcajada sombría resonara por toda la ciudad. Luego se puso de pie, negando con la cabeza, las manos en los bolsillos y se acercó hasta la ventana que daba a la calle. Su gesto era una suerte de estupor y satisfacción.

—¿Qué has hecho con el dinero que ganaste trabajando en *mis* películas? —preguntó de espaldas.

—Lo gasté en un gimnasio, pero no funcionó.

—¿Y Kim y tu hijo?

—Nos acabamos de divorciar. Josh lo ha aceptado más o menos bien —respondí—. ¿Cómo están Anna y Vera?

—Bien, bien —dijo sin mucho interés en extenderse.

Decidí que era el momento de soltar lo que me llevaba rondando desde mi mudanza a la casita de la piscina.

—Si sirve de algo, siento lo que pasó entre nosotros. Reconozco que me comporté como un capullo.

Bob volvió a sentarse. Mi súbita presencia le había trastocado el ánimo, pero poco a poco empezaba a recobrar la compostura y a afrontar lo que estaba sucediendo en su despacho. Vestía con su eterna elegancia: jersey rojo de marca, camisa blanca y pantalones de algodón. Busqué algún rasgo de envejecimiento, sin embargo, el hombre se conservaba mejor que una momia.

—Y ahora esperas a que vuelva a ayudarte —dijo con condescendencia.

—Estoy viviendo en casa de Sarah. Necesito dinero para salir a flote. No te pido un préstamo, sino volver a trabajar.

—¿Protagonizar películas? Pensaba que tu moral estaba muy por encima… Que te importaba lo que tu hijo pensara sobre ti cuando sea mayor.

—Solo quiero trabajar un poco, unas sesiones. ¿Me vas a dar el trabajo o vas a empezar a relamerte de gusto?

—¡No me vengas con exigencias!

—¡Quiero un sí o un no! ¡Eso es todo!

Se levantó del asiento y golpeó la mesa con ambas manos al mismo tiempo.

—¡Me traicionaste, maldito cabrón! ¡Me costaste trescientos mil doscientos cincuenta dólares con once centavos! ¡Y apareces aquí con una disculpa de mierda! ¿Cómo te atreves?

—¡Te hice ganar dinero! —me puse de pie, apuntándole con el dedo.

—¡No te debo nada, Mark! ¡Tú a mí sí! ¡Y mucho! Estoy harto de ayudarte para nada. Siempre haces lo que te da la gana. ¿Quieres que

te ayude para que luego me claves un puñal por la espalda como has hecho siempre? ¿Hasta cuándo, eh?

—Lo tuyo siempre fue un interés solo por el dinero, ¿qué te crees, que no me di cuenta? —Sabía que no era así, pero deseaba causarle daño.

Rodeó el escritorio y se colocó frente a mí con la respiración agitada. Pensé que iba a intentar agredirme con las manos. Mi cuerpo se tensó. Era el momento de largarse antes de que la situación se descontrolase. Lo último que deseaba era que nos liáramos a puñetazos. Llamarle había sido una mala idea, pero tuve que intentarlo sin importar cuánto mostraba de orgullo herido.

Bob metió la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó su cartera de cuero y, con el rostro crispado por la ira, se hizo con un fajo de billetes que tiró al suelo.

—¡Toma y vete de aquí!

Lo miré con desprecio. Me di la vuelta y salí de su despacho. Le dije adiós a Barbra, que se había quedado pálida al escuchar los gritos.

Regresé a casa lamentando mi fracaso. Trabajar en una de las producciones de Bob me hubiera garantizado unas buenas condiciones salariales. Además, otra de las ventajas era que el reparto de actores se sometía a rigurosos controles sanitarios, a diferencia de otros lugares donde miraban hacia otro lado. Era una tranquilidad trabajar con una actriz que demostraba con una documentación que no sufría ni de gonorrea, clamidia, papiloma, hongos vaginales o Gardnerella. Así uno se concentraba en la actuación, porque el porno no es más que eso, una actuación de penetraciones y eyaculaciones.

Consideré mis perspectivas laborales. A mi edad, si bien no era imposible ganarse la vida con cierta dignidad, costaría llegar a fin de mes a no ser que aceptara sesiones en producciones homosexuales, de las que nunca había querido saber nada.

Al llegar a la piscina, Sarah nadaba con suaves movimientos de piernas y brazos, mientras su cabello rojizo se desplegaba lánguido en el agua. Llevaba un bañador de una sola pieza que se ceñía a su cadera como si fuera una segunda piel.

Me senté en el borde de la tumbona para recrearme en la visión. Desde el divorcio, Sarah se había portado conmigo de maravilla y además era la única amistad que mantenía de la industria. Ambos teníamos una edad similar. Ella había sido una de las actrices porno más famosas hacía veinte años. Su apodo artístico fue «Dirty Sarah» y su fama alcanzó tal dimensión que se fabricaron consoladores con su nombre.

Pero la carrera de las mujeres se quema muy pronto, a lo sumo dura un par de años o un poco más si eres una estrella. La industria siempre ansía caras nuevas. Muchas terminan arruinadas porque no son capaces de soportar el abrupto recorte de gastos, acostumbradas a un alto tren de vida. Viven en una nube de fantasía donde el dinero es ilimitado. Luego caen de bruces frente a la realidad y están confusas porque no saben qué ha pasado. Entonces vuelven a casa de sus padres, o se casan con un viejo millonario o acaban en la prostitución.

Sarah Adams fue más lista y con el dinero ahorrado con miles de sesiones de anales, *fist fucking* y *pissing* se compró una fabulosa mansión en Bel-Air. Y con el tiempo se convirtió en la dueña del burdel más famoso de Los Ángeles.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó al darse cuenta de mi presencia.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza. Ella salió de la piscina usando las escaleras y, escurriéndose el cabello, se acercó. Como si fuera su lacayo, cogí el albornoz de la tumbona y se lo puse. Las gotas de agua decoraban su escultural cuerpo. La rutina de deporte y yoga habían ayudado a conservarlo de una manera ejemplar.

—Lo siento. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Llamaré a otras puertas.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras en la casita, Mark. Ya lo sabes. Contigo y Murray todas nos sentimos más seguras. Por cierto, ¿quieres ganarte un buen dinero de acompañante?

—No, gracias —dije sabiendo muy bien a lo que se refería.

Rechazaba la idea de acostarme con señoras viejas y ricas para cumplir sus más oscuras fantasías. Eso lo había hecho cuando era joven y estúpido, antes de encontrarme con Bob. Después me prometí que jamás volvería a alquilarme.

—Siempre fuiste un poco rarito —me palmeó las mejillas con cariño.

—¿Qué tal anoche? ¿Mucho trabajo?

—Muy tranquilo. Solo unos cuantos clientes habituales. Las chicas se aburrieron un poco. Me fui tarde a la cama, por eso me acabo de levantar.

La conversación quedó interrumpida por el tono de llamada de mi móvil. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y leí con sorpresa el nombre en la pantalla.

—¿Bob?

Miré a Sarah, incrédulo, y descolgué.

—Hola, Mark. ¿Estás ocupado?

—¿Por qué?

—Verás, lo he estado pensando y quizá he sido un poco duro contigo —Su voz sonó como el ronroneo de un lindo gatito. ¿Qué

estaba pasando?—. Es posible que tenga unas sesiones para ti, pero antes quiero pedirte un simple favor. Es muy sencillo.

Intercambié una mirada expectante con Sarah.

—Lo que sea cuenta conmigo, Bob.

—Ven mañana a mi oficina a eso de las siete de la tarde y te lo cuento todo.

—Allí estaré.

—Pues mañana nos vemos. Ah, una cosa. Trae la pistola de tu padre.

A la hora acordada fue el mismo Bob quien me abrió la puerta de su oficina. Me saludó con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa, algo incómoda. Me extrañó que llevara la misma ropa que el día anterior.

Le seguí hasta su despacho sin decir nada, a la espera de que me revelase el motivo por el que había pedido que llevara el arma. Bob sabía que siempre la guardaba en casa, y que no la sacaba a pasear bajo ningún concepto. Era más un maldito recuerdo de mi padre que una necesidad de protección.

—¿Y Barbra? —le pregunté, extrañado de que su empleada más fiel se ausentara de su puesto de combate. Trabajaba con ella desde el principio de los tiempos.

—Le he dado la tarde libre. Tenía que arreglar unos asuntos personales. Además, así podemos hablar a solas.

Ya en su despacho me hizo un gesto con la mano para que me sentara, justo donde el día anterior me había arrojado el dinero a la cara.

—¿Has traído el arma?

—No.

Bob hizo un gesto de dramática decepción.

—Antes quiero saber qué ocurre —dije, cada vez más a gusto en mi papel de hombre al que se le llama porque se le necesita—. Primero me tratas como a un perro y después somos los mejores amigos del mundo. ¿A qué estás jugando, Bob?

—A nada. No vamos a matar a nadie, si es lo que te preocupa. Es más… una precaución.

—¿En qué negocios turbios andas metido? Habla, que empiezo a perder la paciencia.

Bob miró hacia sus premios eróticos y se restregó la mano por la cara, como dándose tiempo para ordenar sus ideas. Recordé ese típico gesto suyo cuando ahí mismo le dije que me casaba con Kim.

—Debo dinero, muchísimo dinero. Ese es el problema en el que

estoy metido, Mark —Me miró e hizo otra pausa—. Lo he pedido a la gente inadecuada, ya sabes. Los únicos que te ayudan cuando los bancos te cierran las puertas. Y mis deudores me han puesto contra la espada y la pared. Han amenazado a Anna y a Vera.

—¿Cuánto debes?

—Unos cien de los grandes. Mis últimas películas no han funcionado bien.

En un descuido, sus ojos habían dejado escapar un brillo de debilidad. De repente, parecía más viejo y acabado.

—¿Tienes el dinero? —pregunté.

—Sin que Anna se enterara he tenido que pedir un préstamo al banco poniendo la casa como garantía. Algo que no quise hacer desde el principio para no poner en riesgo a la familia, pero al final no he tenido más remedio. Ha sido una de mis peores decisiones porque esta gente me engañó con las condiciones. Si me hubieran dicho la verdad desde el principio, no lo hubiera aceptado.

Se puso de pie y abrió con llave uno de los armarios. Junto a otros objetos sin importancia destacaba una abultada bolsa de supermercado. La señaló con desdén como si fuera ella la culpable de sus desgracias.

—Esta noche tengo que entregarles el dinero. Al tratarse de una cantidad elevada me han pedido que sea en un lugar discreto, en la cantera de Irwindale. Es la primera vez que trato con estos tipos y no sé qué va a pasar.

—¿Qué pinto yo en todo esto, Bob?

—Ya sabes que no me gustan las armas, por eso estaría bien contar con un amigo que tiene una. Les entrego el dinero y nos regresamos. Ni siquiera tendrás que bajarte del coche.

—No lo sé, Bob. Justo lo que necesita mi vida. Un lío de estos.

—¿Qué quieres a cambio? ¡Si quieres resucitaremos a Walcox! ¡O podremos iniciar una nueva saga llamada «Escándalo»! Es una idea que tengo desde hace tiempo. Fíjate, ¡una orgía loca en un hospital!

Encuadró las manos como si fuera un director francés de la *Nouvelle vague* hablando de su ópera prima.

—¿Con qué dinero? —pregunté, desconfiado, aunque la idea me seducía por completo. Ya no tendría que depender de la caridad de Sarah. Con el dinero generado, respiraría con tranquilidad los siguientes meses.

—Algo se me ocurrirá. Ya me conoces. Podemos asociarnos con Deluxe. Ya sabes que no es la primera vez que me encuentro al borde del abismo. Siempre consigo salir a flote.

Reflexioné un instante.

—Tenemos que pasar por casa de Sarah a recoger la Mauser —dije al fin—. ¿De verdad crees que hace falta?

—Me sentiría más tranquilo, la verdad. ¿Significa eso que me acompañas?

Lo más probable era que Bob no cumpliera su palabra de ofrecerme una saga, pero estaba convencido de que al menos me daría unas sesiones. ¿Qué podía salir mal?

—Sí, vámonos de excursión —dije con apremio—. A ver qué sucede.

Una sonrisa de agradecimiento iluminó su cara. Parecía que le hubiese salvado la vida.

3

Antes de dirigirnos a la cantera, nos ocupamos de dos pequeñas aunque imprescindibles tareas. La primera, recoger el arma de la casita de la piscina. Para ello nos desplazamos en el flamante Mercedes de Bob, en un trayecto de un cuarto de hora desde su oficina.

La Mauser estaba guardada dentro del armario del dormitorio, debajo de la ropa interior. Al mudarme a la casita preferí no advertir a Sarah por si acaso se negaba a aceptarla. La verdad es que costaba desprenderme de ella. Me había acompañado desde que muy joven abandoné el hogar paterno para buscarme la vida. Nunca la había disparado y solo unos pocos sabían de su existencia, pero lo que todos ignoraban es que La Mauser representaba un turbio pasado del que nunca me libraría.

La segunda tarea fue más placentera para los sentidos. A la vuelta nos detuvimos en un «Jack in the box» para alimentar nuestros cuerpos de comida hipercalórica. Bob apenas si tocó su hamburguesa de pavo y eso me sorprendió. Él siempre había sido de esos que en vez de estómago parecen albergar contenedores sin fondo. En los bufés libres de todo incluido, solía acumular platos en la mesa de una manera tan abusiva que un nutricionista se hubiera suicidado.

Supuse que los nervios de lo que se avecinaba le habían dejado sin apetito. Por mi parte, devoré el pollo y el arroz, aliviado porque esa misma mañana había completado la rutina de cardio en el gimnasio de la mansión de Sarah. Con esa pérdida de calorías, me podía permitir el lujo de comer lo que se me antojase.

La noche ya había caído sobre Los Ángeles cuando salimos del restaurante y nos subimos al Mercedes rumbo a la cantera. La situación que vivía era desconcertante cuanto menos. Me encontraba al lado de un viejo amigo al que dejé tirado tiempo atrás y parecía cosa del pasado.

Por si esto fuera poco, en el maletero había una bolsa de supermercado con una cantidad razonable de dinero para mantener el cuerpo en tensión. Mi regreso a la industria se estaba produciendo de una manera insospechada. Lo único que deseaba era que todo saliese bien y que Bob me diera trabajo. Los problemas económicos de mi amigo me importaban, por supuesto; sin embargo, tampoco iban a desvelarme. Bob tenía una edad lo suficientemente avanzada para ser responsable de sus actos.

—Tengo ganas de conocer a Josh —dijo Bob.

—Cuando quieras podemos quedar con Kim algún día. Te gustará, es un buen crío.

Con el fin de evitar atascos en el centro, estábamos dando un glorioso rodeo por Chinatown y Eagle Rock.

—¿Le dirás a tu hijo cuando sea mayor que te dedicas al porno? —me preguntó sin retirar la vista del tráfico.

Ante las innegables aristas de la jodida pregunta dejé escapar un suspiro para ganar tiempo. Cuando Josh nació me prometí que, llegado el momento, abordaría el espinoso tema con madurez. Kim fue partidaria de hablarlo con él con absoluta normalidad, es decir, usar el manual de mejores padres del mundo. Pero me daba pánico solo de imaginar la conversación.

—Voy a tener que hacerlo. No me gustaría que se enterara por sus compañeros de clase o por amigos.

—¿Puedo darte un consejo?

—Claro.

—No le digas nada y deja que se dé cuenta por sí mismo. Es lo mismo que hice yo con Vera. ¿Crees que me senté y le dije: mira, hija, tu padre se gana la vida gracias a la fornicación más bruta y degradante?

—¿Y ella nunca te ha preguntado nada?

—No, ni una palabra. Y me he ahorrado una conversación bastante incómoda.

—Seguro que Anna se lo ha dicho.

La esposa de Bob era una exactriz porno con la que llevaba casado casi quince años. La boda había tenido lugar en Las Vegas y yo había sido el padrino. El sueño de Anna siempre había sido convertirse en actriz seria de Hollywood, pero el porno arruinó sus planes.

—Lo dudo. Tampoco ella deseaba ese tipo de conversación con nuestra hija. Ya sabes que reniega completamente de esa época. Es más, ni se le puede preguntar sobre el pasado. Se pone hecha una furia.

—Sí, lo recuerdo.

—Por cierto, ¿Josh también tiene una poya como la tuya?

—¿A ti qué te importa?

—Si yo fuera su padre tendría curiosidad. Es algo natural, un don de la naturaleza que solo tienen unos privilegiados.

—Espero que mi hijo saque su carrera en la universidad, se case y sea feliz. Quiero nietos con los que pasear por el parque.

—Joder, con la edad te has vuelto un carca. Si quieres volver a trabajar en el porno necesitas una mente abierta. Siempre odiaste tu profesión, Mark, pero te ha dado de comer y mucho dinero que has gastado como has querido. Le deberías estar agradecido. Además, follaste con cientos de mujeres.

—Sí, lo sé. Pero no voy a estar hasta los setenta follando.

—¿Cómo que no? Mira las pelis de las viejas. Es un nicho rentable.

—Paso.

—Entonces, ¿qué otro talento tienes?

—Ninguno —admití paseando la mirada por los rascacielos encendidos—. El gimnasio se fue a la mierda.

Me dolió pensar que cuando mi hijo fuera mayor, me vería como a un viejo y triste actor porno sin nada más que ofrecer.

Entramos por la avenida Irwindale, doblamos por la Primera y volvimos a doblar por Peckham hacia el sur. La noche envolvía todo con su clásico manto de silencio e incertidumbre. Al otro lado de un muro de cemento estaba la cantera con potentes focos situados estratégicamente alumbrando las maquinarias, depósitos y casetas vacías. Como una diminuta ciudad de hierro oxidado.

Desde la cantera de Irwindale se abastecía de conglomerado a todas las carreteras y edificios de Los Ángeles. A pesar de este noble fin, nunca se me había ocurrido visitarla y menos a esas horas. Bob aminoró la velocidad para buscar una entrada.

La Mauser estaba en la guantera. Era un arma alemana de coleccionista, con un singular cargador interno enclavado frente al gatillo y una empuñadora tosca de madera. La favorita de la colección de mi padre, de ahí que obrara en mi poder. Algunos lo llamarían robo porque la obtuve sin su consentimiento, aunque yo prefiero llamarlo una venganza poética.

—¿Funcionará ese cacharro? —preguntó Bob señalando la guantera con la barbilla.

—Está cargada.

—No es lo que he preguntado.

Una serie de oficinas con amplio espacio para aparcar se sucedían al otro lado de la calle. El lugar parecía muerto. Todos se habían largado a sus casas para dormir, ver la televisión y empezar al día siguiente una nueva jornada de rutina y polvo en la cantera. Por suerte, nunca me plegué a ese tipo de horarios tan carcelarios a los que las empresas someten a sus empleados. Siempre viví a mi aire.

—Tiene que haber una entrada… —Bob miraba a todos lados con la nariz por encima del volante—. Creo recordar que había una, pero hace tiempo que no vengo por aquí.

—¿Qué te dijeron? ¿Dónde quedaste exactamente?

—En la cantera. Nada más.

—Magnífico —dije, con ironía.

Cuando lo oímos ya fue demasiado tarde. La furgoneta salió de la

nada y nos embistió por el lado de Bob. Me golpeé la cabeza con la ventanilla. Nos arrastraron unos veinte metros. Daba la sensación de que querían partirnos en dos. Procuré fijarme en la cara del conductor pero estaba demasiado oscuro. Bob se mantenía con los ojos cerrados y las manos aferradas al volante. Al chocar contra el muro de piedra que rodeaba la cantera, noté el reposabrazos clavándose en las costillas. Bob tenía medio cuerpo fuera de su asiento, pero se recompuso en cuanto pudo.

Enseguida oí cómo la puerta de la furgoneta se abría y unos pasos apremiantes se acercaban al Mercedes. Me giré. Pude ver que el tipo era corpulento, vestía con una sudadera gris sin mangas y una camiseta por debajo. Con un martillo rompió lo que quedaba de la ventanilla de Bob, que se protegió con ambos brazos.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó con voz ronca.

—¿Qué dinero? —dijo mi amigo, temblando.

El tipo agarró por el jersey a Bob y fue entonces cuando, gracias a la luz del salpicadero, me fijé en su antebrazo. Lucía un tatuaje de una nave rebelde de Star Wars. Me incliné para abrir la guantera y sacar el arma, pero el pestillo se atascó. Supuse que a consecuencia del choque.

—¡No me vengas con tonterías! ¡Dime dónde está el dinero o te rompo la cabeza con el martillo!

—¡Está en el maletero! —exclamó Bob.

En cuestión de segundos, el tipo abrió el maletero, cogió la bolsa, subió a la furgoneta, dio marcha atrás y se largó en medio de la oscuridad. El muy desagradecido ni siquiera llevaba encendidas las luces de posición, lo que impidió que pudiéramos fijarnos en la matrícula.

—¿Estás bien? —pregunté.

Bob asintió con la cabeza lentamente. En su mano izquierda había restos de sangre. A lo lejos, las luces de los coches pasaban a toda velocidad por la autopista. El tipo ese había elegido un excelente lugar para atracarnos. Sin testigos, rápido y certero.

—¿Puedes moverte?

—El dinero, ese hijo de puta se ha llevado el dinero —Puso la frente sobre el volante y soltó varios puñetazos al salpicadero—. Estoy perdido, estoy perdido, completamente perdido…

—¿Sabes quién ha sido?

—¡No lo sé! ¡No tengo ni puta idea! —Me miró con los ojos enrojecidos como si hubiera perdido la razón—. Ahora no puedo pensar con claridad… ¿Qué voy a hacer ahora, eh? ¿De dónde voy a sacar el dinero para pagar a esos desgraciados? Esto ha sido un complot…

—No lo sé, ya encontrarás algo. Siempre lo haces.

—¿Y la mierda de pistola? ¿Por qué no la sacaste?

—No tuve tiempo para…

—¿Para esto te he traído? —interrumpió—. ¡Maldito inútil! ¡No sirves para nada! ¡Eres una mierda!

Le pegué un puñetazo en toda la cara, que se contrajo en una mueca de dolor. Tragué saliva mientras se calmaba mi honda indignación.

—No me vuelvas a hablar así en tu puta vida —dije, clavándole la mirada—. ¿Está claro?

Bob asintió en silencio.

4

Al quedarse el coche inservible, Bob llamó a una grúa de emergencia. Por la mañana lo llevarían al taller para presupuestar el arreglo y contactar con el seguro. Bob ni siquiera se planteó acudir a la cita con sus acreedores, porque sin el dinero carecía de sentido.

Una hora después, un taxi nos dejó en la puerta de su oficina. Me despedí de él hasta el día siguiente y me subí a la moto. Ya en la casita de la piscina, aún con la molestia en las costillas, pensaba en lo sucedido. Según Bob, nadie conocía la cita salvo los acreedores y yo. ¿Y si había sido una trampa? Quedan con Bob en un lugar aislado, lo asaltan y roban el dinero como si fuera algo casual. Después siguen exigiendo que salde la deuda porque afirman que ellos no han sido los ladrones. Así doblan las ganancias con el mínimo esfuerzo.

La otra hipótesis era que entre los acreedores hubiera un traidor. Y en un arranque de avaricia o venganza, hubiera aprovechado la información sobre Bob para su propio beneficio. El tipo del tatuaje sabía a la perfección quién era Bob y el dinero que guardaba en el coche. Una cosa estaba clara: no era un robo casual.

¿Con qué tipo de gente patibularia se relacionaba mi amigo? Acudir a la policía estaba descartado por obvias razones. Las preguntas sobre el origen del dinero taparían el robo y Bob no adelantaría nada. Al contrario, lo pondrían bajo sospecha.

Después estaba yo. Con mi amigo al borde del abismo, su promesa de darme sesiones quedaba en el aire. El puñetazo no había ayudado a ganarme su confianza, aunque se lo mereció por su estúpido reproche. Si llegara Anna a enterarse de todo lo que hacía su marido a sus espaldas… ¡Jodido Bob! Debería haber acudido en busca de trabajo a otra productora. Me hubiese ahorrado el susto y el dolor en las costillas.

Antes de despedirnos en la puerta de su oficina, Bob me dijo que pasaría allí la noche. No le apetecía que Anna le interrogara sobre dónde había estado. Necesitaba un poco de tiempo para lograr de nuevo reunir el dinero al completo, o una cifra que se aproximase. Dijo también que haría numerosas llamadas hasta ver la luz al final del túnel. Me compadecí al recordar que en el Mercedes, después del robo, tenía la mirada de un vagabundo en pleno invierno. ¿Era posible que su buena estrella hubiera desaparecido?

Al día siguiente, decidí que lo mejor era desayunar con él. Me duché y después me vestí con lo primero que encontré en el armario. Una rebeca y una camiseta de manga larga para combatir la frescura

de la mañana.

Cuando salí de la casita, vi a Murray apoyado en la barandilla de la piscina mirando hacia las montañas, de espaldas a la ciudad. Un denso humo salía del cigarrillo que sostenía en la mano. Vestía con un pantalón negro y una chaqueta morada de amplias hombreras, que parecía hija de la década de los ochenta. Era bajito pero corpulento, con una expresión serena y unas mandíbulas bien formadas.

—¿Qué pasa, tío? —dijo sin mover su adusto perfil.

De edad indeterminada, Murray se encargaba de la seguridad del negocio de Sarah casi desde el principio, cuando ella empezó a contactar con chicas ofreciendo un entorno seguro y jugosas comisiones. El cómo se conocieron era una tema difuso, poblado de diferentes y contradictorias versiones. Que si una recomendación de una de las chicas, que si tenían un amigo en común, que si se conocieron por casualidad…

Lo único cierto era que Murray había sido un cantante de esos que alcanzan la cima con un sola canción, y que luego desaparecen. Sin embargo, en la Wikipedia se afirmaba que había pasado un tiempo en la cárcel por participar en un robo, años después de su caída en el olvido en el mundo de la música.

—¿Cómo ha ido la guardia? —pregunté con vago interés, solo para romper el hielo. Apenas si habíamos intercambiado alguna palabra en el tiempo que llevaba viviendo en la casita.

—Sin derramamiento de sangre, lo que siempre es bueno, amigo —Soltó otra bocanada de humo—. Se aproxima Acción de Gracias así que hemos tenido unos cuantos clientes con ganas de mojar el churro, antes de que la familia no les deje ni respirar.

La maciza puerta de madera de la mansión se abrió, y un par de hombres ataviados con trajes caros salieron con aspecto de haber trasnochado. Una de las chicas se despedía agitando la mano. La cara de uno de ellos me resultó familiar.

—¿Quién es ese? —pregunté a Murray.

Le dio una nueva calada al cigarrillo y lanzó una voluta de humo que buscó el cielo de Los Ángeles. Murray transmitía una inquietante calma de monje budista.

—El hermano del alcalde —dijo, sin darle importancia—. Un cliente asiduo que deja buenas propinas. Las chicas están encantadas con él porque no busca el coito sino masturbarlas.

Esperé a que subieran a su coche de lujo y se largaran. Pensé en la fortuna que ofrecería un paparazzi por imágenes del trasiego de celebridades.

Mientras me dirigía en moto a la oficina del viejo Bob, volví a pensar en el tatuaje de nuestro querido atracador. ¿Quién si no un fanático de Star Wars sería capaz de decorar su piel con una nave rebelde?

Aprovechando un semáforo en rojo, cogí mi móvil y consulté en internet una imagen cualquiera de la famosa película para tenerla más fresca. El fuselaje de la nave era de un color grisáceo. Las cuatro alas formaban una especie de equis en cuyo centro emergía un morro alargado, es decir, la cabina, que estaba escoltada por cuatro turbinas. Era como un mosquito gigante con cañones láser para aniquilar sin compasión a los malos: el ejército del Imperio.

A decir verdad, no me encontraba entre los partidarios acérrimos de la saga galáctica. Con toda probabilidad porque la descubrí con veinte años. Quizá una edad tardía para que causara un profundo impacto en mi vida. Mis padres dosificaban la televisión de una manera casi carcelaria, espantados por todo aquello que no se ajustaba a su código moral. Por supuesto, ni hablar del cine porque una sala oscura, según ellos, podía ser tentadora para depravados sexuales.

Lo que me llamaba la atención del robo era lo irónico que resultaba que un criminal se identificara con los buenos de la película. Era como si un asesino llevara tatuado la cara de un sonriente y tierno Mickey Mouse. Contradictorio y ridículo. En ese gesto de dibujarse la piel con un recuerdo de otro tiempo se encerraba algo no solo nostálgico, sino existencial. Percibí ese tatuaje como una forma de manifestar lo odioso de envejecer. Por cierto, algo que a partir de los cuarenta el cuerpo te lo recuerda todos los jodidos días.

Cuando aparqué enfrente del edificio de la productura, me quedé inmóvil unos segundos. Sentí que algo dentro de mí pugnaba por emerger a la conciencia. Las neuronas se esforzaban por iluminar una idea, pero se me escurría una y otra vez.

Frustrado, bajé de la moto y me encaminé hacia el portal. La cafetería Miami acababa de abrir al público, y, a través del ventanal, vi a un par de camareros conversando en la barra. Pronto se llenaría de gente ansiosa por café y magdalenas.

Entré en el vestíbulo imaginando a Bob en su escritorio con cara funesta, devanándose los sesos para encontrar más dinero con el que saldar la deuda. Odiaría verlo en la ruina, pensé. Una figura legendaria de la industria del porno no merece terminar su trayectoria por la puerta de atrás, encerrado todo el día en casa vestido solo con la bata de seda. ¿Perderá su mansión de Mulholland Drive?

Poco antes de llegar a la productora, por fin la idea que unos minutos antes se había escapado cristalizó en mi mente. El tatuaje me resultaba familiar y no solo por la célebre saga cinematográfica. Existía la remota posibilidad de que conociera al ladrón nocturno. Incluso quizá hubiéramos trabajado al alimón en alguna película años

atrás. Sin embargo, no recordaba su cara, su nombre o apellidos, debido a mi participación en más de setecientas películas. Resultaba imposible recordar todas las caras.

Con este nuevo e inesperado giro de guion, me llené de optimismo. Quizá entre Bob y yo pudiéramos encontrar al maleante y recuperar el dinero. Si viera su cara en alguna fotografía o película incluso podría recordar su nombre. Sí, iba a ofrecerle a Bob mi ayuda incondicional.

Mi recio entusiasmo se frenó en seco, convirtiéndose en un ligero desconcierto cuando me percaté de que la puerta de la productora estaba abierta, apenas un resquicio. ¿Estaría Barbra dentro? Miré el reloj. Era un poco temprano. No llegaba hasta pasadas las nueve. Su mesa estaba ordenada, con la foto de sus nietos, pero sin ella. Solo se oía el silencio rozando con el silencio. Seguí caminando.

—¿Bob? —pregunté al ver la puerta abierta de su despacho.

Al no obtener respuesta, pensé que el muy desgraciado se había marchado a casa o a cualquier otro sitio habitual. Le había dicho la noche anterior que iría a verle, aunque después del robo quizá estuviera tan aturdido que no me hubiera escuchado. Entré y comprobé que Bob no estaba en el despacho. Continuaba la fulgurante moda de la ausencia.

—¿Dónde se habrá metido este capullo? —rezongué.

Desde el umbral de la puerta saqué el móvil del bolsillo y le llamé. Enseguida oí una melodía orquestal en el despacho. Sin colgar caminé hacia el sonido pensando que Bob se había olvidado el móvil en el despacho. Qué equivocado estaba.

Al rodear la mesa casi tropiezo con su pierna. Llevaba la misma ropa de anoche, solo que un poco más arrugada. No se movía. La piel estaba fría y azulada. Estaba tumbado de espaldas hacia arriba, «decúbito supino» como dicen en las series televisivas de forenses. Tenía el brazo derecho extendido y el izquierdo pegado al costado. Me acuclillé y tomé el pulso, como hice en la primera de las películas del detective Walcox. En el pecho había un orificio con sangre, cerca del corazón, pero lo más inquietante era la expresión de su cara. La boca y los ojos abiertos. La despedida del mundo de los vivos. ¿Qué te han hecho, Bob?, me dije, negando con la cabeza, sintiendo una tensión insoportable en el vientre. ¿Qué te han hecho, viejo amigo?

5

La policía no se retrasó demasiado después de mi aviso por teléfono. En menos de un pestañeo desplegaron todo su oficio: fotógrafos, forenses, detectives, paramédicos, etc. Afuera, coches patrulla y un carrete enorme de cinta amarilla para delimitar perímetros.

Los primeros policías en llegar, vestidos de uniforme, me preguntaron qué había sucedido y mi relación con la víctima. Más tarde tomaron el relevo un par de detectives que volvieron a preguntarme lo mismo. Procuré mostrarme abatido pero colaborador. A pesar de que sentía la muerte de mi amigo, necesitaba manifestarlo con cierta naturalidad para no sentirme el centro de las sospechas.

Una media hora más tarde, los detectives me acompañaron a la comisaría central de la calle Culver para una declaración formal, como ellos lo llamaban. Un eufemismo para encubrir lo que era en realidad: un interrogatorio.

En una sala austera, pequeña, sin espejos y fría como el Polo Norte me invitaron a tomar asiento a una mesa donde había una carpeta. Respiré con tranquilidad sabiendo que examinaban con lupa mi lenguaje corporal.

Uno de ellos me ofreció café. Era el más veterano de la pareja, y se presentó como el detective Keating. Llevaba el pelo corto, canoso y tenía mejillas sonrosadas. Lucía anillo de casado. Era el que más sonreía, aunque se trataba de una sonrisa de comercial de básculas. Vestía con un traje holgado, corbata de rayas moradas y una camisa blanca con una diminuta mancha de tomate. Por eso cabía la posibilidad de que estuviera desayunando cuando llegó el aviso.

El otro se llamaba Charles Hayes y su juventud era un descaro. Sin embargo, su sonrisa era más comedida, casi testimonial. Se sentó frente a mí con una rigidez en hombros y espalda que me pregunté si era parte de su actuación. Su traje era elegante y caro; su flequillo, abundante y engominado. Desprendía un olor a perfume caro, de esos que regala una ferviente novia el día de los enamorados.

—Cuéntelo todo desde el principio, Mark, pero esta vez desde que se levanta de la cama —dijo Hayes ajustándose el nudo de la corbata.

Les relaté el día desde mis primeras legañas. Hayes a veces me interrumpía para saber la hora aproximada de esto y aquello. Después asentía como memorizando el detalle. Omití la información de la deuda de Bob y la excursión a la cantera porque no estaba convencido en qué posición me dejaba. En cuanto mencionara el dinero, Hayes y Keating saltarían como perros meneando el rabo. Con el tiempo había

aprendido que cuanto más ofreces a la policía, más exigen hasta dejarte en los huesos. Con mis antecedentes, revisarían mi testimonio para encontrar un punto flaco donde atacarme hasta sangrar.

Keating salió y volvió a entrar plantando un café humeante sobre la mesa. Lo agradecí con una sonrisa cariñosa aunque no lo toqué. Después se sentó para seguir escuchando mi relato, pese a que ya me encontraba casi al final. La idea era contarles que no era más que un viejo amigo que había visitado a Bob con el fin de solicitar empleo. Y que me había citado por teléfono para el día siguiente temprano en su oficina. Si accedían al registro de llamadas de él encontrarían mi número y una llamada. Punto y final.

Cuando terminé mi exposición, los detectives no dijeron nada en particular. El humo del café había desaparecido. Hayes tomó la iniciativa.

—¿Dónde estaba cuando sucedió el crimen, entre las cuatro y las seis? —preguntó.

La hora era una novedad para mí. Sin duda la habrían obtenido de una inspección preliminar del forense de turno.

—En la casa de una amiga, durmiendo. La dirección es la última mansión de la calle Mantua, en Bel-Air.

Keating carraspeó y se cruzó de brazos. Si era alguna señal para su compañero, lo ignoraba. Abrió la carpeta y leyó para sí mismo.

—Vivo allí temporalmente —añadí, mirando a Hayes.

—¿Alguien puede corroborar que pasó la noche allí?

—Lo dudo. Vivo solo en la casita de la piscina. Entro y salgo sin que nadie me vea.

—Hemos visto sus antecedentes —dijo Keating—. ¿Ejerce actualmente en la mansión?

No era raro que la policía conociese la existencia del burdel más afamado de Los Ángeles. Quizá incluso alguno de sus jefes fuese un cliente habitual. Pero me molestó que me confundieran con un prostituto.

—Eso ocurrió hace casi veinte años. No entiendo a qué viene ahora sacar ese tema. He llevado una carrera profesional como actor, me casé y tengo un hijo. En vez de perder el tiempo conmigo, deberían ponerse en marcha e investigar quién mató a mi amigo. ¿A qué esperan? Yo no hice nada.

—Mark, gracias por su consejo. Lo tendremos en cuenta —dijo Hayes con sarcasmo.

—¿Quién cree que lo ha asesinado? —preguntó Keating.

—¡No lo sé! Si lo supiera se lo diría.

Noté las manos heladas, así que las froté para entrar en calor.

—¿Tenía Bob muchos enemigos? —preguntó Hayes.

Ambos se alternaban con la compenetración de un equipo tenístico

de dobles.

—Los normales de un productor. ¿Han hablado ya con su mujer?

—Sí, ahora mismo está identificándolo en la morgue.

Me quedé un instante imaginando el dolor de Anna. Y por si fuera poco, después contárselo a Vera. Lo sentía por ellas. Sus vidas estaban saltando por los aires.

—Una última pregunta, Mark. ¿Por qué quedaron hoy a una hora tan temprana?

—A mí también me sorprendió, pero dado que estaba buscando trabajo, no me opuse. Imagino que quería que desayunáramos juntos o algo así. O tendría una reunión importante a primera hora —Me encogí de hombros—. Qué sé yo.

—¿Se opondría a una prueba para buscar restos de pólvora en sus manos?

—Por supuesto que no, incluso al detector de mentiras si hace falta. Todo para que me eliminen como sospechoso.

—Mark, usted no es sospechoso —señaló Keating.

—Eso está por ver —dije.

Al salir de la comisaría, subido a la moto con el viento azotándome la cara camino a mi guarida, no dejaba de repetirme que Bob estaba muerto.

Notaba el frío cuerpo de mi amigo en la yema de los dedos, y podía revivir en mi mente el reseco y tenebroso vacío de sus ojos. Estamos rodeados de fronteras morales y geográficas, pero la muerte es la más espeluznante al ser la pura esencia del abandono, y uno nunca está seguro del todo de quién abandona a quién.

Recordé que debía llamar a Kim y contarle que Bob había sido asesinado. Que le había visto anoche y que hablamos ignorando que era la última conversación, y que estaba metido en un lío muy sucio.

Unos minutos después, Sarah estaba a punto de salir del garaje en su Tesla S cuando me vio detenerme y bajar de la moto. Llevaba unas amplias gafas de sol y su melena pelirroja, recogida en una coleta. Vestía de negro con ropa deportiva de manga larga; seguramente iba camino del gimnasio. Por la expresión de mi cara supo enseguida que algo grave había sucedido. Al acercarme a la ventanilla del coche, se quitó las gafas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Al verla me tranquilicé un poco. Sarah desprendía una sólida y admirable determinación. En ocasiones parecía ausente, pero no era más que una máscara de una mujer que siempre se comportaba con afecto y sencillez. Era consciente de quién era, de dónde venía y no se

avergonzaba de ello. En los rodajes había sido de las pocas a las que consentí que llevara la iniciativa en el sexo.

No solo yo, sino también leyendas como Rocco Siffredi se habían rendido a sus pies. Pero ella no echaba de menos el pasado porque se centraba en sacar su negocio adelante. A diferencia de otras actrices, siempre pensé que entró en el porno no por vocación, sino como el trampolín para otro destino más importante.

Le conté lo de Bob y su reacción fue de absoluta incredulidad. Ella también había trabajado con él en numerosas películas. Quizá no les había unido una profunda amistad, aunque lo respetaba como hombre de negocios que había sido capaz de sobrevivir a los numerosos vaivenes de la industria. Bob siempre presumió de una fotografía en su despacho dedicada con su puño y letra, en la que salía con Sarah sobre su regazo en el apogeo de su carrera.

Se quedó unos segundos con la mirada perdida, asimilando la triste noticia. Aproveché para contarle también lo de nuestra aventura en la cantera y lo del asalto. Era demasiada información para la pobre Sarah, pero quizá ella fuera capaz de darme una pista, y no podía andarme con sutilezas.

—Necesito que hagas memoria, ¿alguna vez trabajaste con algún actor que llevara el tatuaje de una nave rebelde de Star Wars?

—¿Qué?

El único defecto de Sarah era su ignorancia cinéfila, por lo que busqué en mi móvil una imagen para que se forjara una idea.

—No, no recuerdo nada parecido —dijo cuando se la enseñé—. Pero preguntaré si quieres, por si acaso alguien lo sabe. ¿Es ese el tipo que robó el dinero?

Le respondí que sí, y después dejé que se marchara a ejercitar su cuerpo en el gimnasio hasta el desmayo.

Mientras caminaba hacia la casita me quedé pensando en que, como llevado por la inercia, había comenzado una modesta investigación. Pero ¿realmente estaba decidido a investigar por mi cuenta la muerte de mi amigo? Si llegara a saber el nombre del tipo que nos asaltó, ¿lo compartiría con la policía? ¿lo buscaría para atizarle? ¿y qué haría con el dinero?

Al entrar en el salón, descubrí que me había dejado la tele encendida. En las noticias, un periodista ampuloso daba a conocer el asesinato de Bob sobre las imágenes del edificio que albergaba la productora.

Por supuesto, se mencionaba su sórdido oficio a la espera de convocar a la audiencia en masa frente a la pantalla. Todo lo relacionado con el porno siempre despierta un interés morboso. Los periodistas no iban a perder la ocasión de hincar el diente a una jugosa noticia. Ya lo hicieron en el 94 con el suicidio de la actriz

porno Savannah. Después de sufrir un accidente de coche, se quitó la vida porque pensó que las lesiones en su cara la retirarían de la industria.

Ahora la presión sería máxima sobre la policía para encontrar al asesino de Bob. Por eso buscarían con desesperación endosar el crimen a cualquiera que pasara por ahí. Y yo deseaba estar lo más lejos posible de sus garras.

6

La casa de Bob y Anna estaba rodeada de una gran verja de hierro, forjada con unas afiladas puntas en lo alto que dejaban claro el mensaje: si no te conocemos, no eres bienvenido. Para amortiguar la fría sensación del metal, habían plantado un largo y cuidado seto que corría paralelo.

Más allá de la verja, se extendía el jardín de donde brotaba una palmera rodeada de arbustos, como si de un minúsculo bosque se tratara. La humilde morada constaba de dos plantas y en la fachada se apreciaban, abajo, amplias ventanas con cortinas blancas y, arriba, una extensa balaustrada conectando las habitaciones.

El sol ya había comenzado a despedirse con suma cordialidad, dejando una estela de luz morada para que se ocupase de alumbrar la ciudad. La asistenta, Elsa, me reconoció a través del vídeo del telefonillo y por eso me franqueó la entrada sin comprobar mis credenciales de amigo de la familia.

Anduve por el sendero de piedra caliza deseando que mi presencia fuera bien recibida por Anna y su hija. Quizá el protocolo del luto marcaba la espera de un día más para dar el pésame. Sin embargo, las circunstancias que envolvían la muerte de Bob lo cambiaban todo.

—¿Cómo están? —le pregunté a Elsa, después de saludarla.

En un alarde de economía de lenguaje, se encogió de hombros. La interpretación de su gesto era un tanto ambigua: transitaba entre una contundente resignación de ellas ante la fatalidad de la vida, o la absoluta indiferencia de la asistenta por conocer sus estados anímicos. Y Elsa llevaba con la familia un buen puñado de años.

Después, con la misma parquedad gestual, me invitó a que esperara en la salita. Un lugar con suelos de parqué y un sofá de estilo decimonónico, pero con un aire moderno gracias a las lámparas de diseño que la escoltaban apoyadas en sus respectivas mesitas. Habían cambiado la decoración y ahora el lugar se inundaba de colores pasteles. Una vez más, tenía la sensación de que todo el mundo había ganado inmensas cantidades de dinero con el porno excepto yo.

En una de las paredes colgaban tres retratos de acuarela de Bob, Anna y Vera cuando era pequeña. Recordaba haberlos visto en el piso de arriba cuando frecuentaba la casa.

Me acomodé mientras esperaba a Anna. Recordé que la última vez que la había visto fue en una Nochevieja organizada en un afamado club del centro. Kim y yo nos sentamos con ellos en una mesa junto a otros miembros de la industria. Creo recordar que aquella noche

estuvo llena de risas, complicidad y un caviar estupendo.

La asistenta volvió a aparecer y me hizo una seña para que subiera a la planta de arriba, lo que obedecí al momento. Subí por las escaleras alfombradas, y me dirigí al dormitorio por un largo pasillo hacia la única puerta abierta.

Tumbada sobre la cama hecha un ovillo, Anna daba la sensación de que llevaba en esa postura mucho tiempo. Vestía con un grueso jersey negro y unos vaqueros, y estaba descalza con las uñas pintadas de rojo. La cama tenía un dintel de madera y las cortinas recogidas con un cordel en cada uno de los postes. Su móvil estaba boca abajo sobre la mesita de noche, junto a un bote de pastillas.

—¿Anna?

Entré en el dormitorio lentamente, no del todo convencido de que estuviera despierta. Su melena rubia caía sobre la almohada.

—Cierra la cortina de la ventana —dijo sin moverse.

Obedecí y la penumbra reinó al instante. Todo en ese dormitorio parecía frágil y yo caminaba y respiraba con tiento. Me senté en el borde de la cama. Ella seguía inerte, ofreciendo el perfil de su cara con los ojos cerrados. Le acaricié el brazo.

—Lo siento mucho, Anna.

Silencio.

—¿Estás bien? —pregunté como un estúpido, pero no supe qué más decir.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la escasa luz. Empezaba a impacientarme su silencio. No sé muy bien por qué miré hacia el pasillo. Después volví a mirar a Anna y opté por dejarla con su tristeza. Justo cuando iba a levantarme, oí su débil voz.

—No te vayas, Mark —dijo, mirándome de repente.

—Me quedo, no te preocupes.

Ella recobró su postura de luto. Le volví a acariciar el brazo. ¿Sabe que fui yo quien encontró muerto a Bob?, me pregunté.

—Acércate un momento, quiero decirte algo —dijo con el mismo tono pausado.

Extrañado, me incliné hasta oír su respiración. Sentí la suavidad de su mejilla, el rastro húmedo de las lágrimas… Abrió la boca y susurró a mi oído:

—Fóllame.

Mi pulso se aceleró. Confuso, la miré al fondo de sus ojos para comprobar si era verdad lo que pedía. Sí, allí palpitaba una mezcla de deseo y aflicción. Sin apartar la vista, metí la mano bajo su jersey y fui recorriendo su vientre hasta que la metí bajo el pantalón. Cuando acaricié su sexo con la palma sobre sus bragas, Anna entreabrió la boca.

Entonces la despojé con ansia del pantalón y las bragas mientras

ella se giraba hacia arriba, expectante, dejándose hacer. Me bajé los pantalones y los calzoncillos y me deslicé en su cálido interior. Ella evitó mirarme a los ojos. Me sentí condenado y sucio.

Bob estaba muerto, pudriéndose en la morgue y yo dentro de su viuda como un salvaje, sin lealtad, sin moral; nada a lo que aferrarme: un páramo. Ya me había acostado con Anna en decenas de películas pero nunca desde que se había casado con él. Me moví como una bestia hasta que Anna gimió en mi oído en un grito ahogado, con los brazos extendidos sobre la cama, los ojos cerrados como si aquello no fuera real.

Al terminar, me quedé sobre ella. Nos envolvió un hondo silencio acusatorio. Sin lugar a dudas, había sido nuestro peor polvo, lejos de aquel sexo que llenó la pantalla de un vibrante fuego. En los rodajes nunca había sentido por mi compañera una compenetración tan profunda como con ella. Lo nuestro era tórrido, pero también emocional. Creí estar enamorado y, antes de conocer a Kim, le pedí matrimonio un buen puñado de veces. Se negó en rotundo. Y dos años después se casó con mi mentor. Ahora Bob estaba solo con su muerte y yo acababa de traicionar su recuerdo. Anna se movió y yo quedé tumbado bocarriba. Se bajó de la cama y fue hacia el baño.

—Quiero preguntarte algo —le dije.

Oí correr el grifo por un instante. La luz del baño lamía el dormitorio. Salió ofreciéndome una caja de pañuelos para limpiarme.

—¿Y Vera?

—Está con Roman, su novio.

—¿Su novio? —dije, percibiendo el vértigo del paso del tiempo. La última vez que la había visto bullía de adolescencia.

—Es un buen chico. Llevan saliendo seis meses y ha logrado que Vera salga de su caparazón.

—Ah —dije sin comprender del todo su ausencia—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Seguro que te lo puedes imaginar. Estaba muy unida a su padre. Creo que lo quería más que a mí.

—No digas tonterías, Anna.

—Es lo que siento.

Mientras me vestía, para cambiar de tema, le conté mi reencuentro con Bob y la petición de que me diera empleo en alguna de sus películas.

—Tenía una deuda con unos tipos, ¿lo sabías? —pregunté—. Me pidió que lo acompañara a saldarla la noche antes de que lo asesinaran.

—Lo que dices no tiene ningún sentido, Mark.

—Me enseñó el dinero y fuimos a entregarlo, pero nos lo robaron —insistí, sabiendo que parecía un disparate.

—¿Por qué te pidió que le acompañaras? Te guardaba rencor.

—Porque él sabía que tengo el arma de mi padre. Fui como de guardaespaldas, aunque no sirvió de nada.

—Tú, como un idiota, le seguiste la corriente.

—Necesito el trabajo, Anna. Me acabo de divorciar. Y Bob fue mi primera opción.

Ella, de pie, negó con la cabeza, juzgando con una sonrisa irónica la caradura de pedir un favor a quien había dejado colgado tiempo atrás.

—Pues ahora tendrás que buscar en otros sitios —Y luego se dijo como a sí misma—. ¿Cómo es posible que yo no supiera nada de la deuda? ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cien mil.

—¿Qué?

—Anna —atajé su asombro—, ¿tú alguna vez conociste o trabajaste con un tipo con un tatuaje de Star Wars?

—¿Por qué?

—Fue el que robó el dinero. Estoy seguro de que el robo está conectado con su asesinato. No pagó la deuda y lo mataron.

Anna se subió a la cama y gateó hasta mí. Luego acomodó su cabeza sobre mi pecho. Olía a jabón perfumado. Le acaricié el cabello y un sinfín de viejas y apolilladas sensaciones acudieron a mí en tropel.

—¿Se lo dijiste a la policía?

—Son unos idiotas. Y cuanto mejor vestidos, peor. Le endosarán el crimen al primero que pase por ahí.

—Tu rechazo a la autoridad ataca de nuevo.

Le hice un gesto con la mano despreciando su psicología barata.

—¿Has trabajado con ese tipo o no? —insistí.

—No que yo recuerde. La mayoría se pone parches encima de los tatuajes.

Resoplé.

—Esta investigación no empieza bien.

—¿Investigación? ¿Es que te has creído Walcox?

—Muy graciosa.

Hice el ademán de levantarme, pero me lo impidió con un gesto de la mano.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tengo una idea para encontrar al tatuado. Quizá no funcione, pero lo voy a intentar. No tengo nada que perder.

—Mark, no me dejes. Esta noche no. No creo que pueda dormir. Hazme compañía. Cuéntame qué has hecho en estos cinco años. Apenas sé nada de ti.

7

Llegué a la casita de la piscina con las primeras luces del día. Me duché y desayuné lo primero que encontré en la despensa, al tiempo que repasaba mentalmente mi agenda. Primero, visitar a mi hijo. Segundo, buscar al tatuado en internet y en el videoclub porno de Hawthorne Boulevard. Así de sencillo.

A solas, sin la cálida presencia de Anna, el remordimiento por acostarme con ella me mordía la yugular. A pesar de que le reproché que mencionara a Walcox, pensé que no me importaría que este fuera uno de sus febriles casos. La investigación se centraría en tener sexo con mujeres de toda clase que, solícitas, brindarían las pistas necesarias sin dramas ni porrazos. La resolución del crimen sería lo menos acuciante y, a buen seguro, la película finalizaría sin esclarecerlo.

Por ejemplo, en el segundo capítulo de la saga, *Una investigación larga y dura de Walcox*, incluso el asesinado aparecía vivo en la última escena para darse un festín carnal con dos gemelas asiáticas. El detective y el resucitado desnudos, compartiendo chanzas y orgasmos, burlándose de la intrincada manifestación de la vida.

Era mediodía cuando llegué a la casa de Kim y Josh en el barrio La Mirada. La conocía al detalle porque había vivido ahí hasta el divorcio. Cuando nos casamos, mi intención era vivir lejos de la ciudad con el fin de olvidarme del porno. Sin embargo, el oficio de maquilladora de Kim la obligó a asentarse cerca de sus clientes. En cualquier momento la llamaban para maquillar a los actores y actrices de una película. O alguna celebridad también podía requerirla de repente para asistir a una fiesta o una gala de premios. Vivir en las afueras hubiera sido un suplicio para ella debido al insoportable tráfico de Los Ángeles. Así que pedimos la hipoteca al banco y compramos una casa de segunda mano a buen precio.

El vasto jardín que precedía al porche era para enmarcar. Un camino de asfalto protegido por una cerca lo dividía en dos. En un rincón, un fresno se erguía, solitario, junto a una amplia variedad de flores. En la primavera aquello era un festín de olor y colorido. En verano sacábamos la piscina hinchable y bañábamos a Josh. Aún me costaba acostumbrarme a esa amarga sensación de no pertenecer a mi casa.

—Hola, Mark —me dijo Kim al abrir la puerta. La besé en la mejilla—. Josh se está vistiendo. ¿Quieres pasar?

Ella estaba radiante y yo maldije para mis adentros el espacio que

nos separaba, y que quizá sería definitivo. Vestía con una camiseta blanca sobre la que llevaba un chaleco dorado, que contrastaba con su media melena oscura y sensual. Su expresión se movía entre la incomodidad y la calidez. Todavía estábamos tejiendo nuestra nueva relación, el pacto que nos permitiría seguir adelante sin dañarnos más.

—Hace un buen día. Siéntate conmigo —dije.

Señalé el banco de madera y nos sentamos. Le conté que Bob había sido asesinado, que yo había encontrado el cuerpo, y que Anna estaba destrozada. Los ojos de Kim se cubrieron de lágrimas.

—Es terrible, Mark. ¿Se sabe quién ha sido?

Le enseñé en el móvil la imagen de la nave rebelde, y le pregunté si recordaba haberla visto en el tatuaje de algún actor. A pesar de que ella ya no trabajaba con actores pornográficos, quizá recordaba alguno en especial. Sin embargo, su respuesta fue negativa.

—Lo de Bob me ha dejado trastocado —dije—. Kim, quiero encontrar al que lo hizo. Se lo debo.

Ella me puso una mano sobre el brazo, una migaja de la pasión que nos había unido.

—Mark, deja que lo haga la policía. ¿Quieres vivir siempre en la casa de Sarah? Búscate un trabajo de verdad. Te recuerdo que la pensión…

—No hace falta que me lo recuerdes —aparté el brazo con desdén —. Lo sé muy bien.

—Disculpa. Estoy algo nerviosa. He perdido algunos clientes y voy muy justa. No paro de tener gastos… Hay que ponerle a Josh un aparato dental. ¿Vas a volver al porno?

Me encogí de hombros.

—No me apetece, pero no tengo muchas opciones.

—Siempre hay alguna, Mark.

Al nacer Josh me prometí que jamás me asemejaría a mis padres.

Cuando tenía doce años me llevaron a mis hermanos y a mí a Fort Riley, en Kansas. Fue un viaje corto en coche porque vivíamos en Junction City, a un tiro de piedra. Mi padre trabajaba como capellán militar y su cometido era ofrecer consejo espiritual, ayuda social y promover la palabra de Dios, así como inaugurar o reinaugurar edificios castrenses.

Los gerifaltes del Ejército habían destinado una cuantiosa partida con el fin de remodelar por completo el gimnasio. El general, satisfecho con la nueva instalación, decidió organizar una fiesta por todo lo alto para que la base al completo y las familias participaran de la dicha. Mi padre iba a bendecir cada uno de los ladrillos y a todo

aquel que se dejara caer por el recinto. Recuerdo que durante la semana más de una vez lo vi ensayando frente al espejo de su dormitorio. Detrás, mi madre, obnubilada por el don de mi padre para la oratoria.

A todos nos vistieron como si fuéramos de boda. Pantalones cortos, traje y corbata para nosotros. Para ellas, falda, lazo en el pelo y zapatos blancos. La viva imagen de la familia impecable. Los sábados y domingos, a misa. Y todas las noches una hora de rezo. Mi padre lucía su uniforme militar con un orgullo a prueba de balas.

En el coche, miré a mis hermanos y vi en ellos caras de consternación, de aburrimiento e incluso de hastío. Nadie hablaba. Solo mis padres charlaban sobre esto y aquello. Era un gran día para ellos. Su labor recibiría un espaldarazo ante la oportunidad de dirigirse a toda la comunidad.

Era un día de verano, pero la mañana era agradable y el sofocante calor aún no aparecía. Al observar la austera construcción militar me estremecí. Me pregunté cuánto tiempo estaríamos ahí dentro rígidos como un palo. Pero guardé silencio porque temía la furibunda reacción de mi padre ante cualquier asomo de rechazo.

—Mark —dijo mi padre mirándome por el retrovisor—, he pensado que como primogénito estaría bien que dijeras algunas palabras del libro de los Salmos.

—Me parece estupendo —apoyó mi madre—. Así todos te van a conocer.

Mis hermanos me miraron. Sabían que detestaba la idea por la vergüenza que me supondría hablar en público delante de cientos de soldados.

Entramos en la base y nos bajamos del coche en un lugar sombreado. Casi como un regimiento, mi familia marchó hacia el gimnasio con mis padres al frente. Me quedé rezagado mientras fingía que me ataba mis lustrosos zapatos negros. Las manos me sudaban. Mi familia seguía caminando sin percatarse de mi deliberado distanciamiento. Respiré hondo y salí corriendo hacia una puerta abierta.

Me crucé con un soldado y aminoré el paso bruscamente, aunque por suerte me ignoró. Seguí caminando con el corazón encogido hasta una explanada interior y vacía. Subí unas escaleras y creo recordar que me metí en la primera habitación que me encontré. Era un dormitorio que olía a limpio. Me escondí bajo la cama y me dispuse a esperar el fin del mundo.

Después de una hora, un soldado joven de aspecto rudo dio conmigo. Dijo con una sonrisa condescendiente que todos me estaban buscando y me llevó al gimnasio con la mano sobre el hombro. Me senté en primera fila junto a mis padres, como si nada hubiera pasado.

Mi padre ya había terminado su discurso y ahora el general tomaba la palabra.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Emma, mi hermana pequeña, en voz baja.

—Por ahí.

—Ya sabes lo que te espera, ¿verdad? —dijo.

Hasta que regresamos a casa nadie más habló conmigo, reinando un tenso silencio. Cuando llegamos mi madre acompañó a mis hermanos a la planta de arriba. Todos esperaban las consecuencias de desafiar a nuestro padre.

Sentí un escalofrío.

Emma se giró para verme con lástima mientras subía las escaleras. En cuanto desaparecieron por la puerta del dormitorio, mi padre me agarró de las solapas y me alzó hasta que su fría mirada me acuchilló los ojos. Noté su aliento reseco.

—Yo soy el representante de Dios y tú me has deshonrado. Me has humillado y no lo voy a consentir nunca más. ¿Cuántas veces te he dicho que no hay vida sin Jesucristo? ¿Es que mis enseñanzas no te sirven para nada? ¿Es que no sabes que la voluntad de Dios es que yo sea capellán? ¡Es un honor para toda la familia! Quiero que seas un hombre de buena fe pero tú desobedeces una y otra vez.

—Perdón, padre —dije con voz temblorosa.

Me cruzó la cara con la mano y un hilillo de sangre me brotó de labio superior.

—¡Odio a los desertores!

Me tomó del brazo con fuerza y tiró de mí, arrastrándome por el suelo.

—¡Al sótano no! ¡Por favor! —exclamé, aterrado.

Mi padre recitó su pasaje favorito de la Biblia como un demente.

—Porque es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal… En medio de una llama de fuego tomé venganza de los que no conocen a Dios y de los que no obedecen al Evangelio de Nuestro Señor Jesús…

Gracias a que Kim nos prestó su coche, mi hijo y yo guardamos las bicicletas en la parte de atrás y fuimos a Venice a pasar la mañana. En la despedida, Kim me obligó a asegurarme que nuestro hijo iría pertrechado en todo momento con protecciones en cabeza, rodillas y codos. Además, acordé que devolvería a Josh después de almorzar, ya que por la tarde había sido invitado a una fiesta de cumpleaños ineludible.

Después de encontrar aparcamiento no muy lejos de la playa, nos fundimos con la gente que también había tenido la ocurrencia de pasear. La compañía de mi hijo me ayudó a olvidarme por momentos de la aflicción por el asesinato de mi amigo Bob, y el remordimiento por el sexo con Anna.

Me centré en mi hijo y su pequeño mundo en expansión. Añoraba pasar más tiempo con él, por lo que me prometí que cuanto antes alquilaría un apartamento para así pasar juntos los fines de semana.

Antes de regresar a casa a la hora acordada, se me ocurrió efectuar una parada estratégica en Culver City. Me acordé que uno de los casos de Walcox, en concreto en la tercera película de la saga, *Asesinato por felación y orgasmo,* interrogaba a base de indómitos polvos a una vecina cachonda del muerto. Esta vez, tratándose de la vida real, no me alimenté de mucha esperanza, aunque pensé que valdría la pena intentarlo.

Detuve el coche en doble fila frente a la cafetería Miami y nos bajamos. Mi hijo me preguntó qué hacíamos allí. Le respondí que saludar a un viejo amigo, lo que tampoco era una mentira exagerada. Cuando entramos, le pedí a Josh que se sentara en una de las mesitas al lado de la ventana, y le presté el móvil para que se entretuviera.

La clientela era distinta a la que acudía por la mañana y entre semana. Ahora se veía gente joven con auriculares aporreando el teclado de ordenadores portátiles, o tocando las pantallas de sus *tablets*. Me acerqué a la barra.

—Hola, ¿está Maggie? —pregunté a una chica joven de pelo corto y cutis inmaculado.

—Sí, un momento —respondió, y se fue a buscarla.

Unos minutos después apareció Maggie, sonriente. La besé en la mejilla e intercambiamos frases cordiales. Al principio procuré evitar parecer demasiado brusco, pero al final el ansia me pudo.

—¿Te enteraste de lo de Bob, verdad? —le pregunté.

Maggie agrandó los ojos, impactada. Llevaba una sencilla camiseta negra a modo de uniforme, y por debajo otra de manga larga de color blanco.

—Claro que sí —dijo—. Esto se llenó de policías y salió en internet y la televisión. Es una pena. Me caía muy bien. Fue uno de mis mejores clientes, ¿te acuerdas, verdad?

Asentí con cierta resignación.

—¿Cuándo es el funeral? Me gustaría ir.

—Te avisaré. Bueno… —Hice un calculado amago de marcharme —. Por cierto, ¿tú viste algo extraño esa mañana? Siempre abres muy temprano.

—Se lo dije a la policía cuando vino a preguntarme. Vi un coche azul aparcado, aquí enfrente —Señaló con la mano—, con un hombre

al volante como esperando.

—¿Qué modelo de coche?

Maggie hizo una mueca de disgusto.

—No lo sé. Solo me fijé en que llevaba un foco trasero roto. El coche parecía de segunda mano. Estuvo muy poco tiempo, porque me puse a hacer otra cosa y cuando volví a mirar ya se había ido. No pasaron más de cinco minutos, más o menos.

Me despedí de Maggie prometiendo que la avisaría cuando se celebrara el entierro. Ignoraba qué hacer con la pista del coche, pero al menos había sido útil preguntar. Cargué a Josh en brazos y avancé hacia la puerta, sin embargo, una mano agarró mi hombro y me detuvo de sopetón.

—¿Tú eres Mark Cannon, verdad?

—¿Perdón?

—¡Soy un gran fan!

Se trataba de un treintañero, obeso y con la nariz llena de granos. A la velocidad del rayo, sacó de su mochila un DVD de una de mis películas de Walcox, la última de la saga, *El largo gemido*. Un clásico. En la carátula, mi cara con un sombrero de ala ancha y abrazando por detrás a Anna. Ella lucía un minúsculo biquini, la boca abierta en un gesto de sorpresa y su mano cubriendo mi entrepierna.

—¡Fírmamelo! —exigió.

Del bolsillo interior de su gabardina, sacó un rotulador negro. Me lo tendió junto al DVD, y con la expresión de un niño que por primera vez conoce a Papá Noel. Josh levantó la vista del móvil para fijarse en el DVD. Sentí una intensa vergüenza recorriendo mi espina dorsal.

—Disculpa, estoy con mi hijo. No es el mejor momento —dije, y me alejé.

Le oí a punto de cruzar el umbral de la puerta.

—Vaya pésima excusa. Me alegro de que estés acabado. No pienso ver más ninguna de tus películas.

Contuve el vivo deseo de firmarle la cara con un puñetazo.

—Papá, ¿por qué sales en esa foto? —preguntó mi hijo mientras se acomodaba en el asiento trasero del coche.

Cerré la puerta, me senté y agarré con fuerza el volante.

—Ya te lo contaré otro día.

8

En la esquina entre el Boulevard Hawthorne y la 163, frente a dos negocios de venta de automóviles, se encontraba el videoclub. Dejé la moto en un amplio aparcamiento casi lleno. Los dueños de los coches estarían comprando en los negocios del barrio, disfrutando de un sábado de familia y consumo indiscriminado.

La fachada del videoclub era de un estridente color rosa, algo oscurecido por el paso del tiempo. Un letrero sobresalía del techo anunciando el negocio con cierta austeridad, a lo que había que sumar otro más pequeño encima de la puerta. En uno de los laterales, un nuevo letrero, aunque de menor dimensión que los anteriores, por si alguien no había leído los otros.

Salvo por alguna honrosa excepción, se podía considerar como el último gran videoclub porno de Los Ángeles. Y en esas palabras se encerraba un respeto profundo. La supervivencia como un modo de vida, agarrándose a la desesperada a un negocio que hacía ya años que se encaminaba hacia el abismo. Internet lo había cambiado todo, y los clientes permanecían en el confort de su hogar eligiendo un catálogo ilimitado. Que la tienda siguiera en pie constituía un auténtico milagro.

Al entrar fue como retroceder en el tiempo. El mostrador sucio, las estanterías polvorientas, los viejos juguetes sexuales, el intenso olor a cerrado y el encargado de hombro caídos. Nada había cambiado desde mi última visita, cuando aún pertenecía a la industria.

El encargado hablaba con un cliente al que informaba de las ventajas de convertirse en socio. Mientras tanto, me dediqué a pasear en silencio entre aquel océano de horribles carátulas de colores similares. Se habían tomado la molestia de desglosar el catálogo en diferentes secciones: penes enormes, anales, transexuales, homosexuales, grandes traseros negros, etc. Incluso pasé cerca del célebre vídeo de Pamela Anderson y Tommy Lee.

A veces tomaba un DVD y miraba con atención a los actores buscando ese maldito tatuaje de Star Wars; si no completo, al menos una parte reconocible. Por desgracia, no lograba recordar algo más que ayudase a aligerar la misión, e incluso empecé a dudar si yo mismo era una fuente digna de confianza. Quizá el ansia por ayudar me habría empujado a imaginar falsos recuerdos.

Al cabo de unos veinte minutos, aprovechando que el encargado ya estaba solo, me acerqué. Leía con calma un periódico. Bajo el mostrador, se exponían falsas cabezas humanas para insertar penes y

agujeros del culo con vello hechos de plástico. Al levantar la cabeza atisbé en sus ojos un brillo de reconocimiento, pero se limitó a sonreír con discreción.

—Estoy buscando a un actor concreto. No recuerdo su nombre pero sí sé que lleva un tatuaje —Me señalé el antebrazo— de Star Wars, una nave rebelde. ¿Conoces alguien así?

El encargado frunció los labios y desvió la mirada hacia el infinito, como si estuviera repasando sus amplios conocimientos pornográficos.

—Buff… No lo sé. Me suena, pero tendría que mirarlo. ¿Por algún motivo en especial?

—No, me lo han recomendado.

—Ahora mismo vuelvo —dijo con animosidad.

Al poco, regresó con un puñado de DVD. Me preguntó si tenía prisa y le respondí que no. Fue colocando uno por uno en un reproductor que se conectaba a un televisor pequeño, situado sobre una cómoda pegada a la pared. Los reprodujo a doble velocidad y a veces pausaba la imagen para estudiarla. Una vez descartado el actor, reanudaba la película.

Al penúltimo DVD, después de una larga media hora, el encargado paró la imagen y fue ahí cuando me llevé una agradable sorpresa. Un actor sentado en un sofá, dejaba que una mujer obesa practicara un francés con una excelsa profesionalidad. En el antebrazo lucía el jodido tatuaje.

—Aquí lo tiene, amigo —dijo con voz triunfante entregándome el DVD—. No es una peli muy vieja.

Se titulaba *Los amos del coito ruso,* y la portada estaba repleta de mujeres desnudas y provocativas en posturas ágiles. Sin embargo, el tatuado no aparecía, quizá porque fuese un papel secundario. Me fijé en la pantalla del televisor. Era un hombre joven, fornido, barba rala, de raza blanca y llevaba unas voluminosas rastas, detalle que me sorprendió porque lo recordaba con el pelo corto, aunque cabía la posibilidad de que hubiera pasado por las manos de un peluquero.

—Gracias. Me lo llevo —dije, sintiendo un hormigueo en el vientre.

En la casita de la piscina, con tranquilidad, buscaría en los créditos el nombre del actor.

—Estupendo. ¿Para alquilar o para comprar?

—Alquilar.

El encargado, después de que rellenara un cuestionario con mi información personal, metió el DVD en una bolsa y sacó un paquete bajo el mostrador.

—Tenemos de promoción unos condones que brillan en la oscuridad. Si paga dos, se lleva tres. ¡Una ganga!

Resignado, asentí con la cabeza y saqué más dinero. De alguna

forma debía compensarle por su ayuda.

Panorama City es un barrio que añora un pasado de calles limpias, vecinos de toda la vida y alegres vendedores ambulantes caminando por las aceras. Las caras que entonces transmitían cordialidad, han dado el relevo a otras donde puebla la desconfianza.

El apartamento del vecino de al lado es probable que pertenezca a una banda de maleantes, donde no resulte extraño oír disparos en la noche. Las sirenas de la policía ya no causan que alguien se asome por la ventana, ahora es el silencio el que causa preocupación.

Faltaba un poco para las cinco y media cuando aparqué mi motocicleta frente a un hangar pintado de blanco. Gracias a los créditos de *Los amos del coito ruso* obtuve la identidad del ladrón tatuado. Se llamaba Terry Rock. Sin duda, su nombre artístico. Había realizado una búsqueda somera por internet con objeto de encontrar una dirección o teléfono al que hincar el diente, pero sin éxito. Por suerte, la productora Panorama Studio era la dueña de la película, así que decidí acercarme a las oficinas a recabar más información.

Anduve unos metros hasta una escalinata. Antes de entrar eché un vistazo a mi alrededor como si me despidiera del mundo. Observé una palmera alta y seca. Enfrente había un restaurante con un letrero en español, «La cantina», que se veía abarrotado y de donde brotaba una música festiva.

Al entrar me crucé con un grupo de personas, pero enseguida desapareció por una esquina, sin tiempo siquiera para preguntarles algo. La recepción, si es que podía llamarse así, era un diminuto espacio con varias mesas encajonadas de cualquier manera. Cada una de estas mesas disponía de un ordenador, papeles por todas partes y un empleado con faena.

Un hombre de mediana edad miraba en silencio la pantalla mientras que su compañera, una mujer más joven, hablaba por teléfono a la vez que consultaba unos documentos. Detrás de ellos, una gran tabla de corcho repleto de coloridos pósits.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó el hombre sin despegar la vista del ordenador.

Tenía la piel bronceada y una voz muy ronca. Al acercarme me fijé en que había un látigo sobre una montaña de papeles.

—Soy productor y estoy buscando a Terry Rock. Lo he visto en una peli vuestra y quisiera llamarle para un *casting*. Me han dicho que es un buen profesional, pero no consigo un teléfono o correo para contactar.

—¿Cómo has dicho que se llama?

Seguía sin mirarme y me pregunté si es que acaso no estaría bien peinado.

—Terry Rock. Tiene un tatuaje de Star Wars en el antebrazo.

—No lo conozco.

Siguió leyendo en la pantalla como si de repente hubiera desaparecido por arte de magia. Empezaba a darme cuenta, quizá un poco tarde, de que trataba con un imbécil.

—¿Existe alguna forma de conseguir su contacto? Quiero ofrecerle trabajo —pregunté con la mirada tierna de un personaje de Disney.

El hombre por fin me dedicó una mirada aunque desdeñosa.

—No damos información a cualquiera que entre por la puerta. Podemos estar hablando con un psicópata —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Puedo hablar con un encargado?

Con la actitud de quien se ve obligado a abandonar una tarea de vital importancia para salvaguardar el mundo a causa de una insignificancia, el hombre resopló, se puso en pie y se marchó por un pasillo.

La mujer soltó una risa maquiavélica y luego continuó con su perorata telefónica, ahora sentada en su silla. Estaba criticando a alguien. Panorama Studio contaba con dos joyas dentro de su departamento de recepción.

Al cabo de unos diez minutos empezó a picarme una mano, lo que significaba la manifestación de una cierta impaciencia. ¿Y si luego el simpático hombre se negaba a facilitarme la información?, me pregunté deambulando por la salita sin saber qué hacer.

Aprovechando que la mujer me daba la espalda, rodeé la mesa y me situé frente a la pantalla. La suerte me sonreía ya que se trataba de un Mac. Conocía bien el sistema operativo, a diferencia de Windows al que había abandonado a su suerte hacía unos años.

La mujer seguía cotorreando. Apreté al mismo tiempo las teclas comando y barra espaciadora invocando la herramienta Spotlight, una especie de buscador interno dentro del disco duro. Escribí «Terry Rock» en un campo en blanco y enseguida, bajo el epígrafe «Mejor resultado», apareció el teléfono y el correo electrónico.

La felicidad recorrió mi cuerpo de los pies a la cabeza, aunque no disponía de tiempo para regodearme. Saqué mi móvil para tomar una foto de los datos, sin embargo, la mujer regresó a la vida.

—¿Qué está haciendo? —preguntó sin soltar el móvil y levantándose de un salto.

—Tiene un virus —repliqué señalando la pantalla, dando un paso atrás, invitándola a que mirase.

—¿Que tiene un virus?

La mujer frunció el entrecejo con fuerza, como si quisiera que sus

cejas se embistieran una contra la otra. Mientras ella examinaba el fondo de escritorio buscando algo fuera de lo común, aproveché para al fin tomar la foto.

—¿Me está tomado el pelo?

La expresión de la mujer se volvía más indignada a cada instante. Ya solo faltaba el regreso del burócrata simpático para organizar una fiesta de pijamas. Se imponía una digna retirada.

—Que tengas un buen día —respondí mientras me alejaba a toda prisa hacia la salida.

9

Bajo unas nubes espesas, un joven cura leía un pasaje de la Biblia frente al ataúd que guardaba el cadáver de Bob. Su voz sonaba como la de un barítono, grave y profunda. De vez en cuando alzaba la mirada hacia nosotros como para comprobar que seguíamos ahí. Anna estaba sentada junto a su hija; ambas vestidas de negro y con las manos entrelazadas. Detrás estaba Maggie, la empleada de la cafetería Miami, con las manos sobre el vientre y la cabeza gacha.

Vera había dado un buen estirón y casi me costó reconocerla cuando fui a darle el pésame. Siempre protegida por su madre, dejó caer un gracias expresado en un susurro. Me sorprendió su delgadez y unas ligeras ojeras. Su carácter siempre había sido más bien huidizo al menos con los adultos. De pequeña había sido traviesa; el centro de atención de unos padres que escasas veces se opusieron a complacer sus caprichos.

Recordé la conversación con Bob en la que me reveló que nunca le contó a su hija a qué se dedicaba, sino que esperó a que ella lo dedujese. La curiosidad por saber qué pensaba sobre la profesión de su padre no dejaba de palpitar dentro de mí, quizá porque era una suerte de antesala de lo que me esperaba con respecto a Josh. Mi relación con ella se había enfriado por mi distanciamiento de sus padres e incluso podría decirse que, por el tiempo transcurrido, era otra persona a la que conocí. Me esforcé en imaginar cómo de terrible era la pérdida de un padre, ejercicio que supuso un sobresfuerzo porque yo odiaba al mío.

Al lado de Vera, vestido de traje y corbata, se encontraba Roman, su novio. Su aspecto físico llamaba la atención entre los demás. Su piel bronceada, los pendientes en las orejas, y un peinado rapado en las sienes y abundante por arriba. Todo en él era como un grito de juvenil rebeldía.

Anna me había contado que era dominicano y que se ganaba la vida como *youtuber*. Publicaba vídeos personales en su canal y cobraba por los visionados, además de por insertar publicidad. Con casi medio millón de subscriptores sacaba una buena tajada mensual. Vera y Roman se conocieron porque ella era una fiel seguidora, y publicaba comentarios con asiduidad. Poco a poco fueron intimando hasta que se conocieron cara a cara, y el romance estalló como una bomba nuclear.

Por la forma nerviosa de moverse y sus miradas desafiantes percibí en Roman cierta arrogancia y, sobre todo, una actitud impulsiva.

Entendí el atractivo que había encandilado a Vera. Un chico que parecía moverse como pez en el agua en el mundo de los adultos, independiente, exitoso y que no respondía a nadie más que a sí mismo.

Terminada la lectura, el joven cura invitó a los operarios a que procedieran con el enterramiento. Cerró la Biblia y la sostuvo entre las manos, cabizbajo.

Anna suspiró. Su abogado, Dustin Newson, le ofreció un pañuelo para secar las lágrimas, que ella aceptó. Newson tendría la misma edad que Bob, aunque era evidente su esfuerzo olímpico por detener el tiempo. Su pelo corto era tan oscuro, sin mácula, que contrastaba con las arrugas de su cara y cuello. Era el abogado de confianza para todos los asuntos de la familia, e incluso en el pasado me había asesorado con unos temas personales sin cobrarme un céntimo. Entre nosotros siempre había existido una relación cordial.

Con la ayuda de unas gruesas cuerdas, bajaron el ataúd con lentitud entre el silencio conmovedor de la familia y los amigos. La muerte de Bob trazaba una frontera en la que empezaba una nueva época para todos, incluso para mí.

Sin poder evitarlo, el nombre de Terry Rock bullía en mi cabeza. Sentía una mezcla de indignación y revancha. Lo antes posible debía llamarle y concertar una cita. Pensé que de no conseguir nada fructífero, acudiría a la policía para contar lo que pasó la noche anterior al asesinato. La vida no es una película de Walcox y yo no era un detective. Al menos aún no.

Kim, a mi lado, dejó escapar una lágrima y yo la estreché por el hombro. Ese sencillo gesto cargado de inocencia me hizo sentir extraño. Después del divorcio, continuaba sin saber de qué naturaleza era el vínculo que nos unía.

—Espero que la policía atrape a quien lo ha hecho —me dijo—. Bob no merecía morir y mucho menos de esa forma.

Asentí con la cabeza. Después, sin motivo alguno, miré entre las caras serias de la gente. Al segundo se produjo una chispa.

¿Dónde está Barbra?

Ella llevaba toda la vida trabajando para Bob. Me constaba que se profesaban un mutuo afecto. Qué sospechoso que Barbra no estuviera en el entierro.

Después de asistir al funeral, nos dirigimos a la casa para seguir acompañando a la viuda y su hija. Empezó a chispear bajo un cielo encapotado. Kim y yo llegamos de los primeros y aparcamos su coche justo delante de la puerta. Era la segunda vez que entraba sabiendo

que mi viejo amigo había muerto. Aún costaba acostumbrarse a no verle sentado en el salón, o en la cocina bebiendo una copa de lo que fuese. El silencio era la ausencia de su voz.

Sobre la mesa de mármol del salón se había dispuesto un amplio surtido de bandejas de comida, agua, refrescos y platos de plástico. El resto de familia y amigos fueron llegando en oleadas, inundando de pesadumbre la estancia. Reconocí a antiguos compañeros con los que intercambié alguna que otra frase de compromiso. Todos me preguntaron si iba a volver a la industria, a lo que respondí con evasivas.

El abogado de la familia, Newson, continuaba siendo la sombra acongojada de Anna. Justo cuando iba a sentarme al lado de ella, apareció J.F. Taylor y su frondosa barba llena de modernidad. Tenía una edad similar a la mía y durante muchos años había sido una estrella del porno, a la altura de las grandes leyendas. Sus opulentas fiestas al finalizar el rodaje contribuyeron a cimentar su merecida fama. Su vigorosa figura había decaído, aunque se podría afirmar que estaba en buena forma.

Antes de que yo me casara con Kim, Taylor había abandonado la actuación para fundar su propia productora, convertirse en director y distribuir las películas con su particular sello, que consistía en rodar en mansiones de lujo por todo el mundo.

Taylor era un culo inquieto. Fue el primero en introducir en los DVD documentales sobre el proceso de selección de las mujeres para lograr un papel. La mayoría de ellas, desconocidas y con hambre de estrellato y dinero, no dudaban en abrirse ante la cámara emocional y físicamente, lo que añadía valor a la compra de la película. Además de todo esto, a Taylor le había dado tiempo a publicar una biografía que fue un éxito de ventas. ¿Había algo que hiciera mal este capullo?

Dejé que Anna y Taylor hablaran a solas, y me fui a buscar a Vera. Primero fui a su dormitorio en la planta de arriba, pero no estaba. Aun así, entré porque algo me llamó la atención.

Sobre la mesita de noche, había un bote de pastillas para dormir. ¿Sería el mismo que encontré en el dormitorio de Anna u otro diferente? Me preocupó que una chica tan joven necesitara de ayuda química para conciliar el sueño. Deseé que fuera solo por unos días, hasta que empezara su proceso de duelo.

Algo me hizo mirar a través de la ventana que daba al jardín interior y a la piscina. Allá abajo Vera se estaba columpiando a solas. Antes de buscarla, eché un último vistazo al dormitorio. Nada había cambiado. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado de un color azul marino poblado de flores. Su cama, llena de peluches. Parecía más el cuarto de una niña que el de una adolescente.

Bajé por las escaleras y salí al jardín por la cocina. Caminé con las

manos en los bolsillos sin tener a las claras sobre qué iba a hablar con ella. Vera parecía contemplar las espesas nubes cenicientas.

Al oír mis pasos sobre el mullido césped, se giró. Se había puesto una rebeca marrón sobre su vestido negro.

—Recuerdo cuando tu padre mandó construir el columpio —dije, cuando me situé a su lado—. Fue cuando cumpliste tres años. Te pasaste toda la tarde jugando.

—Sí, mi padre me lo recordaba de vez en cuando. Tiene unas fotos en su ordenador de ese día, bueno, y de los demás cumpleaños.

—Te quería mucho.

Vera enterró la mirada en el césped. Casi se palpaba la fragilidad que emanaba de todo su cuerpo.

—Tu madre me ha dicho que tienes novio.

—¿Te lo ha dicho mi madre? Eso que le pedí que no se lo dijera a nadie. Qué vergüenza.

—No te preocupes, ya sabes cómo son las madres…

Ella hizo un mohín de disgusto y no dijo nada más.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo. Aunque haya pasado un tiempo sin vernos, tu madre y tú sois como familia para mí.

—Gracias, Mark, te lo agradezco.

—¿Cómo te va en el instituto?

—Bien, aunque he de apretar con las notas para que una buena universidad me elija.

—¿Qué quieres estudiar?

—Me gustaría ser abogada.

—Qué claro lo tienes. Ya verás como lo conseguirás. Tu madre estará muy orgullosa de ti. Toda una abogada en la familia…

—¿Ya conociste a Roman? —preguntó con un centelleo en los ojos.

—Lo he visto, pero no he hablado con él. Se gana la vida con YouTube… —dije todavía sin salir de mi asombro que alguien lograra dinero de esa manera. Me hacía sentir como un anciano en una guardería.

—Sus vídeos son geniales, superdivertidos. Te enviaré el enlace por correo electrónico. Dime cuál es.

Se lo dije. Después le pregunté si quería regresar adentro, pero ella prefirió quedarse a solas con su cielo plomizo. Me acerqué, le puse una mano en el hombro y la besé en la coronilla.

Al acercarme a la cocina, oí a dos personas mantener una conversación tensa.

—Tienes mucha caradura… —enseguida reconocí a Anna.

—Estás muy equivocada conmigo —dijo la otra voz, la de Taylor.

—Presentarte en mi propia casa y mentirme a la cara. Haré como si no estuvieras aquí, aunque preferiría que te marcharas. No voy a obligarte porque no voy a montar ningún escándalo delante de la

familia, pero espero no volver a verte nunca más.

—Anna… —dijo Taylor—. No sé quién te ha metido todo eso en la cabeza, pero es mentira. Yo no tengo nada que ver. Además, te recuerdo que fuiste tú quien…

—Anda, cállate. Vete y sal de nuestras vidas. Me traicionaste. Con amigos como tú, quién necesita enemigos.

—Estás siendo irracional. Hablaremos cuando pase todo esto. Me necesitas y Vera también.

No escuché nada más, por lo que deduje que ella había vuelto al salón.

Con la conversación fresca en mi cabeza, entré en la cocina como si acabara de llegar. Taylor giró la cabeza y, al verme, ofreció la mano para que se la estrechara, algo que hice apretando con fuerza como un machote redomado. Intercambiamos una mirada tibia. Nuestra relación siempre había sido más bien superficial. En alguna ocasión me había ofrecido trabajar para él, sin embargo, nunca tuve una verdadera propuesta sobre la mesa. Era de esas personas que hablan y hablan sin cumplir nada de lo que prometen.

Lo que sabía de él sobre su carácter se reducía a los comentarios de otros compañeros de profesión. En los rodajes, como director, era exigente e incluso tiránico, aunque la mayoría repetía con él. En su época de actor, Anna y Taylor habían trabajado juntos en un buen puñado de películas. Bob detestaba su narcisismo, pero respetaba que fuera amigo de su mujer. En esta profesión todos habían follado con todos.

—¿Cómo te va con el gimnasio? —me preguntó con cordialidad.

—Lo cerré. Por eso quiero volver a trabajar en la industria.

—Si me entero de algo, te aviso.

—Gracias —dije sabiendo que nunca me llamaría—. ¿Y tu empresa va bien?

—Muy bien. Las visitas a la web crecen cada día, aunque no es fácil, requiere mucho trabajo. Ahora me paso más tiempo delante de un ordenador que en un set de rodaje.

Intercambiamos un buen ramillete de frases manidas, y después de picar algo de la mesa, cada uno se fue por su lado. A pesar del deseo de Anna, Taylor no se marchó sino que regresó al salón con absoluta naturalidad.

Busqué a Anna porque deseaba preguntarle algunas cosas que me rondaban por la cabeza, no solo la discusión con Taylor. La encontré junto a Kim sentada en el porche. Cada una llevaba en el regazo un plato de ensalada. Me senté al lado de mi ex y esperé a que terminaran la conversación.

—Anna, ¿has visto a Barbra? No la he visto en el entierro, ni tampoco por aquí.

—Es verdad, ¿dónde está? Qué raro que no esté aquí —dijo Kim mirando hacia el salón.

—No la he visto, pero yo le dejé un mensaje en el contestador con la hora del entierro. Después me llamó para darme el pésame. La noté muy triste.

—La pobre estará afectada. ¿Cuántos años ha trabajado con él?

—Desde que Bob fundó la productora. Ni me acuerdo —dijo Anna.

—¿Qué te ha pasado con Taylor en la cocina? Os oí discutir… —pregunté a quemarropa.

—¡Qué cotilla eres, Mark! —espetó Anna, tapándose la boca al masticar un bocado de ensalada—. Nada, solo que me pareció de mal gusto que me hiciera aquí y ahora una oferta por las películas de Bob. Lo envié a la mierda.

—¡Será cretino! —dijo Kim.

Me imaginé que fundar un imperio de cine para adultos requería dejar a un lado los escrúpulos. Taylor siempre en busca de una oportunidad de negocio, aunque fuese a costa de las emociones de la reciente viuda de un compañero.

—He dado con el nombre del tatuado. Se llama Terry Rock. ¿Os suena ese nombre? —pregunté a ambas sintiéndome orgulloso del hallazgo.

Anna abrió los ojos, sorprendida. Kim hizo un gesto como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—No lo entiendo —dijo mi ex—, ¿de verdad qué estás investigando como si fueras un detective de verdad?

—¿Lo conocéis o no?

Ambas respondieron negativamente, lo que a todas luces contradecía mi opinión de que «todos se conocen en el porno». Aunque en mi defensa alegaré que Kim ya no trabajaba en ese mundo, y Anna se había retirado mucho tiempo atrás.

—Mark, deja que se encargue la policía —dijo Anna—. ¿Qué pretendes?

—Saber quién mató a mi amigo. Él siempre me ayudó. No creo que sea tan difícil de entender.

Kim habló después de tomarse su tiempo para tragarse su porción de ensalada.

—Estoy de acuerdo con Anna. Dales ese nombre a la policía y deja que ellos se encarguen.

—Antes hablaré con ese Terry y luego veré lo que hago —dije, zanjando la discusión.

10

—Hola, ¿está Terry? —pregunté por teléfono.

—No, no está. ¿Para qué lo quieres? Soy Simon Chester, su representante.

Maldije para mis adentros. Rápidamente cambié el guion que había inventado para la llamada, pensando que hablaría con él.

—Me llamo Mark y estoy interesado en contratarle para unas cuantas sesiones. Me dieron el número en Panorama Studio.

—Tienes buen ojo. Terry es un portento y no se niega a nada. Hace de todo. ¿Qué es lo que estás buscando?

—Lo normal. Vamos a rodar en una mansión de Beverly Hills. Uno de los actores se ha puesto malo y necesitamos un sustituto. Me hablaron de Terry muy bien. ¿Está libre?

Escuché cómo Simon hablaba con alguien en susurros.

—¿Simon, estás ahí?

—¿Buscas a alguien más? Tengo un catálogo de chicas nuevas. Las mejores recién llegadas con muchas ganas de trabajar. Podemos negociar un lote y así salimos ganando los dos.

Los representantes de los actores o actrices, a diferencia de Hollywood, cobran su porcentaje no a sus representados, sino a quienes los contratan. Para muchas empresas, ahorrar tiempo y dinero en *casting* supone una ventaja considerable. Nunca había oído hablar de Simon Chester. Debía de tratarse de alguien relativamente nuevo procurando sacar tajada de la situación. No le podía culpar. Decidí seguir la corriente para evitar suspicacias.

—No me importaría conocer algunas chicas. ¿Cómo quieres hacerlo?

—Mira… Estoy en el Barclay Hotel. Habitación 369. ¿Te puedes pasar? Cerramos lo de Terry y te presento a lo mejor de mi catálogo.

Le dije que estaba de acuerdo y que nos veríamos en una media hora. Colgué. Me quedé pensativo durante unos buenos minutos en el sofá de la casita. Algo no me cuadraba y me sorprendió percatarme en ese momento. Si Terry había robado el dinero, ¿tendría necesidad de trabajar con cien mil dólares en el bolsillo? Empecé a elucubrar mientras me cambiaba de ropa. Quizá si contaba con algún socio en el robo que se llevara la mitad del dinero, entonces no me parecería extraño que siguiera trabajando.

El hotel Barclay se alzaba en el centro de la ciudad entre la 103 Oeste y la Cuarta. Era uno de esos edificios altos de aspecto robusto e impenetrable con pinta de haber estado ahí toda la vida. Las ventanas

eran pequeñas y estaban colocadas de una manera tan simétrica que parecían obra de un arquitecto obsesivo-compulsivo. El letrero colgaba de la esquina de la fachada, a pocos metros de la escalera de incendios, apagado pese a que ya era de noche.

La recepción me recordó a esos bancos antiguos cuyo mostrador está enrejado. En el aire flotaba un olor a piedra vieja, como en las iglesias. El recepcionista, un hombre negro, estaba inmóvil viendo un partido de béisbol en la pantalla de su teléfono. Las voces de los comentaristas me acompañaron mientras me dirigía a los ascensores. Una pareja de aspecto extranjero, sentada en dos sillas enclenques, leía una guía turística de la ciudad.

Llamé a la puerta de la habitación y esperé con paciencia hasta que me abrieron. Un tipo con melena pero calvo por la azotea me recibió con una expresión indolente.

—Soy Mark. Hemos quedado —dije con seriedad.

—¡Ah, sí! —exclamó Simon como si hubiera transcurrido una semana desde nuestra conversación telefónica.

Vestía con una camiseta interior de tirantes y un pantalón de chándal oscuro. Iba descalzo. Una gruesa capa de pelo le cubría los hombros como si fuera un osezno.

—¿Estás buscando a Terry, verdad? —preguntó, mientras le seguía por un pasillo hasta que entramos en un salón, con una cama enorme y lleno de gente.

Conté cuatro chicas y dos chicos de diferentes edades, cada uno existiendo a su manera. Unos tumbados, otros sentados en el borde, otro en el medio con las piernas cruzadas. Como si posaran para un fotógrafo de moda, con ese aire forzado entre melancólico e intrigante.

—¿Dónde está Terry?

—Ahora hablamos con él. Pero antes quiero que los conozcas —dijo, señalando hacia la cama—. Son jóvenes y buscan una primera oportunidad en la industria.

Volví a mirarles. Esta vez me encontré con unos ojos cargados de inocencia.

—¿Qué edad tienen?

—Todos son mayores de edad, si es lo que te preocupa.

—No me jodas, Simon.

El representante torció el gesto, admitiendo su culpa.

—Ya sabes lo que hay que hacer, Mark. Los grabas y en cuanto cumplan la mayoría sacas la película. Estarás protegido.

—¿Cómo puedo hablar con Terry? —insistí.

Mi confianza en aquel tipejo caía a gran velocidad.

Simon me hizo un gesto para que lo acompañara al baño. Entré y cerró la puerta. Era pequeño y claustrofóbico. La luz brotaba de la

bombilla fluorescente colocada encima del espejo. Una pequeña rejilla era la fabulosa ventilación. Un lugar idóneo para mantener una conversación privada.

Me miró como si esperase a que yo diera el primer paso, en un silencio tenso que se prolongó demasiado hasta convertirse en una insinuación. Me quedé inmóvil, lleno de impaciencia para que la oleada sexual muriera por sí misma.

—Escucha, Terry es un buen actor pero no te lo recomiendo. Tengo muchos mejores… y solo te cobraré…

Pensé en agarrarle de la camiseta interior, sin embargo, me decanté por pellizcar una teta. Simon, sorprendido por mi iniciativa, al dar un paso atrás con un gesto de dolor se topó con la pared. Después apreté su cara con mi mano. Procuró zafarse pero sus brazos eran débiles y fofos como la mantequilla.

—No tienes ni idea de dónde está Terry, ¿verdad? —le dije—. Me has hecho venir para nada.

—Está en el extranjero, rodando en Praga.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Como una semana o así.

Apliqué una digna fuerza en el puño para que impactase en su blando estómago. Se dobló y se protegió con las brazos.

—Lo he visto en Los Ángeles hace muy poco. ¿Dónde vive?

Le llevó unos instantes tomar aire de nuevo y recomponerse. En sus pausados movimientos había algo de actuación.

—Eso no te lo puedo decir. Es confidencial. Protejo a mis clientes. Soy como un padre para ellos.

Recordé que en una escena de Walcox en *El caso de la monja cachonda*, introduje con rudeza la cabeza de un sospechoso en las acogedoras aguas de un inodoro. Sin embargo, ahora las dimensiones del baño ceñían mis movimientos a una baldosa y media. Decidí entonces agarrar de la camiseta interior para obsequiarle un rodillazo en sus partes. Simon soltó un bufido y cayó al suelo.

—No te… lo pienso decir… —insistió, balbuceando con la cara roja—. Por política de empresa, ya lo sabes. No es nada personal. Puedes pegarme todo lo que quieras. Ya sé que emprender un negocio tiene sus riesgos.

Estaba ya cansado de compartir en aquel cuchitril mi preciada intimidad con Simon. Nuestra amistad había alcanzado su apogeo pero ya rodaba cuesta abajo. Saqué el móvil de mi bolsillo.

—Entonces vamos a ver qué dice tu política de empresa cuando la policía se presente aquí, y vea que hay al menos una menor en la habitación.

Simon abrió los ojos, aterrorizado.

—Su apartamento está en la calle Chicago, 214, número 31.

Satisfecho, palmeé su cabecita como a un perro. Metí la mano en el bolsillo de su pantalón y confisqué su móvil para que no alertara a nadie. Antes de que protestara, salí del baño agradecido por respirar aire fresco y purificador.

El grupito de chicos me miró con ligero temor. Algunos se habían levantado de la cama, otros seguían en la misma postura y otros leían algo en la pantalla de su móvil. Me acerqué a un escritorio de formica pequeño y arrimado a la pared, abrí el cajón y me hice con un bloc de notas y un bolígrafo con el nombre del hotel. Anoté el número de móvil de Sarah. Luego dejé caer el bloc sobre la cama.

—Si queréis entrar en el porno y que los vídeos estén colgados de por vida en internet, es vuestra elección —dije hablando al sector femenino, y señalé el nombre de mi amiga en el papel—. Llamadla si queréis una ayuda honesta. Se puede confiar en ella. Fue actriz y su experiencia os será muy valiosa.

Pensé que no sería extraño que viniesen de Europa del Este, quizá inmigrantes ilegales.

—¿Qué edad tienes? —me dirigí a la que me pareció más joven—. No me mientas.

—Diecinueve.

Tenía el cabello rizado teñido de rubio y era bajita. Su cara estaba cubierta por una gruesa capa de maquillaje que pretendía disimular la edad. Vestía con un abrigo oscuro y calzaba unas botas negras y enormes.

—¿De dónde eres?

—De Kansas.

—Yo también. ¿Te escapaste de casa?

—He dejado los estudios y quiero trabajar de lo que sea. Vivo con mi novio y hay que pagar las facturas.

Hablaba con confianza en sí misma, lo que me pareció admirable para alguien de su edad.

—¿Cómo te llamas?

—Nadia.

—Quiero que vengas conmigo, te presentaré a Sarah. Te ayudará a buscar un trabajo normal y si cuando cumplas los veintiuno quieres trabajar en el porno, te buscará alguien de confianza. Venga, coge tus cosas.

Nadia no movió un músculo, seguía en el borde de la cama, sentada como si esperase el autobús hacia ninguna parte.

—Me quedo. Métete en tus asuntos, viejo. No necesito que nadie venga a rescatarme.

Desvió la mirada con desprecio.

—Ahí tienes el número de teléfono por si cambias de opinión —dije, muy serio.

Salí del hotel y en dos zancadas llegué a la moto. Me subí y la arranqué con estruendo, tentado de mirar a la ventana de la habitación del hotel donde había estado. Pero finalmente no lo hice y me sumé al tráfico nocturno. Por la autopista llegaría en poco tiempo a la calle Chicago.

11

Llamé con los nudillos a la puerta del apartamento 31 y me quedé a la espera. Me encontraba en un pasillo exterior, con una coqueta barandilla separándome del suelo del aparcamiento. Todo el complejo de apartamentos era un sólido edificio de color caoba y de tres plantas sin ascensor, rodeado por un muro grueso de viejos ladrillos.

A pesar de que era de noche, la temperatura era amable. Se oía un televisor a lo lejos, el ladrido de un perro y el sonido del agua bajando por alguna tubería escondida en la pared.

Al lado de la puerta del 31 había una austera ventana tapada con una cortina. La luz estaba apagada y ningún ruido desvelaba la presencia de alguien en el interior. O Terry se iba a la cama muy temprano o sencillamente no había nadie. Miré a ambos lados del pasillo en busca de un rastro de vida humana, pero solo apareció un gato callejero bajando por las escaleras con cierta premura.

Sopesé la idea de quedarme cerca por si Terry regresaba a su hogar, pero el pasillo carecía de un buen escondite. A lo sumo, las escaleras ofrecían un improvisado resguardo.

¿Qué haría Walcox en mi lugar?, me pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Walcox intentaría saciar su hambre de sexo con cualquier vecina del inmueble. Le encantaba dejar huella por donde pasara.

En medio de mis ridículas divagaciones, la última puerta del pasillo se abrió de repente. Una lámpara colgando de la pared alumbró la figura de un hombre de avanzada edad y raza negra. Dejó la puerta casi cerrada, como si quisiera evitar que alguien se escapara. Su cabeza y su barba ofrecían una poblada muestra de pelo canoso.

—¿Está buscando a Terry? —preguntó fríamente.

Me acerqué con la esperanza burbujeando sin cesar. Siempre he sido un fiel defensor del papel del vecino cotilla en el mundo contemporáneo. Y ahora esperaba que mi posicionamiento moral fuera recompensado con creces.

—Sí.

Al acercarme descubrí una cara rechoncha y una mirada tensa. Vestía con el pijama sobre el que se había puesto una bata doméstica. Deduje que rondaría los setenta años.

—¿Es amigo suyo? —preguntó.

—Sí. Le busco porque habíamos quedado hace una hora y no se ha presentado. Me preocupa.

El vecino miró hacia los lados y con un gesto acuciante me invitó a pasar a su apartamento. No me lo pensé dos veces. Al entrar me

golpeó un fuerte olor a ajo y a pescado. El salón y la cocina formaban un matrimonio mal avenido. La sartén emitía un sospechoso humo. El vecino se apresuró a apagar lo que estuviera friendo.

—Soy bueno calando a las personas. Usted no es como esos.

—¿Como esos? —pregunté, rodeado de cajas vacías, trastos viejos y maletas con ropa puesta de cualquier forma.

Un perro apareció, me husmeó los zapatos y me ignoró.

—Hace un par de noches vinieron a buscar a Terry. Eran dos jóvenes, delgados, con aspecto siniestro y con la forma de caminar de dos vaqueros del oeste —Imitó un gesto de caminar que me pareció algo chulesco—. Les observé desde la ventana, a oscuras, tapando el hocico a Rasputin para que no ladrara. Venían con Keith, pero se apartaron de la puerta para que Terry no los viese. Se fueron enseguida porque Terry no estaba.

—¿Keith?

—Su novio.

El vecino se sirvió un vaso de leche de un cartón y se lo bebió de un trago.

—¿Dónde cree que puede estar Terry?

—No lo sé. Hace días que no lo oigo. Siempre ponía música para dormir. La misma canción una y otra vez, en bucle. A mí no me molestaba pero los vecinos siempre se quejaban.

—Quiero coger unos libros que me prestó. ¿Por casualidad tiene la llave del apartamento?

—¡No! —dijo y luego se rio.

Rasputin apareció otra vez de la nada, se dirigió con indolencia a su bol, cerca del frigorífico, y picó algo de su menú canino.

—Pero tiene que decirle —continuó—, cuando lo vea, que estoy listo.

—¿Terry le está esperando?

—Me dijo que pronto su vida se arreglaría y que me devolvería el dinero que le presté —Los ojos del vecino se movían con celeridad—. Lo necesito para regresar a casa de mis padres, en Boston. Me esperan. ¿Le dirá que estoy listo para irme y que necesito que me devuelva el dinero?

—Descuide.

—Terry es un bala perdida. Tan pronto aparecía con relojes caros, ropa cara y un televisor último modelo, pero luego siempre estaba pidiendo dinero a todo el mundo. ¡Qué estúpido! ¡La juventud! —exclamó, indignado.

Rasputin le dedicó una mirada a su amo entre impaciente y reprobatoria. El bol estaba vacío y era necesario más comida. Tosió varias veces, como si tuviera una arcada. La raza de Rasputin debía de ser una mezcla de varias: hocico alargado, orejas en punta y delgado

como un fideo.

—Me voy a marchar. Le diré lo que me ha pedido. ¿Cómo se llama usted?

—Dile adiós al señor, Rasputin —le pidió el viejo, pero el perro volvió a toser—. Me llamo Rudolph Green.

Anna necesitaba tomar aire fresco después de un día triste y agotador, así que la llevé a Guido´s, plantado en el bulevar de Santa Mónica. Era uno de mis restaurantes favoritos y también de Bob, así que de paso le rendimos un homenaje gastronómico. Me pedí su plato más socorrido, *fetuccine* con pollo, mientras que Anna se decantó por una ensalada marinera. Me guardé de ponerla al tanto de mis últimas pesquisas para que no reprochara mi empecinamiento en la investigación.

Anna me pidió que hablara de mi hijo, y durante unos veinte minutos dibujé un somero retrato del carácter de Josh. Ella parecía encantada de distraerse del rigor y la formalidad del luto. Yo sentía el presente como una escena que recordaría en el futuro. El entierro había sido por la mañana y su mujer y yo cenábamos juntos como si fuese un día cualquiera. La vida nos arrastraba sin remedio.

Según iba desgranando mis impresiones como padre, Anna sonrió con cierto remordimiento en un par de ocasiones. Bob seguía presente en cada silencio.

—Entonces, ¿lo de Roman y Vera va en serio? —le pregunté.

—Mi hija está enamorada —dijo con rotundidad—. Nunca la he visto tan contenta por cualquier tontería. A veces parece otra, sobre todo cuando está con él. ¡Quién tuviera diecisiete otra vez! ¿Verdad, Mark?

—Yo no volvería ni loco a esa edad.

—¿No? ¿Por qué no?

—Todavía vivía en casa de mis padres —dije, sin ganas de explicarme.

—Pues yo sí volvería a esa edad, además encantada. Tenía tantos sueños en la cabeza… Iba a las clases de teatro del instituto y allí me enamoré de la interpretación —Su mirada refulgió—. La profesora pensó que sería perfecta para interpretar a Dorothy en El mago de Oz. Creo recordar que nunca en mi vida he disfrutado tanto aprendiendo. Ensayaba en el autobús, en el baño, en mi habitación… Hasta mi madre me dijo que hablaba en sueños. ¿Sabes, Mark? Yo nací para la interpretación. Estoy completamente segura. Mi profesora, la Sra. Simmons, me escribió una carta en la que me decía que tenía mucho talento, y que eso era un don que no debía desaprovechar. Si no me hubiera metido en el porno, ahora estaría trabajando en Hollywood.

Qué tonta fui.

Bajó la mirada y dejó los cubiertos apoyados en el filo del plato. A nuestro alrededor flotaba un ambiente silencioso. La mayoría de las mesas estaban vacías. Los camareros hablaban de sus cosas en la barra. Nos encontrábamos en medio de la sala, en una mesa amplia, con los asientos de un terciopelo rojo desgastado.

—¿Cómo se llevaba Bob con Roman? —pregunté para cambiar de tema.

—No muy bien. Le disgustaba que hubiese dejado sus estudios para ser *youtuber*. Decía que no era un buen ejemplo para Vera. Pero ella no dio su brazo a torcer, y Bob tuvo que aguantarse. Yo también intercedí por ellos. A mí sí me gusta Roman, y me gustan sus vídeos. ¿Los has visto?

Anna introdujo la mano en su bolso y sacó el móvil. Después de trastearlo unos segundos me mostró la pantalla.

—El cumpleaños de Vera —dijo.

Roman, en un primer plano, empezaba a hablar a la cámara de una forma ágil, seductora y llena de confianza. El plano se abrió y apareció Bob con rostro serio. Asaba carne en la barbacoa de casa con un delantal y un gorro de pastelero. Verle me hizo sentir un nudo en la garganta, como si viese un espectro.

Vera estaba sentada a la mesa, junto a Anna y un chico que Roman presentó como su primo. Era mayor, con el pelo corto y una mirada que parecía que se acabara de despertar. A su lado estaba una chica, su novia, según me dijo Anna. Roman hablaba con cada uno de ellos y luego les pidió una palabras a la cámara. De fondo asomaban la casa y el garaje, con varios coches. Era pleno día y por la ropa deduje que debía de ser verano.

El vídeo continuaba con más tomas de la carne cociéndose en la parrilla, y después un breve montaje musical con todos chapoteando en la piscina a cámara lenta. Anna veía el montaje con ojos ensoñadores.

En mi época a esto se le llamaba un vídeo casero, pero ahora se trataba de algo más: un producto para internet. Las visitas rondaban las doscientas mil. Los comentarios, por centenares.

—Mi hija, la pobre. Lo que tiene que estar sufriendo… No hemos sido unos buenos padres, Mark. Esa es la pura verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie te prepara para ser madre. Lo único que intentas es no repetir los errores de tus padres, pero creas unos nuevos. Debería haber sido mucho mejor madre, si volviera atrás en el tiempo la educaría de otra manera. Creo que estaría más encima de ella, la haría más caso. Me centré demasiado en mí misma, amargada por no convertirme en una actriz de verdad. Ahora está como está y no sé qué

decirle para consolarla. ¿Qué hago? ¿La aíslo del mundo exterior para protegerla? Está siempre con Roman y rara vez quiere hablar conmigo, y no se lo reprocho, claro. Cuando era pequeña todo era más fácil.

—Es normal que esté con Roman. Es lo que hacen los adolescentes. Seguro que tú también hacías lo mismo a su edad.

—No lo entiendes, Mark.

El camarero acudió a retirarnos los platos y a preguntarnos qué tal la comida. Respondimos con cortesía. Luego pedimos la cuenta. Anna se ofreció a invitarme, a lo que no me opuse. Seguía en bancarrota.

—¿Vas a quedarte en mi casa? —me preguntó Anna—. Vera está con Roman en su dormitorio, ni se enterarán. Me vendrá bien tu compañía.

—Si es lo que quieres, sí.

12

A la mañana siguiente, la luz plateada del amanecer empezó a invadir el dormitorio. Anna y yo estábamos desnudos bajo el edredón.

Me fijé en que la puerta abierta del armario mostraba la ropa de Bob, trajes, camisas, pantalones, todo colgado en las perchas. Me pregunté cuándo tomará la decisión Anna de vaciar su parte del armario. Ante la muerte se impone lo práctico. Si ella me preguntaba si quería conservar un recuerdo de Bob, pediría el premio del festival de Las Vegas a la mejor película por la primera de la saga Walcox.

Miré a Anna mientras dormía, pero no fue más que un instante porque enseguida oí ruido en la calle. Abrir y cerrar puertas de coches, murmullos y pasos acelerados. Me levanté en dirección a la ventana como empujado por una corriente eléctrica.

Lo que vi me dejó pasmado.

Un grupo de hombres y mujeres se acercaba a la puerta con paso decidido; unos vestían con traje, otros de uniforme y otros un chaleco con el rótulo de la policía.

—¡Anna, despierta! —exclamé sacudiéndola por los hombros.

Sus ojos se abrieron aunque su mirada aún seguía inmersa en el sueño. Un mechón de pelo rubio cubría su cara.

—¿Qué pasa? —susurró.

Le dije que la policía estaba allí justo cuando se oyó el timbre.

—¡Vístete! —le dije.

Sin perder ni un segundo, me puse los pantalones, la camiseta y la sudadera. Me imaginé que Elsa ya habría abierto la puerta y conversaba con la policía entre asustada e intimidada. Cogí mi calzado y me encaminé a toda prisa por el pasillo.

Mi huida no encerraba un súbito ataque de pudor, sino el peligro de que la policía supiera que la viuda tenía un amante que, casualmente, había descubierto el cadáver de su marido. El cuarto de invitados se encontraba al final del pasillo. Entré y deshice la cama a toda prisa. No confiaba mucho en esta pista falsa, pero no se me ocurrió una mejor opción en medio del nerviosismo. Además, ya se habrían fijado en mi moto, aunque no supieran aún la identidad del propietario.

Ocurrió algo que de repente hizo que me olvidara de la policía por un instante. En el cuarto de baño, repartidos en dos estanterías, encontré productos de aseo, lo que me sorprendió ya que nadie usaba la habitación. La maquinilla de afeitar y la espuma revelaban que pertenecían a un hombre. ¿Sería Bob?

Abrí el armario y descubrí ropa colgada: camisas, pantalones, chaquetas. Aunque no podía afirmarlo con rotundidad, juraría que era del estilo de Bob: elegante y sobrio. ¿Es que Anna y él dormían en habitaciones separadas, o ella había trasladado una parte de la ropa? Pensé que si lo segundo fuera cierto, ¿por qué mover de sitio el cepillo de dientes, la pasta y el desodorante, junto con la maquinilla y la espuma?

Oí a Elsa subir las escaleras con premura, hablar con Anna en el rellano y ambas dirigirse hacia el recibidor. Pensé que era inútil esconderse por más tiempo, así que me uní a ellas.

—Buenos días, señora —informó uno de los policías con voz ronca mostrando un documento—. Tenemos una orden de registro.

Reconocí enseguida a Hayes y Keating, quienes me miraron con frialdad, aunque deduje que en el fondo se alegraban de verme. Que yo me encontrase en la casa avivaría su investigación.

—Quiero llamar a mi abogado —dijo Anna.

—Llámelo si quiere, pero nosotros vamos a empezar sin él —dijo Hayes.

Hizo un gesto con la cabeza y los policías se desperdigaron por la casa. Unos fueron al salón, otros a la cocina, otros subieron por las escaleras. Parecían abejas zumbando en busca de miel fresca.

Keating se acercó mostrando una sonrisa llena de tinieblas.

—Sr. Cannon, qué sorpresa.

—Lo mismo digo.

—¿Qué hace aquí? ¿Consolando a la viuda?

—No es de su incumbencia —dije mirándole fijamente—. ¿Alguna novedad en la investigación o están dando palos de ciego?

El viejo policía negó con la cabeza mientras sonreía.

—¿Seguro que le gustaría que encontráramos una pista?

—Claro que sí, pero si es posible dentro de este siglo.

Anna dijo que Newson, el abogado, acudiría en unos minutos. Supuse que le había llamado desde el teléfono fijo del salón.

—¿Qué esperan encontrar? —preguntó Anna de malos modos a Keating.

—No se lo puedo decir.

Keating no la miraba. Era posible que fuera un hombre conservador que pensara en las actrices porno como un peldaño por debajo de la raza humana. Ese modo de pensar no era algo fuera de lo común.

—En vez de perder el tiempo podían hacer su trabajo. ¡Quiero que atrapen al bastardo que asesinó a mi marido! ¡Quiero justicia!

—Estemos en ello, señora —Keating no se inmutó, en su voz se escapaba una cierta resignación—. Ahora déjenos trabajar o tendré que detenerla.

—Debería darle vergüenza. ¡Decirme eso en mi propia casa!

Keating se sumó al registro junto a sus compañeros. Anna y yo nos quedamos de pie mirando cómo revolvían mesas, sillas, cojines, cuadros, etc. Apenas intercambiaban palabras entre ellos. Deduje que estarían buscando una pista para encriminarla, como el arma del crimen.

Era evidente que Anna era sospechosa de haber asesinado a Bob.

Alrededor de un par de horas después, la policía dio por finalizado el registro. Lo más destacado de su adquisición fue el ordenador de Bob y la documentación fiscal de la productora. No encontraron cajas fuertes escondidas detrás de un cuadro ni ocultas en el suelo. Hayes y Keating se marcharon en silencio sin decir adiós, pero se llevaron a Elsa para interrogarla en la comisaría. Anna pidió a Newson que la acompañara.

Yo también me despedí, porque quería acudir a la casita de la piscina a ducharme y a cambiarme de ropa. Después quería visitar a Barbra.

Mientras iba sobre la moto una serie de pensamientos revoloteaban en mi cabeza. ¿Encajaba que Anna fuese la asesina? Siempre había pensado que la muerte de Bob estaba relacionada con la deuda contraída con gente peligrosa, que el tatuado era la clave para desentrañar el misterio. Sin embargo, me estremecí cuando pensé en Anna como en la persona que apretó el gatillo. ¿Por qué? ¿Cuál sería el motivo? ¿Quería el divorcio? ¿Bob era infiel? ¿La herencia? Pero la pregunta más importante era ¿cuál era su coartada?

Empezaron a brotar ideas paranoicas. ¿Por eso quería que yo dejara investigar el crimen a la policía? ¿Me había ofrecido su cálido lecho con objeto de engatusarme?

Poco antes de llegar al cruce con la 10 me percaté de que un coche me seguía. Era un Cadillac marrón conducido por una sola persona. Estaba demasiado lejos para fijarme en los rasgos de la cara. Recordé que, a pesar de que nada más salir de la casa de Anna reparé en él, no le di importancia. El perseguidor dejaba un coche por medio para no ser demasiado evidente, pero esa estratagema resultaba ya infructuosa.

Antes de llegar a mi desvío torcí por Pico Boulevard y rodeé la manzana a una prudente velocidad. El Cadillac me seguía como un animal acechando a su presa, lenta e inexorablemente. Dudé entonces cuál sería mi siguiente paso, aunque no fue por mucho tiempo.

Enfilé por Sawtelle Boulevard, y me detuve enfrente de un restaurante de sushi en el que había estado un par de veces con Kim,

en plena vigencia del matrimonio. Aparqué entre una furgoneta de reparto y otro coche. Estuve tentado de mirar atrás para cerciorar que me seguía, sin embargo, contuve el ansia y me dirigí a la puerta del restaurante.

Un empleado con *walkie* se acercó y me preguntó el número de comensales. De la manera más amable le indiqué que me esperaban dentro, así que me dejó pasar sin mayor objeción. Sorteé unas cuantas mesas ocupadas y luego pasé junto al variado bufé de sushi. Uno de los empleados me miró extrañado puesto que iba hacia la cocina, pero al verme tan decidido me dejó a mi aire.

Al entrar vi la puerta que daba al callejón. Caminé sin fijar la vista en nadie, solo en la salida, como un ratón de laboratorio. Afuera, apoyado en la pared, otro empleado regalaba una buena dosis de nicotina a sus pulmones. Intercambiamos un austero saludo con la cabeza y me alejé hacia la calle. Creo que es evidente lo que trataba de llevar a cabo.

Más o menos a una manzana de distancia ahí estaba el Cadillac, aparcado en doble fila, con el ocupante esperando a que saliera del restaurante por la puerta principal con el estómago lleno de pescado crudo. Anduve por la acera como un ciudadano orgulloso de mi país, pasando desapercibido entre las fachadas de los variopintos negocios. Se me ocurrió que el perseguidor sería un periodista a la caza de algún escándalo con el que pagar la hipoteca de su casa. Si descubrían que Anna y yo manteníamos una tórrida relación y trascendía a la sociedad, nos caería un buen estigma por mucho tiempo.

Al acercarme descubrí que el conductor llevaba gafas y tenía el pelo ondulado y castaño. El motor estaba al ralentí. Cuando me encontraba a eso de un par de metros, eché a correr hacia la ventanilla.

Mi plan era agarrarlo y soltarle un par de puñetazos bien dados, hasta que confesara quién era y por qué me seguía. Sin embargo, cuando me asomé y descubrí unos ojos con sombra púrpura, labios rojos y colorete en las mejillas, es decir, una mujer, me sorprendió tanto que quedé paralizado una décima de segundo.

La mujer no vaciló en arrancar y dejarme a solas con mi frustración. Se saltó un semáforo en rojo granjeándose la enemistad de varios vehículos que frenaron a su paso. Por suerte, a pesar de mis cuarenta años, gozaba de una vista envidiable. Mientras se alejaba retuve la matrícula en la cabeza hasta que la anoté en mi teléfono. CDL-2269.

13

Después de asearme y vestirme en la casita, fui en busca de Sarah para que me ayudara a obtener toda la información posible del Cadillac, pero como me constaba que aún seguía durmiendo, pensé en dejar el recado con Murray.

Lo encontré en la cocina, desayunando unas tostadas y un vaso de leche. Se le veía limpio, despejado, como si hubiera dormido a pierna suelta ocho horas seguidas.

La asistenta le preguntó si deseaba más tostadas, a lo que Murray se negó con rotundidad. Si las circunstancias hubieran sido otras, no me hubiese importado esperar a la tarde para hablar con Sarah. Sin embargo, debía marcharme lo antes posible en busca de Barbra.

—Murray, cuando Sarah se despierte, ¿estarás por aquí?

—Es posible —dijo, después de beber un trago de leche con el índice levantado, como si fuera un relamido aristócrata—. ¿Por qué? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Necesito que me dé información sobre una matrícula.

Le pedí a la asistenta un papel y un bolígrafo, que ella sacó de un cajón de la cocina. Anoté el número copiado en mi teléfono y le dejé el papel a su alcance. La alternativa de enviar un mensaje directo al teléfono de Sarah no era la más adecuada. Sarah, a diferencia del resto de la humanidad, no vivía con un teléfono pegado a la mano. Solo lo usaba en casos de emergencia.

Tarde o temprano, ella me ayudaría a arrojar luz sobre la identidad de mi perseguidora. Los contactos de mi amiga con altos cargos de la policía, gracias a su negocio, le facilitaban el acceso a información reservada que a otros nos estaba vetado por ser simples mortales.

Cuando salía de la mansión camino a casa de Barbra, subido en la Sportster, vi a un hombre vestido con camisa blanca a cuadros y unos pantalones de algodón, que estaba de pie frente a la puerta. Era alto, bien afeitado y de aspecto serio. A unos metros había una limusina estacionada. Frené. Nos miramos y antes de que yo pudiera decir nada, me preguntó si conocía a Mark Cannon.

—Soy yo —contesté, intrigado.

—Un momento —dijo alzando un dedo, y en tres pasos se plantó delante de su coche, abrió la puerta trasera y hundió la cabeza en el interior. Al cabo de unos segundos, me hizo un gesto con la mano para que me acercara—. El Sr. Taylor quiere hablar con usted.

Extrañado, solté un poco de gas para colocarme a la altura de la puerta. Agaché la cabeza y descubrí la barba de Taylor al fondo del

asiento. Vestía completamente de negro.

—Mark, buenos días —Sonrisa atractiva—. ¿Tienes un minuto?

Fastidiado porque retrasaba mi pequeña misión de buscar a Barbra, bajé de la moto, puse el caballete y me subí a la limusina. En medio de un profundo olor a cuero, le estreché la mano. No había nadie al volante, así que entendí que el hombre alto era el chófer.

—¿Cómo estás, Mark?

—Tengo algo de prisa. ¿Qué quieres? —dije con cierta brusquedad.

Recordé lo que me había dicho Anna sobre el impertinente deseo de Taylor de comprar un lote de películas de Bob, nada más enterrarlo.

—Disculpa, no quiero robarte tu tiempo. Pasaba por el barrio y pensé en visitarte en vez de usar el móvil.

Me quedé en silencio esperando que fuera al grano. Taylor sonrió mientras se mesaba la espesa barba.

—Quiero saber cómo está Anna —dijo.

—¿Tú qué crees? —espeté.

—¿Necesita algo?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Está enfadada conmigo.

—Me pregunto por qué.

—Escucha, Mark, quiero que sepas que si ella necesita algo, lo que sea, por favor, dímelo. Quiero ayudar. Sé que Anna es una mujer fuerte y se las pueda arreglar sola, pero por si caso, que sepan que no les faltará de nada a ella o a su hija.

—Es muy amable por tu parte —dije, con el corazón enternecido —. ¿Alguna cosa más?

—¿Tienes mi número, verdad? Pues eso es todo. Que tengas un buen día —Otra sonrisa atractiva.

Me bajé. Asentí al chófer con la cabeza a modo de despedida. Cruzó la acera y se subió al coche mientras yo me subía a la moto. Antes de ponerme en marcha, la limusina se perdió de vista. Me pregunté si Taylor deseaba usarme para persuadir a Anna de que le vendiera los derechos de las películas de Bob.

Tardé en llegar a Pasadena unos cuarenta minutos a causa del tráfico. Gracias al GPS del móvil localicé enseguida la casa de Barbra, cuya dirección Anna me había facilitado.

Mi relación con la secretaria caía dentro de la cordialidad, incluso se podía decir que era afectuosa. Sin embargo, ignoraba al completo su vida personal más allá de su soltería.

Su ausencia en el funeral no dejaba de resonar en mi cabeza. Me

costaba ver a Barbra, una mujer rozando la jubilación, en medio de una trama criminal. Pero considerando que estaba atascado en mi paupérrima investigación, no desdeñé agarrarme a un clavo ardiendo.

Era una bonita casa en una calle donde predominaba el verde del césped, árboles robustos y vecinos de raza blanca. El tejado era de un gris oscuro que contrastaba con un porche de color hueso con remates parduzcos. Allí, la bandera de barras y estrellas y la californiana languidecían en sus respectivos postes, a falta de un viento de categoría que las resucitara.

La casa emitía el fulgor de aquellas que parecen recién construidas, aunque alguna que otra calva asomaba en el jardín de entrada. De la presencia de su coche, un Beetle descapotable, aparcado en un camino asfaltado que se perdía detrás de unos setos, inferí que Barbra estaba en casa.

Justo al disponerme a llamar al timbre, oí el abrir y cerrar de una puerta lateral. Dirigí mis pasos hacia allí, pisando el césped sin ningún escrúpulo. Barbra abría la puerta de su coche y estaba a punto de sentarse, cuando reparó en mí.

—Mark, qué sorpresa —dijo con la mirada opaca.

¿Me habría visto llegar y de repente le entraron las prisas?

—Hola, Barbra —la besé en la mejilla.

Vestía con una chaqueta de rayas blancas y negras, y un pantalón de perneras holgadas. No podía faltar su bolso de marca. Olía a recién duchada.

—No me digas que vienes a visitarme.

—Anna está preocupada. No te vimos en el funeral y pensé en pasarme para ver cómo estabas.

—Mark, qué considerado. Te lo agradezco mucho. Podías haber llamado. ¿Cómo están Anna y Vera?

—Bien, dentro de lo que cabe. ¿Y tú?

Barbra hizo un gesto con la mano como diciendo regular.

—Si no estuve en el funeral ni en el almuerzo fue porque estaba muy afectada. Bob era como mi hermano y la forma tan horrible en la que… —Se detuvo llevándose el puño a la boca—. Era demasiado para mí. ¿Está Anna enfadada?

—No, bastante ya tiene con lo suyo.

—Tengo que ir a verla. En cuanto pueda, la llamo.

Consultó su reloj de pulsera.

—¿Ha hablado contigo la policía? —pregunté.

—Sí, ¿por qué?

—Porque no consigo dejar de pensar en quién mató a Bob. Yo estuve con él horas antes de que lo mataran, y creo que de alguna forma entré en contacto con la persona o las personas que lo mataron. ¿Sabías que tenía una deuda grande con usureros?

—¿Qué? No lo sabía, Mark. ¿Por eso le mataron? Ay, Dios mío. ¡Pobre Bob!

Recordé que el día que fue asesinado, Bob me dijo que Barbra se había ausentado por un motivo personal. Pensé en tenderle una pequeña trampa.

—¿Qué recuerdos tienes de ese día? ¿Notaste algo extraño en el comportamiento de Bob?

Ella frunció los labios y su mirada se volvió pensativa.

—No, todo normal —dijo al fin—. Un día como otro cualquiera. Estuvo casi todo el tiempo en su despacho, revisando papeles, haciendo llamadas… No esperaba a nadie. Me fui a mi hora y ya está.

Sentí un pellizco en el vientre. Barbra mentía. ¿Por qué? Tenía que averiguarlo.

—Me tengo que marchar, Mark. Llego tarde.

Me dio un fugaz beso en la mejilla y, después de dejar el bolso en el asiento de al lado, se sentó frente al volante. En la parte de atrás tenía algo de desorden: bolsas con plantas, cajas con fiambreras vacías y otras con ropa, como si fuera a donarlo a una ONG.

Un papel me llamó la atención.

Era el menú del restaurante español, «La cantina», que estaba enfrente de Panorama Studio, la productora a la que robé el número de teléfono de Terry Rock. ¿Trabajaba Barbra para la competencia?

Aparqué la moto a una manzana de distancia, para que Barbra no reparara en ella si salía de repente de Panorama Studio. El restaurante español estaba abierto y con parecido número de clientes que la última vez.

El Beetle estaba aparcado casi enfrente de la puerta. A través del cristal, observé a un puñado de personas formando un círculo y conversando. Reconocí a las dos personas que me echaron una maldición gitana cuando robé los datos personales de Terry.

Volví sobre mis pasos y eché una mirada veloz sobre el asiento trasero del coche, donde se acumulaban los mismos trastos que había descubierto en su casa. No cabía posibilidad de error. Era el Beetle de Barbra.

Doblé la esquina del edificio y caminé por la acera en busca de otra entrada. Me topé con una reja metálica de unos dos metros de altura cerrada con una cadena. Era un acceso a un pequeño aparcamiento con varias furgonetas. Seguramente algunas de producción, pero otras anunciaban reparaciones de chapa y pintura a un precio competitivo. El suelo era de cemento y parecía algo descuidado. ¿Por qué estaría cerrado con candado?

Deduje que alguien era el encargado de abrir y cerrar cada vez que se entraba o se salía. Por desgracia, carecía del tiempo necesario para esperar a que la reja se abriera. Alardeando de mi estado de forma me encaramé, alcancé la cima y descendí por el otro lado en un par de resoplidos. Una vez infringida la ley, mis sentidos se agudizaron.

—¡Oye, tú!

Una voz surgió a mi espalda. Al girar la cabeza, descubrí a un hombre vestido con un mono y una manguera en la mano. El agua caía en un prístino chorro sobre el asfalto, como si lo puliese.

Corrí hacia la primera puerta que vi abierta, a la que llegué subiendo los peldaños de tres en tres de una escalinata. Era una de esas puertas de emergencia. Entré a un pasillo con paupérrima luz, y caminé con ritmo acelerado aunque sin excederme para no llamar la atención. Había cables de corriente por todo el suelo. Estaba como en un inmenso hangar de techos altos, con finas paredes aquí y allá que parecían decorados.

Sin saber cómo, con el corazón acelerado, llegué a un set de rodaje. Distinguí al cámara de espaldas observando la escena por el visor, y a un par de tipos delante de un monitor. Más allá, los focos iluminaban a dos hombres fornidos y desnudos.

Uno colgaba de una viga de madera, con las muñecas sujetas por cadenas y los ojos cerrados, como en trance. En su pecho se apreciaban las alargadas huellas rojas que probablemente había dejado una fusta. El otro, con la cabeza oculta en una capucha de piel con adornos metálicos, le daba por detrás. Ah, una artística escena de *bondage*.

Oí ruido de pasos y me alejé a trote. Mi objetivo era buscar el departamento de administración, donde me daba el pálpito que Barbra trabajaba. Una mujer de su dilatada experiencia sería muy útil para los dueños de Panorama Studio. Salí por una puerta y entré por otra. Estaba perdido en un maldito laberinto.

Una voz de mujer desgarró el silencio como si se tratase de un cuchillo. No tardé en descubrir su procedencia. Era otra escena. Sobre un fondo púrpura y uniforme, una mujer morena estaba tumbada en una especie de camilla paritoria, desnuda y, cómo no, con las piernas abiertas.

A pesar de conocer la industria, no pude evitar sorprenderme cuando descubrí la causa del grito. Un gran pene de goma unido a una máquina del tamaño de una lavadora, penetraba su vagina repetidas veces. Con las manos agarradas a la barandilla, los ojos cerrados y la boca abierta, la mujer se retorcía sumida en un abismal placer. Un operario manejaba la máquina justo al lado de la directora y demás ayudantes, que miraban la escena con absoluta concentración.

No dispuse de tiempo para recrearme en la escena. Un chico joven

con la cabeza rapada y pelo a lo mohicano se dirigió a mí.

—¿Eres el nuevo? —me preguntó.

—Sí —respondí sin pensar.

—¿Y qué haces aquí?

Me cogió de la mano como si fuera un niño perdido y me condujo afuera, donde oí un nuevo grito de lujuria. Cuando me quise dar cuenta, me encontraba en otro set. Sentía que era capaz de saltar a través del espacio y el tiempo.

—Venga, desnúdate, y al lío que hay trabajo —me dijo el joven.

Con un decorado parecido al resto de las anteriores escenas, descubrí a cuatro hombres —uno de ellos de raza negra— rodeando a una mujer, de la que apenas veía franjas de piel entre el bosque de piernas y miembros erectos. El elenco técnico observaba el *gangbang* dando direcciones a grito pelado a los actores.

—Si necesitas esnifar Viagra, te puedo dar —dijo el joven, guiñándome un ojo.

En la industria se sabe que si machacas las pastillas azules y las esnifas, el efecto es casi inmediato.

—No hace falta, estaré listo en un segundo —dije, ofendido, mientras me desnudaba.

Qué espléndida manera de despistar al de mantenimiento participando como un actor más. Después de años fuera del circuito, una puesta a punto era bien recibida.

Me acerqué y examiné la fiesta. Al llegar el último, necesitaba saber quién estaba con qué para luego pedir el turno. Olía a sudor y sexo. La mujer me daba la espalda y estaba de rodillas sobre la cama, en plena faena. No veía más que brazos, carne y más brazos. Cuando se apartó el cámara, obtuve una mejor visión de la actriz. Me quedé paralizado. Era Barbra.

El camerino de Barbra era el camerino de todos. Era una habitación pequeña llena de muebles sin orden ni concierto, con cajas de correas, esposas, collares, vibradores, etc. En lo alto de la pared una ventana dejaba pasar un buen chorro de luz.

En una esquina habían colocado, con cierto aire de improvisación, un espejo de esos con bombillas alrededor, una mesa y varias sillas para los actores.

Maquilladores, actores, actrices y personal técnico o de producción salían y entraban del camerino, que no disponía de una puerta. Fue en esta clase de lugares donde conocí a Kim.

Sentado, esperaba a que Barbra a que terminase su escena, de la que me había salido abruptamente. Gracias a ella, al considerarme un

invitado, conseguí que el tipo de mantenimiento se tranquilizara y dejara de perseguirme.

Eché una mirada a mi alrededor pensando que sentiría algo de nostalgia, pero no era así. No lo echaba de menos. Había experimentado de primera mano ese mundo y ya nada me ofrecía, a excepción de dinero fácil.

En mi etapa como actor había conocido actores y actrices que habían vuelto a la industria después de una prolongada ausencia. Y en sus caras se reflejaba el desencanto e incluso la humillación del regreso por la necesidad desesperante. Supuse que si lograba trabajo poco a poco mi cara iría adquiriendo también esa expresión melancólica.

Lejos de sentirse avergonzada, Barbra apareció en el camerino con la barbilla alta, el caminar desenvuelto y su cuerpo desnudo y marchito de seis décadas. Parecía que llevaba toda su vida como actriz porno. De un perchero con ruedas, descolgó unas bragas y un abrigo que se puso enseguida. Se dirigió a mí con una sonrisa culpable, descarada y un tanto pueril.

—Bien, Mark, ya conoces mi secreto —dijo sentándose a mi lado.

Confieso que su desinhibición me causó una momentánea parálisis. La idea que tenía sobre ella después de tantos años de trato había saltado por los aires. Tenía ante mí una nueva Barbra y eso llevaba un proceso de asimilación.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba metida en esto. Me respondió que estaba rodando su primera película y que desconocía si habría una segunda. La demanda de sexo con viejas era muy escasa.

—Estoy sorprendido, pero no he venido a juzgarte —dije para sentar las bases de la conversación. Barbra asintió con la cabeza—. ¿Por eso no fuiste al entierro?

—Sí, no pude escaparme y mira que lo intenté, pero hemos cambiado de director y vamos con retraso. Créeme que lo sentí mucho.

—El día que mataron a Bob no ibas a aparecer por la oficina. Me lo dijo él.

Ella desvió la mirada y se frotó el cuello, incómoda. Le avergonzaba haber mentido.

—Sí, así es. Le dije que tenía un problema familiar, mi hermana estaba mala, como Bob confiaba en mí no tuve ningún problema. ¿Se sabe algo de la investigación? La prensa no dice nada nuevo, todo es lo mismo siempre.

Le comenté que la policía había registrado esa misma mañana la casa de Bob y Anna. Barbra no pareció sorprenderse.

—¿Cómo se llevaban ellos? —le pregunté.

Barbra parpadeó, nerviosa. Metió la mano en un bolsillo del abrigo

y sacó un paquete de tabaco y un mechero. Ignoraba que fumara. Esperaba que de un momento a otro me hablara en alemán y confesara ser una espía nazi. Me ofreció un cigarro, pero lo rechacé. ¿Cómo era posible que no conociera ni lo más mínimo a Barbra? Había representado fielmente su papel durante años. En cierta forma, la muerte de Bob parecía una liberación para ella.

—Anna venía al despacho cada vez menos. Y eso que iba poco. Algo pasaba entre ellos pero no quise entrometerme. Al fin y al cabo todos los matrimonios sufren altibajos. ¿Estás pensando lo que creo que estás pensando?

Soltó una bocanada de humo y miró hacia atrás, como si esperase que alguien se quejara.

—¡En absoluto! —exclamé esperando mostrarme convincente.

—Yo tampoco lo creo. Lo único que… —guardó silencio mientras se miraba las uñas—. Bob estaba muy tenso, muy huraño, algo le preocupaba. Y debía ser gordo para que no lo dijera.

—¿Te había dicho que la productora pasaba por apuros económicos?

Barbra hizo una mueca de asombro.

—¿Nosotros? Imposible. Me hubiera enterado. No ganábamos como antes, claro, pero Bob y yo conseguimos sacar la productora adelante. Recortando un poco por allí, un poco por allá. Vendiendo los derechos de antiguas películas… Éramos dos dinosaurios, pero nos gustaba la lucha por sobrevivir.

Un hombre vino a buscarla. Barbra apuró la última calada, echó el cigarrillo al suelo y lo pisó con la pantufla. Nos despedimos con un beso en la mejilla.

Me quedé confuso ante la idea de que Bob me hubiera mentido. ¿Si no se trataba de una deuda con usureros, por qué debía entregar esa suma tan elevada de dinero? ¿Chantaje?

14

Montado en mi querida Sportster sorteaba el tráfico camino de la calle Chicago, donde vivía el tatuado de Star Wars. La conversación con Barbra aún palpitaba con fuerza dentro de mí. Mis pensamientos se dispersaban como un río con varios afluentes que se cruzaban y descruzaban continuamente.

Todo en ella me pareció auténtico, sin embargo, me sentí obligado a rascar la superficie y dudar, dudar y más dudar. La gente miente y usa las palabras para ocultar sus verdaderas opiniones. Su actitud distante bien podía ser impostada. ¿Era ella una asesina? Quizá Bob sabía de su secreto y la amenazó de alguna manera, pero ¿acaso no se hubiera enterado tarde o temprano? Él trabajaba en la industria. El cine, la literatura y sobre todo los telediarios nos han enseñado que las causas de un crimen no necesariamente son bien fundamentadas. Basta con un arrebato para el desastre.

No obstante, eso no encajaba con el robo del dinero. Aunque… ¿por qué no? Barbra lo chantajeaba y al no conseguir los cien mil dólares, furiosa, le descerrajó una bala. Otra teoría salió a la luz de repente. Barbra y Anna se habían aliado para enviar a Bob al otro barrio. Eran amantes. Ahí me di cuenta de que empezaba a desvariar. Quería obtener una respuesta compacta, a la que agarrarme con firmeza pero me estaba costando. No sé en qué momento pensé que sería un juego de niños.

Me detuve en un semáforo. En dos manzanas estaría en la calle Chicago. Mis pensamientos seguían devorándome vivo. Ignoraba por qué me empeñaba en descubrir el asesino de Bob cuando él me había engañado con vileza. Su negocio no peligraba. Entonces, ¿con qué le chantajeaban? ¿Su reputación, su negocio, su familia? Bob no solo me había mentido, sino que me había usado en algo turbio. ¡Y yo buscando a su asesino! Poco antes de que el semáforo cambiara a verde, solté una carcajada en mitad de la calle, como un loco.

Pensé en dar la vuelta, regresar a la casita de la piscina o, mejor aún, ir a su casa y volver a acostarme con su mujer a modo de venganza. Yo tampoco soy mejor que él. ¿Cómo me atrevo a indignarme por su mentira? Bob y yo somos iguales. Egoístas puros. Eyaculando egoísmo. Construidos con idéntica materia. Yo también le usé cuando volví a pedirle trabajo.

Había una fina línea entre reencarnarme en el investigador salvaje Walcox, o reencarnarme en la máquina del millón, donde yo era la bolita que daba tumbos en un paisaje artificial, hipnótico y sonoro.

Apreté el acelerador de la motor y salí disparado, a la vieja y olvidada calle Chicago. Quería a Bob. Le echaba de menos. Y si no lo había mencionado antes fue por pudor.

Aparqué la moto sobre la acera y le puse el caballete. Al igual que la primera vez que visité el bloque de apartamentos, la reja de la entrada principal estaba abierta. Entré alzando la vista y mirando a la puerta y a la ventana del apartamento del tatuado. La cortina me pareció que estaba en la misma posición que el otro día. Los gatos, encogidos en la sombra de un rincón, clavaron sus ojos en mi incertidumbre.

Por inercia, me fijé también en la puerta del locuaz vecino. Nada a destacar salvo dos vecinas que conversaban en voz alta en la planta baja. Las puertas de sus apartamentos, abiertas, y una vida compartiendo la misma fina pared.

Subí las escaleras y caminé hacia la puerta con la esperanza tenue de que Terry estuviera en casa. Olí a café pero no supe distinguir su procedencia. Si no conseguía hablar con él, solo me quedaba esperar la información de la jodida matrícula. No quería insistir a Sarah, pero me estaba impacientando. Por otro lado, aún me costaba concentrarme en Anna como sospechosa.

Cuando miré a través de la ventana, agradecí que la luz bañara el salón. No se veía a nadie, solo muebles y un televisor enorme de plasma. La cocina, al fondo, al igual que la del vecino parlanchín. Se apreciaba un orden correcto de las cosas. En una mesita había varias fotografías enmarcadas, pero estaba demasiado lejos para distinguir sus caras. Llamé a la puerta repetidas veces, pero el cosmos del apartamento siguió inalterable.

Continué con mi inspección visual, colocando las manos de forma cóncava para evitar el reflejo del sol. El sofá era de cuero, nuevo, con respaldos. Y sobre él un cuadro hiperrealista de un avión comercial. Un detalle moderno. Terry tenía un gusto refinado. Cuando ya estaba a punto de marcharme, me fijé en unas manchas en la esquina de la pared próxima a un pasillo que no alcanzaba a ver en su totalidad. Eran manchas oscuras y dispersas. ¿Sangre? Me agaché ligeramente para obtener una mejor perspectiva.

Bajé la vista hacia el suelo. Una alfombra de pompones tenía una serie de manchas parecidas. Se me erizó el pelo de la nuca. Detrás del sillón atisbé una cabeza ensangrentada. La situación del perfil de su cara indicaba que el cuerpo estaba boca arriba. Estaba inmóvil.

Llamé a la policía con el móvil después de meditarlo unos minutos. Que me encontraran una segunda vez con un cadáver arreciaría las

sospechas de la policía sobre mi persona. No se tragarían la casualidad, aunque ninguna evidencia física me vinculara a la escena de los crímenes. Me gustaría decir que se impuso mi deber como ciudadano, pero si me marchaba sin alertar a las autoridades no lograría averiguar nada más sobre Terry. Merecía la pena el riesgo.

Me quedé apoyado sobre la barandilla con los brazos cruzados preguntándome quién había acabado con él. ¿Era una venganza por el robo o simplemente buscaban solo el dinero o ambos motivos? A todas luces, Terry se había pasado de listo. Aunque para mí era un desconocido, no me costó imaginarlo creyéndose en la cima del mundo con esa elevada cantidad de dinero. Llenándose la cabeza con cientos de planes que ya nunca cumpliría. La relación de Terry con los chantajistas se me escapaba, pero intuí lo siguiente: se enteró de la fecha, hora, y el lugar de entrega de la suculenta suma de dinero. Y decidió adelantarse. Los chantajistas lo encontraron y saldaron cuentas a base de balas y sangre.

Alrededor de unos veinte minutos después, apareció una policía de mediana edad, vestida como si fuera pleno invierno, es decir, con el típico chubasquero azul marino y una bufanda. Bajo la gorra lucía una trenza castaña. Desde el coche hasta las escaleras me fijé que caminaba con parsimonia. Las vecinas se habían refugiado en sus respectivas guaridas.

—¿Ha llamado usted? —me preguntó.

Le respondí que sí y que creía que había alguien muerto. La policía miró por la ventana y enseguida se llevó la mano a la radio con la que llamó a una ambulancia. Supuse que llamar al forense hubiera sido una actitud demasiado pesimista.

—¿La llave de la puerta?

Me encogí de hombros.

—No la tengo.

—¿Sabe quién puede tenerla?

—Ni idea. No vivo en el edificio.

La expresión de la mujer policía no se alteró. Sin duda, contaba con que la suerte no le acompañara en el día a día de su abnegada labor. Fue llamando puerta tras puerta hasta que un vecino la remitió a un apartamento de la planta inferior, donde residía el conserje del edificio.

Bajó y a los pocos minutos regresó con un hombre de origen asiático con gafas redondas y escaso pelo. Sacó un ruidoso manojo de llaves del bolsillo, se hizo con una y abrió la puerta. El embriagador y pútrido aroma de la muerte nos dio la bienvenida. El conserje dio un paso atrás, la policía entró y yo la seguí con la mano tapándome la nariz y la boca.

—No entre.

Me ordenó con un gesto de la mano. Obediente siempre al imperio de la ley me quedé paralizado en el umbral de la puerta, aguantando estoicamente el intenso olor. Desde esa posición mejoró mi perspectiva. Descubrí el pecho de Terry agujerado por unos cuantos orificios de los que manaba una sangre ya seca. Quienquiera que fuese el asesino se había ensañado. La piel estaba azulada, aunque se apreciaba el célebre tatuaje de Star Wars. No pude ver mucho más porque el cuerpo de la mujer policía me ocultó el resto.

Mientras ella comprobaba el pulso y pedía por radio la inmediata llegada de los forenses, sabiendo que contaba con tiempo limitado antes de que me echara, expandí la mirada por donde antes no había podido.

Sobre el suelo había revistas y el mando a distancia del televisor, quizá como consecuencia de algún forcejeo. También una pequeña mancha blanca, esponjosa, como un vómito. Me acerqué a la fotografía donde Terry aparecía con otro hombre de edad similar a la suya. Ambos sonreían a la cámara y estaban abrazados con el torso descubierto. El hombre era negro, tenía los ojos muy separados y con una fina nariz con las aletas bien marcadas. Me dio pie a pensar que era operada. La barbilla le sobresalía como una v abombada en el vértice.

Detrás de esa fotografía enmarcada había otra más: una mujer de medio perfil, vestida con el uniforme de enfermera y con las manos resguardas en los bolsillos. De fondo, la fachada de un hospital que no supe identificar. La sonrisa de la mujer era la de una persona orgullosa de su profesión.

No dispuse de más tiempo. La mujer policía, una vez finalizada su labor en el apartamento, me obligó a salir. Los especialistas llegarían de un momento a otro. Me preguntó mi nombre y se lo dije.

15

Me preparé para la visita obligada de la policía. Primero, mudándome de ropa, usando una más cómoda. Después encendí el televisor del salón para evadir la mente con alguna serie o programa ligero. Me sentía inquieto. Estaba convencido de que llegarían en cualquier momento. Me pareció una excelente idea esperarlos en mi territorio, en vez de acudir al suyo. Debía aparentar sosiego.

La casa de Sarah estaba como adormecida bajo el sol otoñal. Solo se oía el estruendoso ruido del hombre del mantenimiento cortando el césped.

Al cabo de un rato, unos pasos resonaron en la piscina. Mi cuerpo se tensó, aunque continué mirando el televisor a pesar de que había perdido el hilo narrativo. Los pasos se fueron haciendo más notorios hasta que no pude más y miré por la ventana.

Keating y Hayes se dirigían a la casita con ritmo acompasado y cara de buscar respuestas, o eso es lo que intuí. Miraron con descaro a un par de chicas tumbadas en las hamacas vestidas con ropa de calle y bebiendo Perrier con una rodaja de limón. Llevaban puestas gafas de sol y un semblante circunspecto.

Apagué el televisor con el mando a distancia y les esperé hasta que abrieron la ventana corredera lo suficiente para entrar en el salón.

—¿Sabe por qué estamos aquí, verdad? —preguntó Keating ajustándose el pantalón por detrás con una mano.

—Les estaba esperando.

Hayes recorrió la vista por el salón como si estuviera en un museo.

—Así que es aquí donde vive… No está mal, nada mal —Hayes asintió con la cabeza. Su peinado brillaba por la ingente cantidad de gomina—. Y además, con buena compañía. Gran profesión esa de ser actor porno, ¿verdad?

—Id al grano que tengo muchas cosas que hacer —dije con displicencia.

Ambos se sentaron cada uno a mi lado. La loción de afeitar de cada uno me golpeó sin compasión. Eran como dos hermanos trajeados para su primera comunión.

—Vamos a llevarnos bien, Mark —Keating siempre llevaba la voz cantante. Supuse que la edad se lo permitía.

—Es lo mejor para todos —añadió Hayes sonriendo bajo su extraordinario flequillo.

—Preguntad lo que queráis. Soy un libro abierto.

Keating sacó su teléfono móvil del bolsillo interior de la americana

y toqueteó la pantalla a una corta distancia de la vista. Era miope. La coquetería le impedía llevar gafas. Un detalle de enorme trascendencia que había pasado por alto en la comisaría.

—Seré claro, Mark —Keating mirándome con sus ojillos azules—. Estamos desconcertados. O es un gafe o nos oculta información. Y nos gustan las cosas claras. Evitamos complicarnos inútilmente porque evitamos a toda costa odiar nuestro trabajo. Nos gusta hacerlo bien y cenar en casa a una hora razonable. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Mucho —respondió Hayes, pese a que Keating se dirigía a mí.

—¿De qué conoce a Terry Grigg?

—¿Te refieres a Terry Rock?

Keating asintió.

—Habíamos cruzado alguna palabra en fiestas. Hacía tiempo. Le quería pedir trabajo —mentí.

—¿Tenía confianza con él?

—No mucha, pero estoy desesperado por buscar alguna sesión. Necesito el dinero.

—¿Ah, solo eso? Estupendo, Charles. Hoy sí que nos iremos pronto a casa. Mi mujer me tiene preparado mi plato favorito: macarrones con queso. Mark, si quiere puedo traerle una fiambrera con las sobras. Mi mujer cocina de maravilla.

El sarcasmo del policía se hizo intolerable, casi rompo a llorar.

—¿De qué va esto? —pregunté.

—Habla o te metemos en una bonita celda con vistas al mar por obstrucción a la justicia —Keating apretó las mandíbulas.

—¿Qué sabes del muerto? —insistió Hayes.

Sin muchas opciones, les conté con detalle la excursión que Bob y yo hicimos a la cantera, el posterior robo del dinero por parte de Terry y mi idea de que se trataba de un chantaje. Al acabar mi relato la pareja no se inmutó.

—Eso encaja con el golpe del Mercedes —dijo Keating a su compañero.

—¿Con qué cree que le hacían chantaje? —dijo Hayes.

—No lo sé.

—¿Había dejado que menores de edad participaran en algún rodaje? —dijo Keating.

—Otros productores seguro que sí, pero Bob siempre había sido muy respetuoso con ese tema. Jamás oí nada y en las películas que rodamos juntos doy fe de que comprobaba la edad de los actores. Estaba muy concienciado. Pongo mi mano en el fuego por Bob.

Keating resopló, como si mi afirmación fuera papel mojado.

—¿Por qué no nos lo dijo antes? —preguntó Hayes.

—Era un asunto muy turbio para la prensa. Quería proteger a la familia de un escándalo. Porno y asesinato aseguran una buena

cobertura de la prensa, al menos, durante una semana.

—Y decidió que usted mismo resolvería el crimen, como la vieja de «Se ha escrito un crimen».

—No. Estáis equivocados —dije sabiendo que la verdad despertaría sospechas. Necesitaba una buena razón para justificar mi atrevida actitud de detective aficionado. El honor de mi viejo amigo resultaba inverosímil—. Si fui al apartamento de Terry fue porque buscaba el dinero. Los cien mil están perdidos en el bolsillo de alguien.

—Es una razón que da asco, Mark —dijo Keating.

—Como tantas otras.

—¿Qué relación tiene con la viuda? —preguntó Hayes.

—Somos amigos. Nos conocimos hace mucho tiempo, cuando empezamos a rodar películas. ¿Por qué sospecháis de ella?

—¿Y por qué no? —Keating entornó los ojos, como si fuera una respuesta obvia—. Anna y Vera son las herederas del patrimonio familiar.

Me mantuve impertérrito pese a que la noticia era de enjundia. Al estar ocupado investigando a Terry ni siquiera había reparado en ese dato. Expuesto por la boca de un policía parecía adquirir mayor relevancia.

—Nuestro trabajo es sospechar de todo el mundo. Incluido usted, Mark.

Hayes sonrió como si le hablase a un niño. Era de esos que amaban la condescendencia como los borrachos abrazan las farolas.

—Yo no tengo ningún motivo para matar a mi amigo. Están dando palos de ciego.

—¿Por qué te llamó para acompañarle esa noche? ¿No te extrañó?

Preferí omitir que era dueño de la Mauser para que no la requisaran.

—Supuse que necesitaba apoyo, por si acaso ocurría algo en la entrega del dinero. Éramos amigos y cuatros ojos ven mejor que dos. Como necesitaba trabajar, no me lo pensé cuando insinuó que me echaría un cable. Además, me gustaba la idea de que me necesitara por una vez.

—¿Por qué?

—Cuando me casé le dejé tirado. Había firmado por una película más de Walcox, pero no quise hacerla. Quería empezar de cero, estaba cansado del porno. Amenazó con demandarme, pero finalmente no lo hizo. Bob era un sentimental. Nos hablamos muy poco durante esos cinco años, nuestra amistad se enfrió, pero siempre supe que estaba en deuda con él.

—Y de repente apareces en su despacho para pedirle trabajo después de incumplir con tu palabra, y él te pide que le acompañes a una excursión nocturna y posiblemente peligrosa. ¿Tiene algún

sentido? —Keating miró a su compañero.

—Dicho de esa forma, no —respondí con impaciencia, deseando que se marcharan de una vez—. Pero necesitaba trabajar, soy mayor para el porno, y pensé que Bob me podría perdonar. ¿Por qué no intentarlo? Lo conocía bien. Era una buena persona.

—La vuelta del hijo pródigo —dijo Hayes con sarcasmo.

—¿Sabes, Charles? —Keating se puso de pie, se abotonó la americana y guardó una mano en el bolsillo del pantalón—. Estoy pensando en llevarnos a Mark a la comisaría y que pase un buen rato en la celda.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada.

—Basándome en que has encontrado dos cadáveres y tus explicaciones no son del todo convincentes. Vamos, que eres un testigo presencial que despierta dudas.

—Llamaré a mi abogado. Me sacará en cuanto ponga un pie en la comisaría.

No tenía abogado pero ellos lo ignoraban.

—Te falta trabajo, pero tienes abogado y vives en esta casita. ¿Cómo te lo montas?

—No es de tu incumbencia —espeté.

Keating se giró hacia la piscina, como si deseara calmarse con la visión del agua. Sus mejillas lucían más sonrosadas que nunca, como si le hubieran propinado dos bofetadas. Hayes también se puso de pie. Ambos intercambiaron una mirada opaca.

—Por si acaso se le ha olvidado, no puede salir de la ciudad —Keating no me miraba—. Nos volveremos a ver.

Antes de que abriera la boca correspondiendo a su calurosa despedida, Hayes y Keating ya salían de la casita. Sus pasos resonaron de nuevo sobre el las baldosas que rodeaban la piscina.

La oficina del abogado Newson se situaba en el Boulevard San Vicente, en la primera planta de un edificio de angulosas esquinas, flores en los balcones y enormes rótulos publicitarios en la azotea anunciando el estreno de la película de turno. En la acera destacaba una fila de árboles que parecían recién podados. Anexo al edificio principal habían construido un aparcamiento de dos plantas para que ningún inquilino del inmueble se volviese loco buscando donde dejar el coche.

Anna me había pedido que la acompañara a visitar a su abogado para que le aclarara algunas dudas sobre el testamento. Ella odiaba conducir por Los Ángeles. En el asiento trasero viajaban Vera y Roman, silenciosos, expectantes, juntos uno del otro. Anna se

mostraba muy lacónica. Parecía que los cuatro deseábamos estar en otro sitio en aquel momento.

Después de aparcar anduvimos hacia el edificio de oficinas. Roman y Vera estaban detrás de nosotros, con el galán dominicano rodeando los hombros de su novia. Anna llevaba un vestido gris de dos piezas, ajustado, marcando la cintura. Siempre había tenido un buen gusto para la moda. Llevaba las mismas gafas de sol que en el entierro de Bob. Sentí el impulso de romper el silencio entre ambos.

—¿Estás bien?

—Sí —me sonrió—. ¿Por qué?

—Por nada. Solo quería saber cómo estabas.

—¿Y tú, estás bien, Mark?

—Mejor, imposible.

La posibilidad de que ella fuera la asesina seguía reconcomiéndome. Me parecía inconcebible, pero aun así una parte de mí no la descartaba. ¿Qué debía hacer yo? ¿Seguirle el juego? Tenía que poner las cartas sobre la mesa. No podía demorarlo más tiempo.

—La policía me ha visitado hace unas horas. Parece que eres sospechosa, Anna.

Ella sonrió.

—Es la tontería más grande que oído en mi vida.

—¿Dónde estuviste la noche que lo mataron?

Se detuvo, se quitó las gafas de sol y más que mirarme, se asomó a mi alma.

—¿Crees que yo sería capaz de asesinar a mi marido?

—Claro que no, pero me gustaría saber a qué atenerme.

—En casa con Vera —dijo, y continuó caminando sin esperarme—. Puedes preguntarle a ella o a Elsa si piensas que te estoy mintiendo.

—¿Por qué está la ropa y los utensilios de aseo de Bob en el cuarto de invitados? ¿Dormíais separados?

Pensé que se sorprendería por la pregunta, sin embargo, la expresión de su cara no se alteró.

—Sí, desde hace unos meses. Le había pedido el divorcio. Supongo que querrás saber el motivo, ¿verdad? Pues bien, ya no le amaba. Fin de la historia.

—¿Y qué había dicho Bob?

—Que no quería concederlo, por eso le maté, Mark, para quedarme con toda su fortuna —dijo con ironía—. Puedes llamar a la policía y ser el héroe que metió a la asesina de tu querido amigo en la cárcel.

—Déjate de juegos mentales, Anna.

—Y tú deja la investigación a los profesionales, Mark.

Al finalizar el recorrido de ascensores y escaleras llegamos a la oficina. Sobre una mullida alfombra que invitaba a tumbarse y dormir, nos recibieron con suma cordialidad, agradeciendo la puntualidad

británica. Las paredes estaban decoradas con grandes cuadros abstractos de colores azules y marrones. Ellos se sentaron en un sofá mientras que a mí me tocó una silla de metal y cuero en la que costaba no hundirse.

Roman y Vera entrelazaron sus manos. Su romance empezaba a empalagarme. Él sacó su móvil de última generación y empezó a quedar hipnotizado por la pantalla. Ella se tocaba un brazalete de plata con incrustaciones que brillaba como un neón. No dejaba de mirarlo, embelesada.

—Qué bonito —dije señalando la joya.

—Me lo ha regalado.

Señaló a Roman con una luminosa sonrisa.

Llamaron a Vera y a su madre. Roman y yo nos quedamos en la sala de espera.

—¿Te parece si vamos a tomar algo? Igual tardan un rato —le pregunté.

—Prefiero quedarme aquí —respondió con hostilidad, lo que me sorprendió.

—¿Todo bien?

—Déjame tranquilo.

Desde su mesa la secretaria apartó la vista de su *tablet* y nos miró por un momento. Al palpar la tensión entre nosotros volvió a sus tareas administrativas.

—¿Qué ocurre? —Me incliné hacia él—. ¿Se puede saber qué pasa? No me conoces.

—Eres un gilipollas.

Lo dijo sin importarle lo más mínimo la presencia de la secretaria. En su tono se desprendía un cierto desafío.

—Mira, niñato, me vas a decir qué ocurre o…

—¿O qué? —espetó.

—¿Qué pasa, Roman? Dilo de una vez. Lo estás deseando.

Dejé mi silla de diseño y me senté a su lado. Roman se movió un poco hacia el reposabrazos, como si yo le repugnara.

—No tienes donde caerte muerto y estás aquí a la espera de la gran tajada de la herencia. Eres viejo, deberías ya tener tu vida clara. Anna no te merece. Ella está sufriendo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué sabes tú de mí?

—Que no te necesitamos. Vete por donde has venido. Bob no está, así que yo cuidaré de ellas.

Roman se levantó de pronto. Por el rabillo del ojo observé a la secretaria con el teléfono en la mano, seguramente pensando en llamar a seguridad o a su madre para desvelar el cotilleo.

El niñato me dedicó una arrogante mirada y enfiló hacia la puerta, pero antes le cogí por el brazo. Aún no había terminado.

—Suéltame —dijo soltándose de mi mano.

Siguió su camino hasta que salió de la oficina. Me senté hundido en el más absoluto desconcierto.

16

Me quedé sentado mientras esperaba a que salieran Vera y Anna, rumiando la tierna escena protagonizada por el exitoso *youtuber*. La airada reacción de Roman me había pillado desprevenido. Que un adolescente te hablara de igual a igual, a mi edad, resultaba… extravagante. Era un aviso de lo que me esperaba con Josh. No digo que deban besar la tierra por la que caminan los cuarentones, pero sí al menos una cierta deferencia.

La arrogancia, sin duda, provenía de su independencia económica y de la vida que él interpretaba como exclusivamente suya. Daba por hecho que las mujeres le necesitaban. Él era el último gran héroe. Bob había muerto y Roman me discutía la sucesión al trono.

No me extrañó imaginarle habitando en la casa como un inquilino más, con sus derechos y obligaciones. Me hizo percibirlo con admiración, pese a su concepto caduco de las relaciones personales. La vida me había enseñado que todos seguimos a rajatabla unos guiones preestablecidos. Cada uno de ellos busca cumplir un deseo de pertenencia a un grupo, generalmente polarizado, sin matices. O blanco o negro. No hay más donde rascar. Roman ejecutaba el suyo sabiendo que yo encarnaba al enemigo. Al igual que Bob concluí que tampoco era una buena influencia para Vera.

Me hice con una revista sobre cotilleos, la abrí por la primera página, pero no conseguía centrarme en el texto ni en las coloridas fotografías. Miré el reloj del móvil. Moví la pierna con ansia. El teléfono sonó y la secretaria lo descolgó para enseguida entablar una conversación formal con un cliente.

Roman seguía afuera, fumándose un cigarrillo o metiéndose una raya de coca. Lo mismo me daba. Roman y, por extensión Vera, estaba al tanto del sexo que nos unía a Anna y a mí. No le podía culpar por reprochármelo. Era un buen argumento imposible refutar. La mirada crítica de un adolescente me hizo sentir asco de mí mismo, aunque me consolaba diciéndome que lo que teníamos ella y yo no era sencillo de explicar.

Era una relación sexual diferente, como de rellenar silencios, de evitar explicaciones, de forjar un vínculo en la derrota. ¿Qué sabría el niñato sobre nosotros? Dos adultos en la mitad del recorrido vital se pueden permitir el lujo de hacer lo que les apetezca sin censuras ni agobios. Solo debía encontrar al asesino de Bob para saltar a la siguiente etapa de mi vida, cualquiera que fuese.

La puerta del despacho de Newson se abrió y Vera y Anna salieron

con el rostro serio. El abogado las despidió con suma deferencia, como si fueran las únicas clientas sobre la faz de la Tierra.

Me levanté para hacerme visible, pero el abogado continuaba con su perorata sobre temas prosaicos, con los brazos abarcando a la madre y a la hija como si fuera un cariñoso abuelete. Se percató de mi presencia y se movió para estrecharme la mano.

—Cualquier cosa que necesitéis, llamadme —dijo el abogado con una sonrisa estudiada.

—Gracias —dijo Anna.

Ella se colocó sus enormes gafas de sol y empezó a caminar seguida de su hija, que no abrió la boca.

En cuanto salimos de la oficina le pregunté a Anna si había despejado sus dudas, ya que la expresión de hielo de su cara no me ayudaba a adivinarlo.

—Bob me he dejado la casa, la productora y una cuenta corriente con tela de arañas —dijo Anna, sin detenerse. Íbamos de vuelta al aparcamiento.

—¿Qué quieres decir?

Anna dejó escapar un suspiro, como si mi pregunta fuese ridícula.

—No hay dinero, nada, solo un par de cientos. ¿Te ha quedado suficientemente claro?

Roman apareció y besó en la mejilla a Vera y le preguntó cómo estaba. Ella le puso al tanto de lo ocurrido mientras Anna y yo seguíamos caminando a una cierta distancia.

—Ese cabrón nos la ha jugado bien… —Anna negaba con la cabeza —. Nos ha mentido todos estos años. ¿Cómo he podido ser tan tonta? Qué ingenua fui. Siempre me pasa lo mismo. No he sabido mirar por mi hija, no he sabido mirar por mi hija —repitió.

—No es culpa tuya, mamá —dijo Vera con un hilo de voz—. Papá nos engañó a las dos. Me alegro de que esté muerto.

—¡No digas de eso, Vera! —dijo Anna, fulminando a su hija con la mirada.

—Es lo que siento —dijo, molesta.

—Saldremos adelante, ya lo verás. Trabajaré de lo que sea si es necesario. A mí no se me caen los anillos si tengo que trabajar de camarera o lo que sea. Pero no sé si podré pagarte la universidad, Vera.

—Pediré una beca, mamá. Ya verás como todo se arregla. No podemos tener tan mala suerte siempre.

Ambas fueron caminando del brazo, en silencio. Roman y yo nos quedamos atrás.

—Escucha, Mark —me dijo Roman en tono conciliador—. Antes estuve un poco capullo. Soy muy impulsivo… Creo que me pasé un poco.

—En absoluto. Fuiste un verdadero encanto.

Me tendió la mano y chocamos palmas como dos grandes colegas. Le sonreí aunque no las tenía todas conmigo. Una disculpa es como cuando se desinfla un pastel en el horno. Disminuye el tamaño pero la tarta sigue ocupando espacio. No obstante, Roman irradiaba tanta juventud y trataba con tanto cariño a Vera que resultaba complicado guardarle rencor.

—Estoy preocupado por mi chica —dijo Roman sin dejar de mirarla—. A veces no sé si estoy haciendo suficiente para ayudarla.

—Lo estás haciendo bien. Ya solo el hecho de que te preocupes dice mucho de ti. Basta que sepan que estás ahí si te necesitan.

—Tú la conoces desde que era pequeña.

—Sí. Es una chica inteligente y muy especial. Considérate afortunado. Llegará lejos.

En el trayecto de vuelta a casa flotó en el coche un ambiente de espeso silencio. La tarde caía con desgana, con un cielo luminoso a veces, otras encapotado. Chispeaba a ratos. Como si el tiempo estuviese distraído.

El primo de Roman y su novia le esperaban en la calle cuando llegamos, apoyados en un Toyota de color blanco. Me fijé en que los neumáticos apenas estaban gastados y se veía tan impoluto que lo hubiera dejando entrar en un quirófano.

Su primo, apoyado en el capó, vestía con una camiseta y pantalones cortos a pesar de que la temperatura era de unos 15º. Con los brazos cruzados y semblante pétreo resultaba imposible inferir si había esperado cinco minutos o cinco horas. Su novia llevaba el pelo recogido en dos trenzas cortas, una blusa de manga larga, pantalones vaqueros ajustados y con los tobillos al aire. Apoyaba el trasero sobre el capó y los pies sobre la rueda mientras tecleaba algo en el móvil.

—Tengo que trabajar. Vamos a grabar unos vídeos —dijo Roman.

—¿Hoy toca el de las clases de conducir? —preguntó Vera.

—Sí, va a ser muy divertido.

Se despidieron con un largo beso. El primo seguía impertérrito. Era de esas personas a las que la calma les gobierna de arriba abajo. Algún antepasado suyo debió de ser monje. Una vez que subieron los tres, el coche se alejó calle abajo mientras nosotros entrábamos en la casa.

Tenía ganas de seguir hablando con Anna sobre la visita de la policía a la casita. Sin embargo, ella subió por las escaleras anunciando que iba a echarse un rato. Me fijé en que Vera se había sentado en el sillón con una *tablet* en la mano con el ánimo de entretenerse. Me pregunté si era un buen momento para registrar la

casa. A falta de pistas, se me ocurrió dar una disimulada vuelta en busca de algún detalle que se le hubiera escapado a la policía. Conocer a la familia era una ventaja que debía aprovechar.

Decidí empezar por el garaje. Su despacho estaba demasiado cerca del dormitorio de Anna y cualquier ruido le extrañaría. Mi Sportster estaba dentro junto al coche de Anna. El Mercedes de Bob había sido requisado por la policía con objeto de encontrar huellas u objetos relacionados con su muerte. Después de mi testimonio sobre lo que ocurrió en la noche antes de que lo asesinaran, sin duda, trabajarían con más ahínco.

Hacía frío ahí dentro. Me centré en las estanterías metálicas, repletas de herramientas, cajas, e incluso juguetes de Vera cuando tenía la edad apropiada. También descubrí una rueda de repuesto del Mercedes y vieja ropa de verano. También DVD de mis películas de Walcox y de otras sagas donde no intervine.

No me convencía del todo mi estrategia de ponerme a buscar sin más, pero había llegado a un callejón sin salida. Husmeando entre los objetos y recuerdos de la familia me sentía como un vagabundo apoyado en el borde de un contenedor de basura.

Llevaba unos diez minutos y ya se me había pasado por la cabeza cambiar de estancia más de una vez. Examiné las paredes y las baldosas en busca de algún escondite.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vera entrando en el garaje.

Fue imposible determinar si acababa de descubrirme o llevaba un tiempo observándome desde el umbral de la puerta.

Me puse de pie con inmediatez. Noté el cuerpo rígido como una tabla de planchar.

—Busco una cosa que dejé a tu padre hace mucho tiempo —dije, que fue la primera excusa que se me ocurrió.

—¿El qué?

Sus tiernos ojos miraban alrededor, como si no entendiera que alguien conservara algo valioso en el garaje.

—Un palo de golf —dije, improvisando otra vez.

—¿Por qué estabas agachado y tocando el suelo?

Sonreí como si la situación fuese graciosa. Para Vera no. Podía ser una adolescente tardía, pero no era tonta.

—Pensé que había pisado una baldosa suelta —dije taconeando el suelo—. ¿Me ayudas a buscarlo? Es un hierro siete.

—Mi padre nunca ha jugado al golf.

—Claro que sí.

—No.

—Te digo que sí, Vera.

El móvil sonó salvándome de la hecatombe. Metí la mano en el bolsillo y saqué el dispositivo mientras Vera se cruzaba de brazos. La

pantalla mostraba un número que no figuraba en mi agenda. En cuanto descolgué una voz gritó y aparté el teléfono de mi maltrecho oído.

—¿Quién eres?

—¡Soy Simon, el representante de Terry Rock!

No me llevó más de una décima de segundo imaginarme sus desagradables facciones a las que llamaba cara.

—¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—¡Sé quién mató a Terry! ¿Te interesa saberlo?

17

—¿Qué?

—A Terry le han matado —dijo Simon—. ¿No te has enterado? ¿Es que no ves la tele o no tienes internet?

—Ya lo sabía.

—Me llamó ayer para contarme —Simon ignoró mi respuesta y siguió hablando con apremio— que había recibido una herencia y que abandonaba el porno. Era mucho dinero y quería dejar Los Ángeles para viajar a lo grande por todo el país. ¡De tonto no tenía un pelo! Que solo le quedaba despedirse de una persona y luego adiós, muy buenas. ¿No lo entiendes? Esa persona lo mató. No puede haber otra explicación.

Me giré para observar a Vera, que se estaba marchando por la puerta.

—¿Quién es esa persona? —pregunté.

Simon no me generaba ninguna confianza, pero me obligué a ser optimista.

—Eso tiene un precio, mi querido Mark.

Oí su sonrisita deleznable.

—¿Me estás tomando el pelo, verdad?

—Por cinco mil dólares te doy el nombre y cómo encontrarlo. No creo que lo conozcas.

—¿Cinco mil? ¿Estás loco?

—Con cuatro mil quinientos me conformo. No quiero que pienses que soy avaricioso. Pero si no quieres saberlo, pues nada. Te deseo una vida maravillosa y ya no volverás a saber nada más de mí.

—¿Pero es que no eras amigo de Terry? ¿Así te comportas con un cliente? ¡Deberías llamar a la policía y contarle lo que sabes!

—¡Oye, no te permito que cuestiones mi ética laboral! ¡Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy! ¡He tenido que comer mucha mierda! Me juego la vida llamándote, ¿así me lo agradeces? Además, tengo pruebas. Lo puedo demostrar.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas?

—Te las mostraré cuando vea el dinero.

—¡No me vengas con estupideces!

—Está bien. Ya veo que no te interesa. Nos vemos…

—Espera, no cuelgues. Te daré tu jodido dinero. ¿Dónde estás?

—Podemos quedar en…

—No voy a quedar contigo en ningún sitio solitario en las afueras, ¿entendido? Estoy en el hotel en una hora.

—¡Ni hablar! Para que luego me apuntes con tu pistolita de *cowboy* de medianoche y tenga que decírtelo gratis. Podemos quedar en una hora en el Starbucks cerca del hotel, en la misma manzana. ¿Qué te parece?

—Mejor dame dos horas.

Necesitaba tiempo para hablar con Elsa sobre el interrogatorio de la policía, cuya intención, sin duda, era corroborar la coartada de Anna. Ahora era mi turno.

Colgué. Miré mi reloj para saber a qué hora debía estar en el punto de encuentro, y después me dirigí a la cocina. No estaba, entonces la busqué en el cuartito de la plancha. Elsa oía música a través de su móvil, que descansaba en una cómoda. Reconocí la voz aterciopelada de Frank Sinatra. Estaba tan ensimismada en la tarea de planchar que no advirtió mi presencia en el acto, por eso soltó un respingo al levantar la vista y descubrirme.

—Me asustó —dijo con una mano sobre el pecho.

Levantó la plancha para que no se quemara el pantalón vaquero, que por la talla supuse que era de Anna. Elsa era bajita y rechoncha, con una cara redonda y con el pelo moreno recogido en una coleta. A pesar de su edad su piel se conservaba como si cada mañana la estirase como una sábana.

—Disculpa, no era mi intención —No había un lugar donde sentarse, así que me apoyé en el quicio—. Quería saber cómo te fue con la policía.

—Bien, dentro de lo que cabe. Fueron amables. El Sr. Newson me ayudó mucho. Los policías le respetaban. Él me decía si era bueno o no que respondiera a cada pregunta.

—¿Qué te preguntaron?

No quería incomodarla con preguntas directas. Sin presiones, estaba convencido de que llegaríamos a lo que me interesaba de una manera fluida.

—Pues… cuánto tiempo llevo trabajando aquí, si tengo contrato, mis deberes, horario… Buff, un chorro de cosas, ¿sabe usted?

—Te veo ahora muy tranquila, ¿estabas nerviosa?

—Un poquito, la verdad. Era la primera vez que estaba en la comisaría. Bueno, la segunda. Una vez acompañé a una amiga a poner una denuncia porque le habían entrado a robar en casa. La pobre no hablaba bien inglés y yo le hice de traductora.

—Se hace raro esta casa sin Bob, ¿no te parece?

—Mucho. El otro día hice comida para tres, ni me di cuenta que…

—Normal, la costumbre —dije—. Elsa, supongo que la policía también te preguntó sobre qué hiciste esa noche. ¿Te preguntaron si Anna estaba en casa con Vera?

—Sí, me insistieron mucho, pero yo les dije la verdad. Que cuando

me fui a dormir ellas estaban en sus habitaciones. Nadie salió; si no, hubiera escuchado ruido en la puerta. Me parece indignante que alguien pueda pensar eso de la señora. Puede que tuvieran sus diferencias de vez en cuando, pero ¿quién no las tiene? ¿No le parece?

—Desde luego, Elsa. La policía está dando palos de ciego.

Oímos un portazo y unos gritos en la planta superior. Decidí acercarme para ver qué ocurría. Subí las escaleras oyendo la voz de Anna bramando el nombre de Vera. Resultaba indudable que mantenían una acalorada discusión. Al llegar al piso de arriba me encontré a Anna delante de la puerta de la habitación de su hija, con la mano en el pomo, moviéndolo con fuerza.

—¡Abre te digo! ¡Maldita sea, Vera! —exclamó.

—¡No! —respondió su hija desde adentro.

—Ni se te ocurra pensar que vas a ver a Roman otra vez. ¡Te pasas todo el día con él! ¡Esta es tu casa y tienes que estar aquí! ¡Con tu madre!

Anna agitaba los puños, furiosa. Pocas veces la había visto en ese estado.

—¡Vete a la mierda!

Me quedé petrificado al oír a Vera hablar de esa forma a su madre.

—Anna, ¿puedo ayudar? —pregunté.

—¿Todavía aquí? ¿Qué quieres? ¿No ves que estoy ocupada? —dijo enfocando su rabia en mí.

Levanté la manos como dando a entender que no iba a molestarla. Era preferible que ellas mismas arreglaran sus diferencias.

El tiempo se me echaba encima. Si consideraba pagar a Simon, Anna no era una opción de préstamo rápido. Y solicitarlo a Sarah me pareció un abuso, después de lo generosa que estaba siendo conmigo.

Recordé entonces la conversación con el barbudo Taylor. Era el momento de demostrar si sus palabras escondían un trasfondo verdadero o era un gesto de cara a la galería. Salí de la casa y me refugié en el jardín para llamar con discreción. No estaba orgulloso de mentirle, sin embargo, no me quedaba otra opción.

Me cogió la llamada cuando estaba a punto de colgar.

—Mark, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo de buen ánimo, como si hablara con un viejo amigo.

—Dijiste que si Anna necesitaba algo, le ayudarías. ¿Es eso cierto?

—¿Qué ha ocurrido?

—En el testamento ha descubierto que Bob la ha dejado en la ruina, a ella y a su hija. Apenas si tiene fondos en la cuenta bancaria y necesita con urgencia dinero para las inminentes facturas, funeraria,

abogados, etc.

—¿Cuánto necesita?

—Cuatro mil quinientos.

—Me parece razonable. Dime la cuenta bancaria y se lo ingreso esta misma tarde por internet.

Lo que significaba que hasta el día siguiente no dispondría del dinero. Se me ocurrió llamar a Simon y posponer la cita hasta mañana.

—Espera, J.F., dame un minuto, se lo voy a pedir a Anna.

—Muy bien, espero tu llamada.

En cuanto colgué, llamé a Simon.

—Voy a reunir el dinero y mañana quedamos. No puedo antes.

—¡Imposible! —Se oía ruido de la calle—. Mañana salgo en avión a primera hora a Nueva York. Tengo un casting. Ahora o nunca, hermano.

Le dije que manteníamos la cita, solo que una hora más tarde. Volví a llamar a Taylor. Simon no me inspiraba confianza pero me la iba a jugar.

—J.F. ¿Hay alguna forma de que el dinero sea efectivo y ahora?

—¿Qué? ¿A qué viene tanta prisa?

La reacción de Taylor era comprensible. Me resultaba imposible inventar una excusa razonable para justificar la prisa. Probé a mostrarme sutilmente ofendido.

—Si no quieres hacerlo se lo digo a Anna y punto. Lo entenderá. Buscaremos ayuda en otra parte. Como me dijiste en la limusina que estabas dispuesto a ayudar en lo que sea…

—Está bien, está bien… Ven a mi apartamento. Te lo daré. ¿Sabes dónde vivo?

—Te envío ahora el mensaje con la localización.

—De acuerdo.

Al colgar esbocé una maligna sonrisa.

J. F. Taylor vivía en el ático del edificio emplazado en la esquina entre San Pedro y la primera, en pleno centro. Era como un gran falo sobresaliendo de la manzana, cuya base era un centro comercial con aparcamiento exterior.

Aparqué la moto en la acera y entré en el vestíbulo mirando mi reloj de pulsera. Iba justo de tiempo. Cuando terminara con el barbudo, debía regresar a la casita a por la Mauser. Solo pensaba en coger el dinero y largarme sin grandes ceremonias. Si finalmente lo lograba, entonces reconocería que me había equivocado con Taylor y que su preocupación por Anna y Vera era auténtica. No todo el mundo

es capaz de prometer ayuda incondicional y luego llevarla a cabo.

Avisé a un joven portero medio oculto detrás de un mostrador de mármol que me estaban esperando. Después de decirle el nombre del anfitrión, me señaló un ascensor con un dedo alargado y huesudo, y me deseó una maravillosa tarde.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, un niño pequeño, vestido con un mono vaquero y subido a un patinete eléctrico, me miraba sonriente. Me agaché y le revolví el pelo a la vez que le preguntaba por su nombre. O bien el niño era sordo o mudo o no le apetecía contestarme.

—Michael, ve con tu abuela, anda —dijo Taylor.

Llegó vestido también de negro. El niño se dio la vuelta y, subido en el patinete, desapareció por una esquina.

—¿Tu hijo?

—Sí, el mediano. Hoy tengo visita familiar. Han venido todos de Chicago.

Nos estrechamos la mano y me puso una mano en la espalda, dirigiéndome.

—Vamos a mi despacho, justo aquí —dijo señalando una puerta, que cerró suavemente una vez que ambos estuvimos dentro.

Me encontré con una mesa de metal, un portátil y una silla de oficina. Nada más. Las paredes estaban blancas y vacías, con unas cuantas alcayatas sosteniendo aire.

—No es una decoración minimalista, es que lo estoy preparando todo para que me pinten las paredes.

—Estupendo.

No podía faltar la ventana de rigor, siempre dispuesta a mostranos un fragmento de puro asfalto de la calle. Esta era batiente con un listón enrollado como un canuto. Taylor rodeó la mesa, abrió un cajón y depositó el dinero sobre la mesa en un montoncito. Justo cuando alargaba la mano para hacerme con él, interpuso la suya.

—¿Es para Anna, verdad?

—¿Tú que crees?

—Es que todo es un poco extraño, Mark. Tanta prisa… Ni siquiera esperar hasta mañana.

—¿Quieres hablar con ella? —dije, desafiante.

—Sabes que no me coge el teléfono.

—¿Me has hecho venir hasta aquí para no dármelo?

Taylor apartó la mano.

—Cógelo. Pero si me haces alguna jugarreta, me enteraré —dijo, con las manos en la cintura—. Y créeme, tú no quieres tenerme como enemigo. Con un chasquido de mis dedos jamás encontrarás trabajo.

—Sí, yo sé que de eso, de enemigos, entiendes mucho.

—Ni si te ocurra pedir más. Creo que ya he cumplido.

—Oh, sí. Con creces.

—Espero que Anna y Vera salgan bien de todo esto.

—No te preocupes, le diré que el dinero viene de tu parte.

—Igual no lo aceptará.

—La convenceré.

Me metí el dinero como pude en el bolsillo del pantalón.

—¿Algo más? —preguntó, como si fuera un tendero atendiendo a un cliente.

—No, eso es todo. Me quedaría a tomar el té, pero ando justo de tiempo. Conozco la salida.

Salí del despacho minimalista deseando soltar un largo y profundo suspiro.

De la mansión de Sarah surgía música festiva en español. y en la calle habían aparcado un Jaguar y un Porsche. No había ni un alma en la piscina, ni siquiera Murray. Todos debían de estar dentro celebrando el carpe diem.

Detrás de la casita, en un lugar apartado, metí la mano entre las enredaderas que cubrían la pared que daba al vecino de al lado. Allí guardaba la Mauser con la ayuda de las ramitas y el follaje. Siempre fui un partidario de la ecología.

Continué con mis amenas elucubraciones. Evoqué las caras de Vera y Anna al enterarse de que estaban en la ruina por culpa de Bob. ¿Merecía que yo siguiera con mis pesquisas domésticas? ¿Importaba a alguien más que a mí el nombre del asesino? ¿Quién quería justicia?

Bob estaba lejos de la perfección, pero era mi amigo, me recordé. Más que un amigo. Me convencí de que algo que escapaba de su control le había sucedido. La noche en la que murió Bob, Anna se encontraba en casa, pero eso no significa que no pudiera haber causado su muerte.

Subí de nuevo a la Sportster y me dirigí raudo al hotel Barclay. Llevaba la Mauser entre la espalda y el pantalón. Notaba el frío metal en la piel. Me imaginé a Simon esperando mientras sorbía algún batido y alimentándose con bollería industrial. Deseaba que fuera la última vez que se cruzaba en mi camino.

Llegué con un poco de retraso, aunque dentro de un margen razonable. Aparqué la moto en una esquina, cerca de donde lo hice la última vez, entre dos coches. Expandí la mirada nada más entrar al Starbucks. Una pareja enfrente del escaparate de los dónuts, un joven con su móvil sentado a una de las mesas, con el café delante, el camarero hablando con una clienta de edad avanzada que sostenía un cachorro de perro entre los brazos. A no ser que Simon estuviera en el

baño, me tocaba esperar.

Me pedí un café. La juvenil camarera me preguntó de qué tipo, señalando la pizarra de diseño con el menú. Le respondí que el barato sin dejar de mirarla. Después de darle mi nombre para que bautizara un trozo de cartón, me senté a la mesa más apartada, pero desde la que observaba a las personas que iban y venían por la acera. Cambié la Mauser de posición. De la espalda la mudé al interior de la chaqueta y medio cerré la cremallera.

No habrían transcurrido más de diez minutos cuando Simon apareció por la acera. Vestía de una forma algo estrafalaria, con una bufanda y un chándal de marca de un tejido gris y brillante. La cabeza baja, meditabundo. Sus zapatillas eran blancas y estaban impolutas. Nada más entrar, alzó la vista y me buscó. Al verme ofreció su espesa sonrisa y se sentó enfrente de mí.

—¿Traes el dinero? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Quiero verlo.

Con discreción, puse el dinero sobre la mesa. Los ojos de Simon se salieron de las órbitas.

—¡Mark! —la camarera gritó mi nombre.

A regañadientes, me levanté para que me entregara con una sonrisa un café que ya no me apetecía. Me volví a sentar a la mesa.

—¿Cómo me voy a fiar yo de que no te lo estás inventando todo? —le pregunté.

Simon me miró y, extrañamente, no dijo nada. Empecé a mosquearme.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decir? —insistí.

Se reacomodó en su asiento. Parecía que había iniciado unos votos de silencio. El joven del móvil caminó hacia la barra, pero hubo algo en él que me llamó la atención. Caminaba con determinación hacia nuestra mesa.

Simon, al verle, apoyó la espalda en el respaldo de la cabina. El joven debía de tener entre veinticinco y treinta años. Bajito pero hercúleo. Recién afeitado y con mirada aviesa. Vestía con una cazadora de cuero, vaqueros y unas botas marrones de gruesa suela.

Me llevé la mano a la Mauser, pero fue demasiado tarde. El joven alzó el brazo y me encañó con una Magnum. En un primer momento nadie de la clientela o los empleados se alteró debido a que el joven les daba la espalda. Instintivamente me hice para atrás. Si me disparaba, directo al panteón familiar. Me acordé de Josh.

—Levántate, hijo de puta —me dijo el joven con ansia. Simon seguía impasible.

—¿Quién eres?

—¡Levántate o te vuelo la cabeza aquí mismo!

La amenaza sirvió para que la gente se percatara de lo que sucedía. La empleada se escondió bajo la barra. Algunos de los clientes salieron por la puerta y otros corrieron a esconderse en los servicios.

Obedecí. Sintiendo el cañón sobre mi espalda, me empujó hacia la salida.

—¿Adónde vamos?

—¡Cállate!

Me agarró de la chaqueta y me empujó a trompicones hacia la salida. En la calle me empujó hasta una furgoneta que tenía el motor encendido. Ni al entrar ni mientras estaba sentado a la mesa había reparado en ella. Había salido de la nada.

Los transeúntes nos miraban, estupefactos, pero sin intervenir. Se abrió la puerta corrediza. El interior estaba vacío. Solo atisbé, borrosa, la figura del conductor que nos miraba. El joven me dio el empujón final y me metió dentro. Olía a aceite rancio.

Apareció otro hombre que, lejos de esclarecer la situación con diálogo racional, me recibió propinándome una patada en el estómago. Llevaba un bigote oscuro y espantoso. La Mauser cayó al suelo. Tosí, dolorido. El joven entró, cerró la puerta y el conductor arrancó la furgoneta. Las ventanas de la puerta trasera estaban tapadas. La única luz provenía de la que dejaba pasar el parabrisas.

—¿Esto qué es? —preguntó el mayor cogiendo la Mauser—. Vaya mierda de pistola. Parece de juguete.

—No te entretengas. A lo tuyo —ordenó el joven, que se había acuclillado y que se sujetaba a un saliente del armazón de la furgoneta.

El hombre tiró la Mauser a un rincón. Era calvo y con bigote. Con cara de bruto y enorme barriga que seguramente le impedía verse la colita al mear. Me cayó una lluvia de puñetazos y patadas. Parecía que me estaban lapidando. Noté el sabor metálico de mi propia sangre.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó el joven.

—¿Qué dinero? —respondí a duras penas.

Una nueva patada se instaló en mis sufridas costillas. La furgoneta se movía de un lado a otro con suavidad. Por lo menos, el conductor era prudente.

—Tomarnos por tontos no te ayudará. Te lo pregunto una vez más. ¿Dónde está el jodido dinero?

—¡No sé de qué estás hablando! ¡Yo no tengo ningún dinero!

El hombre se abalanzó sobre mí. Me protegí como pude, pese a que todo mi cuerpo era un inmenso sufrimiento. La furgoneta se detuvo. Pero el golpe lo recibí de igual manera. Solté un gemido de dolor. A estas alturas mi estómago era como un felpudo.

—Sabes muy bien de qué dinero estoy hablando, hijo de puta —el joven se inclinó hacia mí y me habló en un susurro—. Del dinero de tu

amiguito del alma. Los tres millones de dólares.

¿Tres millones?

—¿Cómo? —me invadió la sorpresa.

No se trataba de cien mil. Me conocía bien, Bob me había mentido para que le acompañase porque de haberlo sabido, me hubiera negado por peligroso. Me sentí como un pelele. Cada vez la historia pintaba peor. ¡Jodido Bob!

—Ya me has oído. ¿Dónde están?

La furgoneta reanudó la marcha. Debía de tratarse de un semáforo. La consigna de no llamar la atención de la policía la aprobaban con nota.

—No sé dónde está. Ni me importa —dije, a duras penas.

—Tu turno.

El joven se apartó, dando el relevo al salvaje. En un arranque de creatividad, en vez de darme una patada o un puñetazo me cogió de los testículos y apretó con fuerza, como si quisiera rebañar la pasta de dientes. Aullé de dolor. Su mano era como unas tenazas arrancándome la vida. Todo me daba vueltas.

Cerré los ojos y me sumergí en la oscuridad.

18

Cuando la oscuridad nos envuelve el tiempo queda suspendido. Se pierde la visión del cuerpo y solo queda la mirada afligida hacia el interior de uno mismo. No hay comprensión de la verdad. No logramos entendernos y la mente es el paisaje, el alimento, el veneno.

Nos fundimos con la oscuridad, perdemos nuestro lado humano y somos adiestrados por una fuerza súbita desconocida. Solo queda el grito como el lago de la salvación, ese impulso salvaje que huye despavorido. ¿Es suficiente? Cuando la oscuridad abrasa sabes que nadie va a reaccionar. Y la locura se inicia de nuevo.

El sótano de la casa de mis padres era de amplias dimensiones. El suelo era de cemento y las paredes mostraban los ladrillos. El aire siempre era húmedo. Al fondo estaba la lavadora, la secadora y una estantería donde mi padre guardaba sus herramientas de manitas. Aunque privado de luz, sabía al detalle dónde se ubicaba cada cosa. También había unas cajas con ropa y juguetes que nadie usaba.

Estaba sentado en un rincón, arropado por una manta vieja y sucia que olía a meado. Tenía una palangana con una tapa para cumplir con mis necesidades. Las horas pasaban lentamente. Notaba todavía los ojos húmedos y la piel enrojecida del llanto. Me arrepentía de haberme escapado en la base y me maldecía por cometer un error tan estúpido. Ahora solo me quedaba el sufrimiento de esperar el indulto de mi padre.

Mientras tanto, nadie podía visitarme, ni siquiera mi madre. Y la comida y bebida estaban prohibidas. Mi padre abogaba por una limpieza extrema de mi alma, sucia después de haber pecado con ignominia.

A pesar de que resultaba incómodo, logré dormir un buen número de horas. Enrollé la manta a modo de almohada y me coloqué en posición fetal, muerto de frío. A veces oía las voces de mis hermanos o mis padres cuando pasaban por delante de la puerta. Era como si no existiera. Había *muerto* y la vida continuaba sin mi presencia.

Soñaba con escaparme en cuanto fuera liberado. Lejos. Caminaría el día y la noche con una mochila cargada de ropa. Sin un destino concreto, salvo la fuga. Recurriría al autostop para acelerar la marcha. Llegaría a perderme en alguna ciudad. Me cambiaría el nombre para que mis padres nunca me encontraran. Les haría sufrir. Ellos, a su diabólica manera, me quieren. La policía intervendría; todos en el pueblo conocerían mi desaparición. La libertad sería mi obra de arte. Enseñaría una lección inolvidable a mis padres.

Pasadas setenta y dos horas de cautiverio empezaron los síntomas. La sensación de hambre había dejado paso a un agudo dolor del estómago. Tenía mareos y notaba un profundo cansancio. Estaba al límite de mi aguante físico. Lloraba y me quejaba alzando la voz todo lo que podía con objeto de llamar la atención. Pero nadie acudía al auxilio.

Si al menos me hubieran dejado mis juguetes… Me hubiera bastado con palpar la figura articulada de He-Man para consolarme. Se me ocurrió que cuando terminara mi castigo debía comprarme otro y guardarlo en algún recoveco de la pared. Así, siempre estaría acompañado. Con He-Man a mi lado aplastaría a Skeletor en un terrible duelo. Entonces reinaría la paz. La febril musculatura del muñeco me convertiría en invencible porque, a falta de espada, le bastaba con una serie de certeros puñetazos para derrotar al enemigo. Todos me rendirían tributo por ser el héroe del pueblo. ¿A que He-Man era una maravilla? Convertiríamos una simple colina en un mundo que aún no figura en los mapas. Un mundo nuevo donde la mirada vagase limpia y eterna, y se guardaría fresco el olor de la naturaleza.

Sin embargo, el peso de la oscuridad me doblegaba. La imaginación se esfumaba, convirtiéndose en un páramo. Las tinieblas llegaban y me arrasaban incluso con He-Man a mi favor. Quería suplicar el perdón y volver con mis hermanos. El dolor era cada vez más insoportable y yo sentía continuamente que estaba a punto de desvanecerme.

Conseguí dormitar un rato. Cuando me desperté ignoraba si afuera era de día o de noche. Oí el ruido metálico del pasador de la puerta. Enseguida me giré. ¿Habría terminado ya la angustia? Una franja de luz de una linterna se abrió paso entre la oscuridad. Luego fue descendiendo lentamente desde lo alto de la escalera. Yo estaba inmóvil y sin fuerzas para hablar. Me sentía sucio. Oí el crujir de un hueso del pie según se bajaban los peldaños. La luz llegó hasta mis ojos y yo giré la cabeza como si me ardiese al contacto.

—Mark, soy yo…

Reconocí al instante la susurrante voz de mi hermana Emma. Me giré hacia ella. Estaba de cuclillas. La luz de la linterna apuntaba hacia el suelo; el tenue resplandor esbozó sus facciones. La boca y la nariz, tapadas con el cuello del pijama supuse que a causa del hedor que yo despedía, como si fuera una atracadora de bancos.

—Te traje esto.

Me tendió un trozo de pan blando que no tardé en llevarme a la boca. Pese a su débil consistencia me pareció un manjar divino. Mastiqué deprisa, con avidez. Noté un estremecimiento cuando el primer trozo llegó al estómago. Mi hermana en silencio me miraba

con compasión a través de sus ojos inocentes. Si era descubierta también recibiría un castigo ejemplar.

No me llevó más de unos cuantos segundos acabar con el pan. Me relamí un par de veces e incluso con la lengua extraje restos incrustados entre los dientes. Apoyé la cabeza en la pared mientras el sabor aún me palpitaba en la boca. Quería más. Mucho más.

—No te preocupes. Ya han pasado tres días —susurró Emma—. Pronto vendrá papá. Oye, en el colegio han preguntado por ti.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Clarence McMillan. Le dije que estabas malito. ¿Es tu novia?

Negué con la cabeza.

—¿Hay más pan? —pregunté.

—No, se acabó todo.

—Vete antes de que se den cuenta.

—Vale. Ah, Nathan está durmiendo en tu cama.

—No me importa.

—Vale.

—¿De dónde sacaste la linterna?

—Se la dejó papá en el baño pequeño. La bombilla se rompió. Iba a cambiarla pero luego no lo hizo. No sé por qué —Se encogió de hombros.

—Déjala en el mismo sitio; si no, papá lo sabrá.

—Sí.

Emma enfiló hacia la puerta en sigilo, alumbrando las escaleras con la linterna. Las palabras de mi hermana resonaron en mi cabeza: Pronto vendrá papá. Solo él era capaz de poner fin a mi tormento. La puerta se cerró y mi hermana desapareció como un fantasma.

Clarence McMillan.

Ella era la chica con la sonrisa más dulce que había visto en mi vida. Se sentaba en la primera fila, cerca de la mesa del profesor. La ropa le sentaba de maravilla y había preguntado por mí. La angustia y el dolor remitieron ante el peso del recuerdo de Clarence.

De pronto me llegaron imágenes de su falda y las piernas al descubierto. Su piel llamándome en silencio para que mi mano se deslizara sobre ella como si recorriera una lujosa tela de seda. En el recreo ella saltaba a la comba junto a otras compañeras. Reía. Todos los chicos estábamos pendientes de sus movimientos.

Al evocar sus incipientes pechos bajo una camiseta de algodón empecé a notar un extraño cosquilleo en la entrepierna. Por instinto me metí la mano bajo el pantalón. En el acto la culpa me aguijoneó en el pecho. Debía borrar esas provocadoras imágenes de mi mente. Era pecado. Y mi padre podía leerme la mente si me miraba con fijeza. Clarence. Tenía la imperiosa necesidad de averiguar lo que había bajo la falda.

Mi cuerpo parecía ser gobernando por una excitante pulsión y eso me pareció una catástrofe. Sin embargo, no conseguía dominarme. Empecé a frotarme con Clarence en su falda paseando a su perrito de lana. Recuerdo el sobresalto; ese torrente de placer brotando de mis entrañas, el desconcierto posterior, la respiración agitada. ¿Qué ha pasado? Me limpié con lo único que tenía a mano: la manta. Nadie lo sabría.

Ignoro el tiempo que transcurrió después. Me sentía exhausto y mi mente daba vueltas en el océano de oscuridad que me rodeaba. La puerta se abrió de golpe. Por el chorro de luz que irrumpió deduje que ya era de día. Las fuerzas me habían abandonado y solo era un saco de huesos. Los pasos de mi padre se detuvieron al terminar la escalera. Me medio giré atento a que la luz no me dañara. El bastardo olía a recién duchado y estaba de pie con una mano apoyada en la cadera y la otra sosteniendo un crucifijo. Parpadeé para que mi vista se acomodara a la penumbra.

—Espero que hayas tenido tiempo para pensar

Su voz sonaba condescendiente.

—Sí —musité. Cada palabra me quemaba en la garganta—. Perdón.

—No hay nada como un espacio como este —abarcó el sótano con las manos— para pensar y purificar tu alma, Mark. Debes estar agradecido porque otros niños no tienen este privilegio.

—Gracias.

Se agachó sin que expresara rechazo alguno por el olor que desprendía. Era inmune a todo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Me acercó la cruz en la que se representaba la crucifixión de Jesucristo. Solía estar colgada en la pared de su despacho. Toda ella era de porcelana, de colores desvaídos.

No sin esfuerzo, besé los pies de la figura. Al estar de espaldas a la puerta, la cara de mi padre era una sombra. Supuse que me miraba con complacencia.

—Ahora ya vuelves a ser de los nuestros —dijo—. Bienvenido de nuevo a la familia del Señor. Mamá te ha preparado un biberón de leche y las pastillas para que se te pase el dolor, pero antes un buen baño no te vendrá mal. Es una pena que no estén tus hermanos para que te vean regresar del infierno convertido en un hombre nuevo.

19

Abrí los ojos y enfoqué la mirada. La luna, majestuosa, resplandecía. No pude apartar la vista durante unos instantes y durante ese breve tiempo en que mi mente volvía a cobrar conciencia, fue como si solo existiéramos en la galaxia ella y yo. La luna fue algo así como un dios silencioso y espectral que me definía y me bañaba la cara con su fastuosa luz de neón. A su alrededor la noche era oscura como una mancha de alquitrán. No brillaba ni una mísera estrella. Como si estuviera enchufado inalámbricamente a ella a millones de kilómetros, fui recibiendo su energía poco a poco.

Mi cuerpo empezó a reaccionar y enseguida como por instinto quiso moverse. Pero estaba aprisionado por el dolor. Cejé en mi empeño de levantarme y me quedé tumbado unos segundos más, recobrando fuerzas hasta que miré a ambos lados.

—¿Dónde cojones estoy? —murmuré.

Entre la penumbra distinguí arbustos y siluetas de árboles. Oí como algo se deslizaba sobre hojas secas cerca de mis pies. Me quedé expectante por si notaba una dentellada, aunque no sucedió nada.

El último recuerdo antes de perder la conciencia acudió a mí como una flecha. La furgoneta, las miradas aviesas y las contundentes muestras de afecto sobre mi cara; los testículos exprimidos como naranjas. Por suerte el dolor en esa zona había remitido. Moví el brazo lentamente. Como medida de precaución me palpé la entrepierna con esmero corroborando que todas las partes seguían allá donde la naturaleza dictaminaba. Respiré aliviado.

Aquellos tipejos de mala madre me habían abandonado en algún bosque, supuse a las afueras de Los Ángeles. Volví a oír como algo con patas se arrastraba sobre hojas secas y se detenía de repente. Fue el aliciente que necesitaba para volver a intentar ponerme en pie. Mi cuerpo respondía aunque con reservas, como si no las tuviera todas consigo. Las rodillas, las piernas, el tronco, en fin, todas las articulaciones parecían intactas.

Al apoyar la mano sobre la tierra noté un dolor en el antebrazo. Me palpé y lo seguí notando; por suerte el hueso no estaba roto. Supuse que sería un moratón. Me pregunté cuánto tiempo había pasado inconsciente. Me palpé los bolsillos, pero estaban vacíos. La cartera, el móvil y las llaves de la moto se habían trasladado a otra dimensión desconocida. Simon se había quedado con el dinero de Taylor. En mi poder solo atesoraba una humillante golpiza.

Oí a lo lejos el ruido de un coche a toda velocidad. Después otro

más. Deduje que me encontraba no en un bosque perdido, sino cerca de una autopista lo que me acercaba más geográficamente a la civilización.

Justo cuando me disponía a emprender el camino hacia la autopista, observé fugazmente en el lado contrario, entre las ramas de un árbol, un aparcamiento.

Sin dudar, cojeando y con cuidado de no tropezarme, me dirigí a ese oasis de asfalto que serviría para poner pie en territorio conocido. Cruzando por un sendero de piedra, pasé cerca de una estatua bañada en sombras. A medida que me iba acercando al aparcamiento, la ciudad me recibía con el desagradable sonido del tráfico.

Había unos cuantos coches aparcados. A mi derecha descubrí un edificio que no me costó reconocer: el Norton Simon Museum. El ostentoso lugar donde el arte y los mecenas privados se hacen guiños. Concluí que me encontraba en Pasadena.

Una vez identificada mi ubicación, con el dolor a cuestas y unas enormes ganas de tumbarme en una mullida cama, me pregunté cómo diablos regresaría a la casita de la piscina. Ni siquiera tenía dinero para el metro. La perspectiva de caminar me resultaba una quimera. La cabeza empezó a darme vueltas. Me apoyé en un coche.

—¿Se encuentra bien, amigo?

Un hombre empujando una vida de penurias a ruedas se detuvo a unos metros. Su aspecto era el fiel retrato de un vagabundo. Barba poblada, ropas sucias y el carrito de la compra lleno de bolsas.

—Sí, gracias —respondí.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó señalando mi cara.

—Nada, un acalorado debate político.

Hubiera sonreido pero me pesaba la cara.

—Debería ir a un hospital para que le echen un vistazo. ¿Le han robado?

—Más o menos.

Caminé hacia el hombre. Debía de tener mi edad, aunque cabía la posibilidad de equivocarme. Era algo más bajo que yo. Bajo el desgastado abrigo vestía una sudadera con manchas negruzcas de Los Angeles Lakers.

—Estoy magullado pero bien. Gracias por su interés. Lo que voy a hacer es dar un bonito paseo hasta mi barrio.

—¿Por dónde vive?

—Vivo en casa de una amiga, en Sunset Beach.

—Le queda un buen trecho. ¿No tiene a nadie que le venga a buscar?

—Perdí mi móvil y no recuerdo los números de teléfono —dije, y alcé las manos en gesto de resignación. Luego cojeé con la intención de ponerme en marcha—. ¿Qué hora es?

—Deben de ser sobre las diez.

El vagabundo se metió la mano bajo el pantalón de pana y sacó un par de billetes de veinte dólares.

—Tome, para un taxi. Habrá suficiente.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptarlo. Lo necesita más que yo.

—¿Qué le hace suponer eso?

No supe qué responder sin herir la sensibilidad del vagabundo.

—Le han golpeado y robado —continuó—. Yo le veo en peor situación. Tome el dinero o me enfadaré. Y usted no me ha visto enfadado.

Volvió a ofrecerme el dinero.

—Pensaba en pagarle al taxista al llegar a casa.

—Con esa pinta no le cogerán, pero si les entrega el dinero primero, será otra cosa.

Lo acepté y lo guardé en el bolsillo de mi pantalón.

—¿Dónde puedo encontrarle para devolverle el dinero?

—Suelo pasar por aquí sobre esta hora. Siempre me gustó el arte.

Soltó una carcajada tan estruendosa que me asusté.

Le estreché la mano, le dije mi nombre y me despedí.

Durante el trayecto a casa de Sarah me mantuve ensimismado en mis pensamientos. Los ojos del taxista, de vez en cuando fijos en mí a través del retrovisor, me recordaban que mi aspecto suscitaba una gran curiosidad y rechazo para el mundo. El mismo mundo que me había agredido con saña y abandonado en los aledaños de un museo privado como si fuera una cáscara de plátano. Al taxista le había contado la misma versión que al vagabundo. No necesitaban más para saciar el fisgoneo.

Me sorprendía estar vivo. Cuando fui introducido con esa amabilidad en la furgoneta a punta de pistola, pensé que hasta ahí había alcanzado mi periplo vital. Me acordé de Josh y ahora me preguntaba si merecía la pena dejarle huérfano por salvar el dudoso honor de un viejo amigo. No estaba convencido de ser un buen padre, pero al menos me esforzaba. Al menos nunca sería como el cabrón de mi padre y eso ya era una victoria.

Pero lo que recordaba con estremecimiento es que por primera vez en mi vida sentí miedo. ¿Cómo explicárselo a mi hijo si algún día me lo pregunta? Le responderé que le miré a la cara y visto de cerca era como un bicho marino que te obliga a desprenderte de tu cuerpo, de tus huesos, de tu corazón, que te desnuda hasta dejarte flotando en un líquido parecido al ámbar. Y entonces te empuja a enfrentarte a ti

mismo y te muestra el infierno.

El miedo es una venganza que reconstruye el silencio y que nunca te abandona, aunque pienses que sí. De ahora en adelante siempre estaría ahí, durmiendo pero con un ojo abierto.

Tenía unas terribles ganas de hablar con Josh y pensé en llamarle nada más poner un pie en la casita.

Esbocé una sonrisa tan siniestra que el taxista se reacomodó en su asiento, intranquilo. Por primera vez había caído en la cuenta de algo que nadie sabía y eso me produjo una enorme satisfacción.

Con alta probabilidad conocía el paradero del dinero, y había resistido como un titán las embestidas de los cabrones para arrancarme la información. A Terry le habían matado porque pensaban que lo tenía, pero al acudir a mí a por él revelaban que no era así. Todos querían ser los dueños del dinero, los chantajistas e incluso Anna que lo reclamaría como suyo si se encontrase.

El taxi llegó a la casa y yo me apeé cojeando aunque con dignidad. Llamé al portero automático y oí la voz armoniosa de Murray preguntando quién cojones era. Al identificarme oí el chasquido metálico y empujé la puerta. Pensé en cenar, cambiarme de ropa y ducharme, aunque no en este orden, para luego meterme en la cama hasta el lustro siguiente.

Camino a la casita oí que alguien salía de la casa y me detuve a mirar. Era Sarah. La luz de la piscina brillaba a juego con las luces que titilaban en el paisaje de Los Ángeles.

—¿Se puede saber dónde te has metido, Mark?

Se acercó con apremio. Cuando se percató de mi aspecto físico su expresión cambió por completo.

—¿Qué te ha pasado?, ¿estás bien?

—Estoy vivo, eso es lo que cuenta. Lo demás se curará pronto.

—Tienes que ir a urgencias. Tienes una ceja partida.

—Iré mañana por la mañana. Ahora estoy demasiado cansado. ¿Me buscabas?

—Sí, quería decirte algo, pero vamos dentro.

Al darse cuenta de que cojeaba me tomó un brazo y se lo puso sobre los hombros.

—¿En qué lío te estás metiendo, Mark?

—Uno gordo parece pero que conste que no fue mi intención.

—Pues déjalo, anda. Ya está bien de jugar al macho alfa. Eres padre por si lo habías olvidado.

—Lo sé, Sarah. Lo tengo presente, pero tengo que acabar esto. No puedo dejarlo a medias.

—Tú y tu crisis de los cuarenta…

—Sarah, es más serio que eso.

—Si tú lo dices… Pero mejor me guardo lo que iba a decirte.

Llegamos a la casita y fuimos directamente al baño. Me senté en la tapa del retrete. Estaba exhausto. Recordé que debía llamar lo antes posible al banco para cancelar las tarjetas y a la compañía telefónica para bloquear la línea.

—¿Qué me ibas a decir, Sarah?

—Olvídalo, Mark. Será mejor para ti.

—¿Tienes ya algo sobre la matrícula, verdad?

Sarah no dijo nada, lo que suponía una respuesta afirmativa. Me ayudó a despojarme de la ropa y a ponerme el albornoz que colgaba de detrás de la puerta.

—Seguro que vas a hacer alguna tontería.

—Probablemente, pero intuyo que será la última. Después, me retiraré de la profesión —Sonreí a mi modo canalla, pero con Sarah no surtía efecto—. Por favor, lo necesito.

—He conseguido un nombre y una dirección —dijo finalmente, muy seria.

—No creo que viva lo suficiente para pagarte lo que has hecho por mí.

La abracé por las piernas y puse mi perfil sobre su vientre.

—Estoy de acuerdo. Parezco tu hada madrina.

La felicidad me embargaba como a un agente de policía descubriendo un coche mal aparcado. Sacó un papel arrancado de una libreta y me lo entregó. Lo leí y me lo guardé. El nombre no me decía nada, pero era una información valiosa de todas formas. Recé para no encontrarme a nadie muerto en la casita.

20

Mientras Murray me cosía unos puntos en la ceja en el cuarto de baño a petición de Sarah, devoraba un emparedado de jamón y queso para calmar la terrible hambre que sufría.

Estaba vestido con el albornoz y sentado en el retrete, sin dejar de sorprenderme por las habilidades médicas de Murray. Vestido con una camiseta negra de tirantes, mostrando los cincelados músculos de los brazos y notando su entrepierna a escasos centímetros de mi magullada cara, me percaté de que Murray era una de esas personas que había vivido unas cuantas vidas en el mismo cuerpo.

A pesar de su juventud, en sus ojos se desgranaba esa especie de condescendencia de quien lo ha visto todo y ya nada le sorprende. Si sus memorias se vieran publicadas, yo sería su primer lector.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó.

—Me tendieron una trampa.

Murray siguió cosiendo con primor. El dolor era soportable.

—¿Vas a vengarte? —preguntó.

—¿Debería?

—Tú sabrás. La venganza es muy literaria. Ahí tienes «El conde de Montecristo». Edmundo Dantès. Ese tipo de venganza se ha convertido en un mito. Ahora bien, hay que ser un superhéroe para repartir palos a diestro y siniestro sin que el plan se desmorone. Para mí, Dantès es el primer superhéroe de ficción.

—No tengo tiempo para venganzas tan elaboradas. Además, me da la sensación de que el tipo que me tendió la trampa habrá desaparecido. No quiero perder de vista mis verdaderos objetivos en esta historia.

—Tú te lo pierdes. La venganza es una de las mejores drogas. Cuando saqué mi primer álbum, mi representante se quedó con el doble de lo estipulado sin que yo me oliese la tostada.

—¿Y qué hiciste cuando te enteraste?

—¿Yo? Nada. Pero al poco tiempo apareció muerto en un callejón con el cuello degollado.

Parpadeé varias veces, atónito, y luego le miré a los ojos a fin de descubrir si se trataba de una broma. Su cara inmutable no admitía duda.

—Eso no lo haría Edmundo Dantès.

—Tampoco estamos en la Francia del siglo XIX.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para Sarah? —decidí cambiar de tema.

—Desde que salí de la cárcel.

Murray dejó las tijeras, el hilo y la aguja sobre el lavabo, dando a entender que había finalizado. Me puse de pie y me observé en el espejo, como si estuviese en el peluquero. La ceja se había teñido de un desagradable color morado y estaba hinchada.

—Me has dejado muy bien, cariño —dije con ironía.

—Aprendí en la cárcel. Al igual que en el mundo laboral, para sobrevivir hay que convertirse en imprescindible. Yo era el único de la banda que sabía coser puntos. Venía de perlas cada vez que nos enzarzábamos con nuestros enemigos de turno.

—Pues no me vendría mal unos puños que estuviesen de mi lado para variar —dije mientras caminábamos hacia el salón.

—Ya no peleo a no ser que sea estrictamente necesario. Por eso me gusta este trabajo. Sarah paga bien y los clientes rara vez se alteran.

—Bueno, tampoco tienes que liarte a mamporros porque sí, basta con que aparezcas a mi lado, como un efecto disuasivo. Seríamos como Batman y Robin.

—Jamás —dijo con un gran sentido melodramático.

Le despedí de la casita agradeciendo su contribución humanitaria a mi ceja y marqué rumbo hacia la cama. Ignoraba la hora, pero me era indiferente. Ansiaba desplomarme sobre la cama y no despertar hasta quedar convertido en una momia. Las pesquisas deberían esperar hasta mañana; el dinero, la asesina, el asesino o los asesinos quedaban relegados hasta que un nuevo día alumbrara Los Ángeles.

Mientras llamaba al sueño, me acordé de Anna. Me apeteció escuchar su voz antes de dormirme, sin embargo, estaba incomunicado sin móvil. Echaba de menos a mi atractiva y lujuriosa presunta asesina.

Sí, cada vez me convencía de que ella había apretado el gatillo para apoderarse de la herencia y ser una mujer libre, pero no contaba con el chantaje a su marido y encontrarse sin blanca. Tenía sentido, pero también era un argumento demasiado sencillo, demasiado cliché. La mujer fatal.

Ella sabía dónde se encontraba Bob. Su coartada es su hija Vera. Demasiado conveniente. Seguramente le abrió la puerta y fueron al despacho. Bob no sospecharía nada. Solo se trataba de la visita de su esposa a primera hora de la mañana. Bajó la guardia. Pero Anna sacó la pistola y acabó con su vida. Bob cayó al suelo y se convirtió en pasado.

Tuve un sueño en el que se me heló la sangre al recordar los ojos abiertos de mi viejo amigo en el despacho. El olor a piel reseca. Me acerqué y, para mi sorpresa, Bob balbuceaba. Pensé con nerviosismo que trataba de desvelar el nombre del asesino.

Sin tiempo que perder, me puse de rodillas y acerqué mi oreja a su

boca preparándome para la gran revelación. El atajo más contundente a la verdad. Pero farfullaba, no entendía nada. Entrecerré los ojos para concentrarme. Vamos, Bob. De él surgía un sonido gutural. Las palabras se le resbalaban de los labios causándome un interminable desasosiego. Me manché las manos con la sangre que teñía la ropa.

Finalmente el esfuerzo del moribundo lo agotó, dejó de moverse y el nombre de su asesino quedó en él flotando para siempre. Entonces me fui dejando caer sobre el suelo, crispado; no había consuelo en el sueño, solo un frío estremecimiento que causó despertarme bañado en sudor.

Me gustaría afirmar que al despertarme estaba como nuevo, pero sería faltar a la verdad. Aún notaba el cuerpo dolorido aunque no lo suficiente para impedirme acometer el día con trepidante ilusión. Mi objetivo estaba en encontrar a Jessica Goldman, a cuyo nombre se había registrado el coche que me había seguido.

Tuve el presentimiento de que me encontraba próximo a una pista clave, pero no deseaba precipitarme por lo que frené la sensación hasta nuevo aviso. Después de rellenar el estómago con lo primero que encontré por la cocina, rebusqué en los cajones del armario del dormitorio hasta que encontré un duplicado de las llaves de mi Sportster.

Como Murray finalizaba su turno, le pedí que me dejara cerca del hotel Barclays. Su coche era un poema al desorden, con papeles, vasos de plástico y gominolas por el suelo. Y, además, olía a salsa agridulce pese a que las ventanillas estaban bajadas al máximo. Ni siquiera el aire del exterior se atrevía a disputar su dominio. Durante el trayecto parloteé de lo lindo mientras que Murray se mostraba inmutable, como si no estuviera ahí.

Comprobé con alivio que no solo la moto seguía en su sitio, sino con todos sus órganos vitales. Pasar una noche a la intemperie es una hazaña para todos los vehículos de Los Ángeles. Antes de montar me dije que no perdía nada si visitaba a mi amigo Simon y le pedía explicaciones.

Al igual que la vez anterior, el mismo tipo del hotel veía el televisor con la mirada absorta. En el saloncito de recepción, se habían acumulado un buen número de maletas aunque sin nadie a su alrededor. Supuse que el responsable estaría en el baño. Subí por el ascensor y en poco segundos me planté en el pasillo alfombrado, camino a su habitación.

A lo lejos distinguí el carrito de la limpieza plantado frente a su puerta mostrando los artículos de aseo como si fuera un bazar portátil.

Al entrar, oí el trajín de la limpiadora en el cuarto de baño a ocho dólares la hora. Pero en la habitación no había nadie más. Ni rastro de sus pertenencias. Simon había volado como un cuervo en busca de otro nido. La empleada salió y al verme desenfundó una sonrisa rápida y profesional.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—No, gracias. Estaba buscando a un amigo, pero creo que ya se ha ido —dije con fingida inocencia.

—Sí, dejaron la habitación ayer por la noche. Lo siento.

Sin lugar a dudas, Simon se había olido mi visita a kilómetros de distancia y había trasladado a su vil sede a otro hotel.

—¿Le importa si echo un vistazo? Me dejé ayer un mechero.

—No hay nada, acabo de limpiar pero mire si quiere.

Miré por debajo de la cama, en los cajones de la mesa y en el armario. También paseé fugazmente la vista por el baño. La limpiadora quitaba las sábanas, tampoco me podía explayar en la búsqueda. Buscaba alguna pista que me condujera a Simon. Pero la limpiadora tenía razón. No había nada más que el aburrido mobiliario, así que me largué.

Al poco rato, con algo de fe, llegué a los aledaños del museo. Pensaba que a causa de la penumbra que me rodeaba cuando desperté, no pude fijarme bien si había algún objeto mío sobre el suelo. Echaba de menos la Mauser. ¿Quién querría un arma tan aparatosa?

Desanduve los pasos desde el lugar que recordaba la conversación con el vagabundo. La luz natural iluminaba unos jardines cuidados con sumo detalle. Árboles, setos, flores. No me costó llegar al claro de hojas otoñales. Lo reconocí enseguida.

Una sombra entre los arbustos captó mi atención. Al agacharme y aguzar la vista, descubrí mi cartera. Me hizo con ella al segundo. La abrí. Pero estaba tan vacía como un colegio en verano. Me la guardé de todas maneras. El hallazgo me infundió de esperanza.

De rodillas, removí las hojas con las manos y estiré el cuello para abarcar todos los ángulos posibles. Después me puse de pie para examinar por los alrededores. Solo veía hojas, tierras, piedras y alguna colilla que otra. La Mauser seguía desaparecida. Sin ella, ¿cómo me iba a enfrentar a los malos?

21

Cuando llamé a la puerta del apartamento de Rudolph Green, aún no había trazado ningún plan. Decidí que me dejaría llevar por la situación. Algunos actores lo llaman improvisar. Era un hombre mayor y confié en que no pusiera demasiadas pegas.

Sin la Mauser me sentía algo desvalido, pero aún no había dicho mi última palabra. Mientras esperaba a que abriese me llegó un agradable olor a patata. Rudolph estaría cocinando. Cosa nada descabellada debido a que era mediodía. Una magnífica hora para conversar entre dos amigos legendarios.

Enseguida oí la respiración convulsa del perro materializándose por debajo del resquicio de la puerta. Al poco, la cortina se movió descubriendo la nariz arrugada del viejo y una mirada incisiva, casi grotesca. El perro me obsequió con un par de ladridos en bajo sostenido.

—¿Qué quiere? —dijo Rudolph a través del cristal.

—Quiero hablar con usted —respondí acercándome.

—¿De qué?

—De lo que pasó ayer aquí al lado, en la casa de su vecino Terry.

En su mano llevaba una cacerola que no dejaba de remover. No me sorprendió su cambio de carácter, del hombre parlanchín no quedaba ni rastro. Y de la mirada serena mejor no hablar.

—Ya hablé con la policía. No tengo nada más que decir. Ni vi ni oí nada. Había salido a comprar comida. Que Dios acoja en su seno al bueno de Terry.

Se apartó de la ventana, dando por finalizada su aparición estelar, aunque el perro mantenía su discurso a base de gruñidos y olfateo.

Golpeé repetidas veces el cristal. Era de esperar que Rudolph se mostrara reticente. No todos los días uno se encuentra con una fuerte suma de dinero en manos del vecino.

La cortina volvió a descorrerse.

—¡Le he dicho que no tengo nada que decir! ¿Me quiere dejar tranquilo? ¿No ve que estoy preparando la comida?

Me enseñó la cacerola para confirmar sus palabras.

—Si lo prefiere puedo pasearme hasta la comisaría más cercana y contarles todo lo que sé. Le registrarán la casa y si no lo encuentran porque lo tiene escondido por ahí, nunca se podrá gastar nada de ese dinero porque le tendrán vigilado. ¿Qué decide?

Rudolph se quedó atónito durante unos segundos. Ante mi cara reflejando una firme voluntad, resopló malhumorado, resignado ante

la evidencia de no encontrarse con opciones. Como guinda, soltó una interjección en alemán.

—¿Cómo sé que no va a agredirme?

—No me venga con preguntas estúpidas de telefilme. No lo sabe y punto. Abra de una vez, Rudolph, que me estoy cansando.

El viejo se apartó de la ventana y abrió la puerta impidiendo con el pie que el Rasputin saliera al pasillo. Llevaba sobre el hombro un trapo de cocina y vestía con la misma ropa con la que le conocí. El perro me olió el calzado y terminada su misión volvió a acercarse a su dueño.

Rudolph colocó la cacerola en el fuego.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—Me he puesto demasiado maquillaje —dije dudando por un momento si sentarme o no. Finalmente opté por estar de pie.

—Espero que no le importe que siga cocinando —dijo él dándome la espalda.

—¿Qué pasó ayer por la noche?

Hizo un gesto de fastidio con las manos.

—Fue todo muy rápido.

Respondió de mala gana mientras daba la vuelta al pollo en la sartén sobre un lecho de pimiento rojo, verde y cebolla. Después se giró hacia mí limpiándose las manos con el trapo.

—Terry vino a verme —continuó—. Estaba muy nervioso y alterado. Nunca le había visto igual. Me pidió que le guardara una mochila por un rato. Me dijo que unos tipos le estaban persiguiendo y que querían quitarle lo que era suyo. Al día siguiente vendría a recogerla.

—¿Le dijo lo que era?

Apagó el fuego y dejó que el pescado reposara con el remanente.

—No, no me dijo nada. Solo que era importante y que tenía que irse de Los Ángeles lo antes posible. Ya lo tenía todo arreglado, aunque no me dijo el qué. Entonces se fue a su apartamento en el mismo estado de nerviosismo. Le oí ducharse, y yo me fui a sacar al perro. Volví al cabo de una media hora. Vi la luz encendida de su apartamento, me metí en el mío y me fui a la cama. Cuando me enteré de lo ocurrido, abrí la mochila y vi el dinero. Casi me caigo de espaldas, ¿verdad, Rasputin?

—Déjate de cuentos absurdos. Entró en el apartamento de Terry porque seguramente oyó unos ruidos. Y vio a Terry, tendido en el suelo, con sangre, y se llevó el dinero.

—¿Cómo lo sabe?

—Encontré en el suelo el vómito de Rasputin.

—Está bien, está bien —dijo agitando la mano—. Oí ruidos, de gente discutiendo. Cuando la cosa subió de tono y ya empecé a oír

gritos, pensé en llamar a la policía. Pero cuando ya tenía el teléfono en la mano, oí pasos en el pasillo y se marcharon. Salí rápidamente y me lo encontré muerto.

—¿No llamó a la policía?

—¿Para qué?

Era evidente que cuando Rudolph vio a Terry muerto quiso apropiarse del dinero. Por lo tanto, sabía el contenido de la mochila. Fue una rápida decisión de negocios. Después se fue a su apartamento consciente de que ante la policía debía representar el papel del vecino que saca a pasear al perro sin enterarse de nada. Les habría dicho que ni oyó nada ni apenas conocía al difunto más que del intercambio de saludos rutinarios.

—El dinero no es suyo y me lo voy a llevar para entregarlo a su dueño —dije con seriedad.

Rudolph no se sorprendió que supiera de su existencia.

—¿Se lo va a quedar todo, verdad, granuja?

—¿Dónde está la mochila?

—¡Deme al menos la mitad! ¡Yo le presté dinero a ese desgraciado! ¡Mire dónde vivimos Rasputin y yo! Es un cuchitril. ¡La pensión no da para más! Toda una vida trabajando de cocinero para nada.

El perro, con un ladrido, se sumó a la petición. Los pobres se habían hecho ilusiones.

—¿Dónde está? —insistí.

Señaló la nevera con el dedo. Abrí la puerta. En la última balda antes de los cajones de las frutas y las hortalizas, descansaba una bolsa de plástico anudada. La abrí. El dinero estaba ahí, fresco como una lechuga.

Al girarme atisbé por el rabillo del ojo una mancha negra que se precipitaba hacia mí. Me aparté. La sartén pasó a un milímetro de mi cabeza.

Era comprensible. Tres millones merecen el sacrificio de quedarse sin pescado para el almuerzo. El cuerpo de Rudolph quedó desprotegido. Aproveché para golpearle en las costillas con el puño. El viejo cayó sobre la mesa y luego al suelo junto a los libros el cenicero, la sartén y su dignidad. Rudolph soltó un gemido de dolor. El perro salió disparado a probar el pescado, pero bastó olerlo para rechazarlo de plano.

—*Auf Wiedersehen* —le dije camino a la puerta.

Salí al pasillo pensando dónde iba a guardar el dinero.

La calle Linden era ancha, con robustos árboles de diferentes tamaños sobre las aceras, como escoltando el pavimento. Algunos con hojas

marchitas otros en el esplendor de la vida. Los coches aparcados frente a las casas eran modelos de clase media, prácticos pero lo suficientemente hermosos para despertar la envidia del vecino.

La mayoría de los jardines frente a las fachadas estaban mimados, con un verde abrumador aunque en algunos se apreciaba una fea tierra yerma. La casa de Jessica Goldman era una de ellas.

Me costó encontrarla porque no disponía del número de la casa por ninguna parte. Pasé con la moto varias veces hasta que deduje que se trataba del 11045 después de comprobar el número de las viviendas colindantes. No me detuve enfrente sino que aparqué al final de la manzana, en el cruce con la calle Las Flores.

Después fui caminando por la acera contraria, con las manos en los bolsillos y esperando no llamar demasiado la atención. Jennifer vivía en una casa de dos pisos cuyo porche estaba cubierto por raquíticos árboles y setos descuidados. En el medio del mal llamado jardín había, bajo una carpa, una mesita de plástico rodeada de sillas. A un costado, el Cadillac aparcado bajo un precario techo. Había alguien en casa.

Anduve como unos doscientos metros, crucé la tranquila calle y regresé por la otra acera. Barruntaba las opciones de presentarme sin más y estudiar la reacción de la mujer. Ella me había seguido. Me conocía. Estaría alerta. Oí el sonido de un piano brotando del salón del vecino. La música sonaba vivaz y distinguida. Por desgracia, no disponía de tiempo para el concierto.

Al pasar junto a la reja metálica que no se alzaba ni un metro del suelo, vi a Jennifer a lo lejos, más allá del coche. Estaba de espaldas, pero su melena castaña y alborotada me sirvió para identificarla. Llevaba un niño en brazos mientras recogía la ropa del tendedero con la mano libre y la dejaba caer en un barreño.

Mientras me alejaba me llegó el denso olor de la marihuana, pero no supe distinguir si provenía de la casa o de otra. Seguí caminando. De reojo rebañaba toda la información posible, aunque no pude extraer nada más de utilidad. ¿Una madre realizando labores de seguimiento? Parecía más propio de una comedia de los ochenta que de la vida real.

Llegué a la esquina a salvo de miradas recelosas y comprobé que la moto seguía ahí. Deambulé unos minutos, dejando que el tiempo pasara sin prisa. Miré el tráfico y la escasa gente que circulaba por las aceras. Al otro lado de la calle había una tienda de dónuts y más allá distinguí un centro comercial. Decidí entonces que iba a hablar con ella y sonsacarle la verdad de la manera más diplomática.

¿Por que me seguías? ¿Quién te lo pidió?

Recorrí de nuevo la calle Linden. Ya me había apoderado del barrio. Era mío y caminaba con más decisión. Si alguien me miraba desde el refugio doméstico sin duda me tomaría por uno de ellos.

Justo cuando me quedaban unos diez metros para convertirme oficialmente en una visita a la casa de Jennifer Goldman, vi algo que me hizo cambiar de plan. El Cadillac salía del aparcamiento. Al volante se encontraba uno de los tipos que participó en la paliza. Era el que había esperado dentro de la furgoneta. El bigote moreno y la fría mirada eran inconfundibles.

Todo empezaba a encajar.

El coche se fue alejando por la calle rumbo al sur. Maldije que no me diera tiempo a seguirle con la moto. Entonces me quedé dudando unos instantes sobre cuál sería mi siguiente paso. Presentarme en la casa de repente ya no me parecía una gran idea. Jennifer era un paso intermedio. Tenía que saber por dónde se mueve el tipo y con quién se veía.

Me acordé de *El orgasmo asesino* y de cómo Walcox realiza un seguimiento a un coche fúnebre con un dispositivo colocado en los bajos. Se me encendió la bombilla. Si funcionaba la idea que acababa de tener, me ahorraría un buen número de incomodidades.

En el centro comercial, entré en la tienda de telefonía móvil MetroPCS y compré dos iPhone SE, los más económicos. Para pagar usé el dinero del botín, del cual me había llevado unos billetes para imprevistos. Lo más complicado fue encontrar un rollo de cinta aislante para lo que tuve que recorrer unas cuantas tiendas hasta que llegué a un taller de coches, no muy lejos.

Si conseguía instalar un móvil en el coche del tipo, usando la misma cuenta en ambos dispositivos sabría en todo momento dónde estaría gracias al GPS. Conocía bien el funcionamiento porque Kim y yo usamos este servicio para saber dónde estaba cada uno.

No era un método muy sofisticado, pero cabía la posibilidad de que cumpliera con mis expectativas. Existen otros artilugios más complejos, pero eso implicaba acudir a tiendas especializadas e invertir más tiempo. Necesitaba algo sencillo y que ya supiera manejar.

El único inconveniente era colocar el teléfono en el coche. Después de pensarlo con detenimiento, llegué a la conclusión de que lo mejor era regresar por la noche, saltar la valla y pegarlo fuertemente en los bajos del coche o cerca de la rueda. Sentí una inyección de adrenalina. Estaba más cerca de saber la verdad.

22

A eso de las nueve y media de la noche, cuando me encontraba en la casita viendo la tele, me llegó la notificación al móvil. Lo había configurado para que cuando saliera el Cadillac de la casa me avisara.

Con el fin de que el teléfono chivato cumpliese a la perfección, había cargado la batería al máximo e instalado una tarjeta de datos móviles. Así estaba permanentemente conectado.

Me resguardé del frío nocturno con una cazadora y me subí a la moto. Antes de arrancar instalé el teléfono en un soporte del manillar para que pudiera consultar la pantalla del móvil con comodidad.

El círculo blanco se movía sobre el mapa a pequeños trompicones por la autopista 710 en dirección al norte. Recé para que la cinta adhesiva aguantara los embates del asfalto. Finalmente había colocado el teléfono cerca de la rueda trasera, en el hueco interior con forma curva.

El tráfico en la ciudad era, como siempre, denso, aunque con la moto me beneficié del privilegio de adelantar vehículos con suma facilidad.

Al inicio del Boulevard Baldini, una vez fuera de la autopista, pasé no muy lejos de un coche calcinado a un margen, rodeado de bomberos y policía. El círculo blanco continuaba moviéndose hacia el este, hasta que se detuvo en la esquina con Soto, en un McDonald´s.

No tardé en llegar también al restaurante. La bandera americana junto a la corporativa colgaban aburridas del mismo mástil. Rodeados de un aparcamiento gigantesco, los coches formaban una ordenada hilera para recibir una superinyección calórica en la ventanilla.

Aparqué la moto lejos del resplandor de las farolas y, detrás de un coche, procuré fijarme en las ventanas a una prudente distancia por si acaso me reconocía. Me vi obligado a moverme un par de veces hasta que por fin distinguí la cabeza del matón y la de Jennifer, sentados uno frente al otro. Hablaban y reían con naturalidad. Supuse que al bebé lo habían dejado con la abuela o un canguro. Incluso los criminales necesitan de estos recursos paternos. Estas pesquisas me estaban abriendo a un nuevo mundo de insuperable conocimiento.

Me dio la impresión de que se trataba de una parada en el camino. Al terminar se limpiaron las manos con las servilletas, y se levantaron de la mesa dejando las bandejas sobre la mesa.

Confieso que me entraron ganas de esperarles agazapado entre los coches, de saltar sobre el bigotudo y de devolverle los puñetazos con los que me sacudió mi hermosa cara. Hubiera caído en un error

monumental. Pero disfruté imaginando la escena, con mi furia descargándose, la sangre tiñendo la noche, el ultraje redimido. La venganza causa excelentes trastornos de personalidad.

Salieron del restaurante y se montaron al Cadillac. Temí que por un momento regresaran a casa, aunque solo quedó en un susto. Retomaron Soto dirección norte. Sentado en la moto permití que se alejaran mientras les observaba desplazarse sobre el mapa del teléfono. Reconozco que disfrutaba con mi persecución. Ejercía de sombra y eso encerraba un cierto poder que lo hacía apetecible. Notaba el cuerpo en tensión: me sentía vivo.

Arranqué la moto y me incorporé al tráfico. Torcieron en la 26 hacia el este. Continuaron hasta un nuevo desvío en Santa Fe para luego volver a torcer al este en Olimpic. Al llegar al cruce con Alameda se dirigieron hacia el norte hasta el Distrito de las Artes, un barrio ubicado en el centro de la ciudad, donde las factorías abandonadas proliferan como caracoles después de la lluvia.

El círculo blanco se quedó congelado, por lo que con enorme fastidio me vi en la obligación de reiniciar el teléfono. Cuando volví a recuperar la señal se detuvo en la calle Seaton.

Al cabo de unos diez minutos llegué, aunque aparqué la moto una manzana más arriba. Un par de lámparas alumbraban la calle. Un enorme grafiti ocupaba la fachada entera de una pared de ladrillos. Se trataba de una mujer joven con los ojos bien abiertos.

Justo enfrente, la presencia de un edificio con pinta de fábrica con las paredes pintadas de colores vistosos y letras en mayúsculas formando una especie de palabra indescifrable. Una fila de coches aparcados, entre ellos el Cadillac, me daba a entender que estaban dentro. Del interior del edificio se oía un murmullo de gente y de algunas de la ventanas salía luz de las lámparas.

Me asomé con profunda curiosidad a una de las ventanas enrejadas de la planta baja. Una multitud de especímenes humanos llenaba la estancia con caras maquilladas, trajes a la última, peinados lustrosos, copas en las manos y la juventud como bandera. Las caras expresaban una alegría nada desdeñable.

Era una inmensa planta con columnas de madera aquí y allá, las paredes con los ladrillos al aire y una multitud de lámparas con forma ovalada. Al fondo descubrí una caravana con aspecto de segunda mano, lo que me pareció extravagante. Me pareció reconocer a algunas de las caras. La pareja no se veía por ningún lado. ¿Adónde me habían llevado esos malandrines?

Me desplacé hasta la esquina de la ventana para obtener una nueva visión de la fiesta. Por fin, atisbé al bigotón. Charlaba con un hombre que reconocí en el acto. Era J. F. Taylor.

Ni se te ocurra entrar. Vuelve a la comodidad de la casita.

Estos son unos ejemplos de las ideas que pasaban por mi cabeza en aquella fría noche de otoño. La presencia de J.F. Taylor y su conexión con la pareja me habían sorprendido, pero una vez que esa sensación se alejaba y solo quedaba el frío hecho, todo cobraba sentido.

La conexión con Bob era evidente. No solo en el aspecto íntimo sino también profesional. Ambos habían mantenido una sólida amistad durante muchos años. Pero a todas luces la relación era más significativa de lo que yo siempre había pensado. Intuí que él tenía respuestas y era justo lo que yo ansiaba. Estaba cansado de pasearme por la ciudad de aquí para allá como un monigote. Me habían apuntado con una pistola, golpeado y, lo que es peor, los tres millones no eran míos. Eso me hizo recordar que debía regresar a la casita y volver rápidamente.

De vuelta, después de una media hora más o menos, me acerqué al portal y entré sin complicación. Enseguida me llovieron miradas cargadas de extrañeza, supuse que debido a los moratones y a los puntos de sutura. Mi atuendo doméstico tampoco ayudaba a sacar lo mejor de mí.

Repartí sonrisas que no fueron devueltas, aunque al segundo los invitados se olvidaron de mi presencia y se entregaron de nuevo al alcohol, el baile y las conversaciones superficiales. Debía de estar en una de las célebres fiestas que organizaba Taylor después de un rodaje.

Me acerqué a la mesa donde se ofrecían bandejas de comida y probé un canapé de salmón. No muy lejos se extendía un territorio de copas vacías, cubitos de hielo, fruta troceada, refrescos y botellas de *whisky*, ron y vodka. Le pedí a uno de los camareros un *gin-tonic* y me lo sirvió en un vaso *on the rocks* con una coqueta pajita.

Sin moverme de la mesa de los canapés, me dediqué a buscar con la mirada a J.F. Taylor, sin embargo, parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Chasqueé la lengua, decepcionado. Sin soltar la copa, sorteé a un grupo de rubias de audaces escotes y crucé al otro lado.

De repente me quedé estupefacto. Una de las caras me sonaba, pero no sabía de dónde. Era bajito, negro, con una nariz delgada y una barbilla prominente. Hablaba con efusividad dentro del círculo de personas. Estaba convencido de haberle visto no hacía mucho. La duda me estaba corroyendo por dentro.

Decidí acercarme por detrás con la idea de recoger el sonido de su voz, pero la música al ser demasiado fuerte me lo impidió. ¿Quién es ese tipo?, me preguntaba una y otra vez. Descarté que fuera uno de los participantes de la golpiza.

Terminé mi copa y volví a la mesa, donde el camarero, solícito, me preparó otra en cuestión de segundos. Al tercer sorbo dejé escapar un suspiro de alivio. Por fin la tortura había cesado y los recovecos de la mente me ofrecían la información. Al tipo lo había visto en la fotografía enmarcada en la casa de Terry. Deduje que este se enteró de la entrega del dinero de Bob gracias a su amigo o novio, que se relaciona con Taylor, así que decidió adelantarse y atracarle. Una jugada que le salió como el culo.

La puerta de la caravana se abrió de sopetón. Jennifer y el bigotón salieron con cara seria, sortearon a los invitados y conquistaron la calle con determinación. A través de la ventana observé cómo se introducían en el coche, daban marcha atrás y se alejaban. Me regalé un sorbo de *gin-tonic* y miré hacia la caravana. La puerta abierta invitaba a entrar. Salía luz del interior. Después de todo la caravana quizá no se tratara de un destacado elemento decorativo.

Pensando que no perdía nada por husmear dentro, en dos pasos me planté en la entrada. Aún con la copa en la mano, metí la cabeza. Allí estaba J.F. Taylor de pie, junto a una cocina de gas conectando el móvil a un enchufe de la pared.

A un lado había una mesa con dos asientos de madera decorados con cojines pequeños y blancos. Sobre la mesa había un ordenador portátil cerrado, una carpeta y dos vasos vacíos con hielo aguado, uno de ellos con restos de carmín. La ventana estaba tapada con una cortina también blanca. Olía a lima. Sin duda, gracias al uso de algún ambientador. Las dimensiones de la caravana eran reducidas, aunque cada centímetro estaba bien aprovechado con armarios o estantes independientes.

No se percató de mi presencia. Se mesaba la barba, distraído. Taylor aparentemente estaba absorto en la pantalla del móvil, o pensando en lo que había hablado con el tipo que había salido hacía poco.

—¿Es este tu despacho? —pregunté.

J.F. Taylor soltó un respingo. Lo había asustado. Al girarse, vislumbré en sus ojos un brillo hostil mezclado con el reconocimiento y la sorpresa. Miró los moratones como quien descubre una cucaracha en el suelo de la cocina.

—¡Mark! ¿Qué haces aquí?

Su cara se contrajo en una sonrisa áspera.

—Disfrutando de la fiesta.

—No estás invitado

Dio un paso hacia adelante. Sonreí y negué con la cabeza como dando a entender que pensaba algo sobre él en ese momento, aunque no era así. Su mirada seguía fija en mí, a la expectativa.

Me senté a la mesa y con un gesto le invité a que lo hiciera. Taylor

dibujó una mueca de disgusto, pero acabó sentándose. Le disgustaba que estuviese allí porque eso no entraba en sus planes. La iniciativa ahora corría de mi cuenta.

No fue sencillo acomodar nuestras piernas bajo la mesa y nos acabamos rozando. Estábamos demasiado cerca, pero es imposible pedirle más espacio a una caravana. Taylor llevaba una americana negra sin corbata y una camisa blanca, ambas prendas de primeras marcas.

—¿Qué es lo quieres? —preguntó.

En su voz y en sus gestos delataba que había recuperado la calma.

—Todo el asunto de tu voluntad de comprar los derechos de las películas y la voluntad de ayudar a Anna, a Vera, no era más que un teatro de segunda. A ti ellas te importan un carajo. Tú solo ibas detrás del dinero y me tendiste una trampa para ver si sabía dónde estaba.

—No sé de que estás hablando.

—Tengo el dinero —dije y esperé su reacción.

Taylor se atusó la barba, como dándose un tiempo para valorar su significado. Me dio la impresión de que en ese instante dejó de interpretar un papel para percatarse de que yo sabía de lo que estaba hablando, que le había descubierto y que estaba a su altura. O quizá fueran imaginaciones mías.

—¿Dónde estaba?

—Más cerca de lo que pensabas, pero eso ahora no importa. ¿Lo quieres?

—¿Quién rechazaría tres millones de dólares?

—A ti parece que no te hace falta.

—El dinero siempre necesita amigos. Cuanto más tienes, más quieres, pero no creo que lo entiendas porque siempre fuiste un muerto de hambre. Las personas a las que les quema el dinero en las manos son el veneno de nuestro país, gente que no ansía dejar huella en el mundo. Nosotros tenemos que tirar de vosotros y no es justo. ¿Por qué no os vais a Europa? Allí quieren regalar un salario básico a todo el mundo a cambio de nada.

—Tengo pasaporte americano. A mí no me serviría.

—Cuánto lo siento.

Al fondo de la caravana, el dormitorio. Una mullida cama, la ventana con la cortina corrida y dos lamparitas para quien le apeteciera leer antes de dormir. En realidad las necesidades básicas del género humano son escasas y caben en cualquier sitio, pero para todo lo demás es imprescindible una vivienda de lujo.

—Así que lo tuyo es pura avaricia. Por eso quisiste sacarle el dinero a Bob.

—En cierta manera, sí. Vi un plan sencillo para ejecutar y me lancé como un cazador en un safari. Pan comido.

—Pero no eras el único cazador. Se te adelantaron.

—Es verdad, pero el dinero ha vuelto a mí. Porque de lo contrario no sé qué haces aquí.

—Si quieres el dinero, tendrás que decirme con qué le chantajeabas.

—Vaya, por lo visto lo tienes todo planeado. Para ser un actor porno no lo has hecho tan mal.

—Me importa una mierda tu condescendencia.

—Cuidado con tus palabras, Mark. No permito que nadie me hable así. Estás en mi terreno.

—¿Quieres el dinero o no? Porque soy capaz de darme un paseo hasta la comisaría más cercana y contarles un bonito cuento.

—No te creo, pero lo voy a pasar por alto. Antes de decirte nada quiero ver el dinero.

—Lo he traído conmigo. Está en mi moto.

Taylor pareció sorprendido. Había hecho bien en ir a buscarlo a la casita. De lo contrario, no se hubiera creído que obraba en mi poder.

—El escondite perfecto. Tráelo y hablaremos.

—Ven conmigo —dije, evitando que se quedara solo y me armara alguna encerrona a mis espaldas.

Ambos salimos de la caravana, llegamos a la puerta evitando a los invitados y salimos a la calle. El frío no se había marchado, seguía ahí helando la ciudad como un congelador.

Abrí una de las alforjas de la moto y le enseñé la bolsa con el tesoro. A pesar de que la luz escaseaba, aprecié en toda su plenitud el gesto de maravilla que se dibujó en su cara. Sin duda, sentirlo tan cerca de las yemas de sus dedos le excitaba.

—Dime una cosa, ¿por qué seguiste con la trampa cuando acudí a por los cinco mil? Deberías haber supuesto que no lo tenía, de lo contrario, lo hubiera usado para pagar a Simon.

—Sí, es cierto, lo pensé. Pero también lo podías haber guardado en un sitio alejado y no querías despertar sospechas. Tenía que estar seguro al cien por cien. ¿Satisfecho con la explicación?

Asentí con la cabeza.

—Volvamos a mi despacho —dijo, sin quitar la vista del dinero.

Al regresar, noté cómo el alcohol de los *gin-tonic* tiraba de mí. Demasiados en tan escaso tiempo. Después de que él entrara en la caravana, pasé yo y cerré la puerta con fuerza. Se sentó a la mesa, abrió el ordenador y tecleó.

—Solo quieres saber qué es lo que quería ocultar Bob…

Asentí. Giró el ordenador para que observara la pantalla en negro.

—Como al terminar no me des el dinero, juro que te mataré, Mark. Aquí mismo.

Volví a asentir. Llevaba esperando demasiado ese momento para

que una amenaza de muerte me indignara.

—Espero que estés preparado para el *show*.

Apretó un botón del teclado.

23

Cuando salí a la calle sentí que me ahogaba, que el aire frío de la noche me quemaba los pulmones. No había nadie a mi alrededor, solo el maldito ruido de la fiesta a mi espalda. Las aceras, los coches, el pavimento y los viejos edificios parecían irreales.

Taylor se había quedado en la caravana contando el sucio dinero. Yo estaba a solas con la agonía de saber la verdad y poco a poco me desangraba por dentro. Deambulé como un loco, murmurando, sin saber qué hacer a continuación.

Mi mente seguía en la caravana, en las imágenes que había presenciado y que permanecerían para siempre en mí, torturándome. ¿Cómo había podido ser tan ciego?, me repetía una y otra vez.

Subí a la moto como un autómata y puse el motor en marcha. El petardeo del motor acompañó mis pensamientos mientras me quedaba inmóvil de repente, como si olvidara de repente cómo continuar. Oí risas estruendosas que me parecieron repugnantes. ¿Cómo podía vivir la gente sabiendo de lo que era capaz la raza humana? Supongo que es más cómodo vivir en la ignorancia. Es lo que pretendemos todos, transitar hacia la muerte sin que nada nos salpique.

Me desplacé lentamente hacia atrás con la moto para incorporarme al sentido de la calle. Luego puse primera y aceleré. No sabía qué hora era, pero no me importaba. Necesitaba más respuestas y me resultaba inconcebible esperar hasta mañana. Además, tenía la sensación de que jamás podría volver a dormir con tranquilidad. Me iba a convertir en un ave nocturna que graznaría a todas horas. Aceleré para dejar atrás cuanto antes una parte de mí que estaba podrida.

Me salté un semáforo en rojo en un cruce. Oí frenazos bruscos e indignados pitidos. Me fijé en el velocímetro. Aceleré aún más. La Sportster vibraba a toda potencia. Adelantaba a los coches con una facilidad pasmosa y no me importaba pisar el carril contrario.

No me hubiese importado conducir hasta el mismísimo infierno si hubiera hecho falta. Quería desintegrarme en la noche y para eso necesitaba más velocidad. La aguja seguía deslizándose, envenenada, hundida en lo más profundo de la locura. Volví a saltarme otro semáforo en rojo. Otra vez los frenazos y los pitidos. Las luces de neón parecían las de una pista de despegue. ¿Iba a volar sobre la ciudad? Me pareció una idea ocurrente.

No sé de dónde vino pero el morro de un coche apareció de repente con la intención de morderme. El corazón dio una voltereta con doble tirabuzón. En un suspiro moví el cuerpo hacia un lado y

luego hacia el otro. Desequilibrado, me vi en la calzada, besando el pavimento, rodando y con huesos rotos. Por suerte no fue así. Para mi sorpresa logré enderezarme y proseguir mi transitoria enajenación.

Al cabo de unos pocos segundos decidí bajar la velocidad. Basta de comportarme como un idiota. Aparqué cerca de la cera y me dediqué a buscar la respiración normal de un individuo de la calle. Me costó unos minutos lograrlo, pero cuando lo hice fue como si me acabara despertar de una pesadilla. Aún la furia corría por mis venas pero no iba a matarme por ello.

Anna.

Iba a su casa a despertarla si estaba dormida, a arrancarla de la ducha, a interrumpirle la cena o a apagar el televisor. Sea lo que estuviere haciendo en esos momentos estaba a punto de dejarlo. Tenía que hablar con ella. Necesitaba explicaciones. Iba a hablarme de ese cabrón de Bob y de por qué no me había advertido de nada. Me había ocultado el secreto sabiendo que lo consideraba mi amigo.

Oí el estruendo de una carcajada. Era Bob que se burlaba de mí desde la tumba. Su risa era un escalofrío que se extendía por Los Ángeles y que llevaba el sello de las tinieblas.

Me había traicionado todo este tiempo. Su amistad era la del monstruo que abusa de su hija pequeña y lo graba para su deleite. Y yo como un idiota buscando a su asesino para rendirle cuentas. Sentí una profunda tristeza por Vera y ahora comprendía su carácter huidizo. Bob la había destruido. Él, que debía cuidarla del mundo, la había empujado hacia el abismo. Eso era más deleznable.

Bob, ¿cómo pudiste llevar a cabo semejante horror?, ¿cómo pudiste engañarnos?, ¿cuántas vidas más has arruinado? Ahora entendía por qué de verdad Bob se oponía a la relación con Roman. La quería solo para él.

En el vídeo hay algo que aún me persigue. La mirada de Bob. Esa mirada con filo que entra a matar, donde realmente aflora su verdadera personalidad. La mirada que apabulla y exige, la mirada del amo sobre su víctima. Ese brillo que Vera no olvidará jamás y que asomará en sus pesadillas.

Subí por Mullholand Drive hasta que por fin llegué a la casa de Anna. Apagué el motor y me quedé sentado envuelto en el silencio de la noche, observando la casa desde una nueva perspectiva. Su grandeza, su lujo, su pomposidad se revelaban como un absoluto fraude. Lo más sórdido y perverso del ser humano se había criado allí.

Todo lo que había ocurrido en la caravana seguía taladrándome la cabeza.

«—¿Cómo conseguiste el vídeo? —le pregunté a Taylor, una vez que había terminado de verlo.

Él se levantó de la mesa y a fue a revisar su móvil.

—Me lo dio Anna —respondió de espaldas, luego se volvió hacia mí—. Hace unas semanas. Me dijo que lo había descubierto por casualidad, en el despacho de Bob, mientras le esperaba para comer. Miró en su ordenador porque quería consultar no sé qué cosa en internet. Se quedó espantada, pero tuvo el arrojo para grabarlo con su móvil. Me llamó y me lo contó todo.

—Y decidisteis chantajearlo.

Taylor miró su móvil. Parecía estar aburrido. Me dio la impresión de que era como un niño que cuando había logrado lo que anhelaba con ansia, necesitaba un nuevo objeto de deseo.

—No, la verdad es que Anna no tuvo nada que ver con el chantaje. Fue idea mía lo de sacar partido. Bob me había hecho algunas jugarretas, nada dramático, pero vi la oportunidad de sacar tajada. Soy un hombre de negocios y ya el daño estaba hecho.

—Enhorabuena, eres un auténtico hijo de puta.

Taylor se encogió de hombros. Se agachó para apartar el visillo de la ventanita y echar una ojeada a la fiesta. Me quedaba poco tiempo antes de que me echara.

—Tú tampoco eres mejor que yo, tirándote a la viuda de tu mejor amigo.

—Veo que estás bien informado —dije con admiración—. Has progresado mucho en solo cinco años.

—Soy mucho más que un productor de cine porno. Es más, el porno como tal nunca me interesó, digamos que fue la entrada a todo lo que he conseguido: un mundo de contactos, y eso es poder.

Me puse de pie. Necesitaba aire fresco con urgencia, pero aún me rondaba por la cabeza una pregunta.

—¿Por qué te enseñó Anna el vídeo?

Taylor asintió con la cabeza lentamente mientras fruncía los labios, en actitud pensativa. Se apoyó sobre la cocina de gas y se metió la mano en los bolsillos.

—Eso es algo que deberías preguntarle a ella.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—No te debo nada, Mark. Te enseñé el vídeo y nada más. Ese era el trato y ahora tengo otros asuntos que atender. Te daré algo y luego espero que te vayas de una vez.

—¿Y aquella discusión en la casa, después del entierro?

—Ella sabía que no había cumplido lo que le prometí y ,claro, se cabreó al verme ahí.

De uno de los pequeños armarios de madera situados encima del grifo, sacó una bolsa de tela de cuadros verdes y blancos. Al parecer, era como el rincón de bebidas. Allí había una botella de *whisky* y vasos vacíos. Taylor metió en la bolsa y sacó la Mauser.

—Esto es tuyo. Cuídalo, es de coleccionista —me tendió la pistola.

Pese a mi alegría por recuperarla, no me entraron ganas de sonreír. Sin decir nada, me la guardé a la espalda. Supuse que no estaría cargada.

—Te pidió que lo mataras —le espeté—, por eso te enseñó el vídeo. No veo otro motivo para airear algo tan personal.

Taylor ni siquiera pestañeó.

—No tengo nada que decir.

—¿No tienes nada que decirme? ¿Ahora eres un hombre digno de repente? ¿A quién pretendes engañar?

Lo miré de arriba a abajo con repugnancia, subrayando lo que pensaba de él.

—Vete, Mark, antes de que te haga daño. No tengo nada contra ti.

—¿Tú me vas a pegar?

—Ya no necesito ensuciarme las manos, tengo gente que lo hace por mí».

Se me ocurrió decirle que pensaba acudir a la policía, aunque no era verdad. Sabía que Taylor era de esos hombres que siempre disponen de un plan B para salirse con la suya.

Me bajé de la moto. Se oyeron las pisadas sobre el camino de piedra. En la cabeza tenía un lío tremendo. Me sentía furioso con Anna aunque al mismo tiempo me parecía estúpido. No acababa de discernir mi punto moral y ese dilema me devoraba por dentro.

Llamé al timbre. Nadie respondió.

Di unos pasos atrás con el fin de obtener una mejor visión de la ventana de los dormitorios. No se encendió ninguna luz. Volví a insistir, pero esta vez con los nudillos. Se me ocurrió la idea de entrar por el jardín. Y justo cuando iba a dar un paso hacia allí, una luz se encendió en el recibidor. Respiré hondo. Sin darme cuenta mis manos se habían convertido en puños.

La puerta se abrió y apareció la cara temerosa de Elsa. No llevaba el uniforme, sino una ropa informal que consistía en un jersey grueso de lana y unos vaqueros. Seguramente venía de su habitación. Di un paso adelante, pero la asistenta no se movió.

—La señora no está —dijo con su voz atiplada y medio cuerpo tras la puerta.

—¿Dónde está?

—En la comisaría. Vino el abogado y se fue con él hace muchas horas.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé, no me lo dijo. Oí que se despidió de su hija y luego la vi irse. Se subieron en el coche y se fueron.

—¿En qué comisaría está?

—Le he dicho que no sé nada. No soy una cotilla.

—¿Está Vera en casa?

—No, está con Roman.

Dejé que la asistenta regresara a su vida en paz y yo me subí a la moto con el corazón desbocado. Cada latido parecía resonar en toda la ciudad.

Se me ocurrió llamar a Newson, pero desconocía el teléfono. Las ideas se apelotonaban en la cabeza. Supuse que estaría en la comisaría de Hollywood, donde trabajaban Hayes y Keating.

¿Para qué había ido? Arranqué la moto, puse primera, segunda, y tercera y bajé por Mullholand Drive.

Aparqué sobre la acera y dirigí mis pasos hacia la entrada de la comisaría. En el mostrador no había nadie. Me acerqué a un policía sentado en un escritorio y le pregunté si alguien me atendería. El policía respondió que debía esperar al compañero, que volvería enseguida. En las demás mesas no había nadie más. Resignado, me apoyé sobre el mostrador y esperé tamborileando.

De vez en cuando me daba un pequeño paseo por si veía a Anna a través de una ventana, pero sin éxito. Había una puerta cerrada, cerca de una fila de asientos, dos de ellos ocupados por una pareja de mediana edad con una tremenda cara de hastío. A un par de metros, una máquina expendedora de refrescos y bocadillos mortecinos. Un corcho colgaba de la pared con diferentes anuncios, pero estaba demasiado inquieto para concentrarme en la lectura. ¿Estaría contando a la policía los abusos de Bob? ¿Se lo guardaría?

En cuanto vi que el mostrador se ocupaba de nuevo, me acerqué al policía vestido de uniforme. Era un hombre desgarbado, con profundas entradas y tez morena. Se dejó caer sobre la silla mientras miraba el reloj de su muñeca. Estaría contando las horas para finalizar su turno.

—Buenas noches. Estoy buscando a Anna Walsh. La acaban de traer.

El policía tecleó el ordenador.

—La están interrogando.

—¿Por qué está aquí?

—¿Es usted familiar?

—Soy un amigo.

—No le puedo decir nada —dijo con tono rutinario.

Regresé a formar parte del rebaño de los que aguardan, junto a la pareja mayor, que seguía instalada en el mutismo. Me inquietaba que no supiera nada de lo que sucedía. Dudaba de cuál sería mi siguiente paso. A pesar de qué Anna disponía de un buen motivo, a pesar de todas mis sospechas, aún me costaba creer de verdad que ella hubiera

apretado el gatillo.

La puerta se abrió y apareció el peinado engominado de Hayes. Llevaba sobre la mano unas cuantas monedas que iba contando con minuciosidad. Eso delataba que su próximo destino era la máquina expendedora. Me acerqué a él.

Hayes me miró sin sorprenderse de mi presencia, y siguió su trayectoria hasta colocarse frente al amplio surtido de bocadillos y bebidas.

—¿Por qué está Anna aquí? —le pregunté a bocajarro.

Hayes metió las monedas.

—Vaya, si es el Sr. Cannon —respondió con ironía.

Pulsó el teclado y una botella de agua con gas cayó en el depósito. Hayes se inclinó con tanta elegancia que no se formaron arrugas en su costoso traje.

—¿Qué ha ocurrido? —insistí.

—Yo que usted me marchaba a la casita esa de la piscina. Todo ha terminado. La viuda acaba de firmar la confesión. Siga con su vida, Sr. Cannon.

Hayes no dio a pie al diálogo, enseguida desapareció por la puerta con la botella sin abrir. No sé por qué, pero supuse que era para Anna.

Me senté, abrumado por los pensamientos. Sentí una extraña mezcla de satisfacción por confirmar mis sospechas y una profunda tristeza. Anna debía ser condenada, pero al mismo tiempo era inevitable sentir una honda compasión por ella. Se pudriría en la cárcel por matar al hombre que destruyó la vida de su hija. ¿Es eso justicia?

Me imaginé a Anna apuntando al pecho de Bob, la expresión de terror en la cara de él, el instante en que se percata de que va a pagar por sus pecados, el horror en sus ojos, la bala que le atraviesa el pecho y la sangre que mana. Y esa escena torturando la cabeza de Anna una y otra vez.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el hombre.

La mujer también me miraba. Sin darme cuenta, me había inclinado con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Les respondí que sí. Me levanté y, sin pensar lo que hacía, abrí con determinación la puerta por donde había desaparecido Hayes. Tenía unas irrefrenables ganas de hablar con Anna.

Ante mí se extendía un estrecho pasillo que se bifurcaba. A ambos lados había oficinas vacías. Anduve siguiendo un murmullo de voces. Al llegar hasta la pared miré hacia a ambos sentidos. En un lado, puertas cerradas. En otro, una estancia llena de escritorios con personas con ropa de calle. La comisaría se asemejaba a un reino de funcionarios.

Me quedé de pie procurando no llamar la atención. Al fondo

descubrí más puertas, algunas abiertas, otras cerradas. Había un gran televisor apagado sobre una mesa y armarios metálicos pegados a la pared.

Hayes y Keating aparecieron a lo lejos y con caras distendidas, intercambiando impresiones. Newson salió de una puerta con cara inexpresiva, sosteniendo su maletín con las dos manos. Vestía con un grueso jersey de lana y corbata. Me vio pero no dijo nada. Detrás de un policía uniformado apareció Anna, vestida con un jersey negro de cuello alto, el pelo rubio recogido en un moño, y las manos a la espalda, esposada.

—¡Anna! —exclamé.

Todas las caras se giraron hacia mí. Los policías gruñeron al ver cómo me acercaba. Se colocaron entre ella y yo formando una suerte de pequeña barrera humana, aunque Keating ya había salido en mi busca con las manos alzadas para impedirme el paso. Me dijo algo, pero no le escuché.

Anna se fijó en mí, quería decirle que lo sabía todo, que podía contar conmigo para lo que quisiera, en fin, toda esa serie de obviedades. Ella me miró un instante, dudó pero bajó la cabeza enseguida, avergonzada. Con el aliento de Keating sobre mi cara, la vi alejarse entre los policías que la custodiaban.

Newson me tomó del brazo y con gesto consternado me conminó a que lo acompañara. Keating, al comprobar que no iba formar ningún lío, volvió con Hayes. Me resistí hasta que vi a Anna perderse tras una puerta. Sentí una corriente fría recorriendo la espina dorsal. Me mantuve en silencio al llegar al pasillo, cruzar la puerta y salir a la calle. El abogado se llevó la mano a un bolsillo interior de su americana, sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció uno. Negué con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

La comisaría estaba a nuestras espaldas. Después de encenderse el cigarrillo, expulsó una buena nube de nicotina por la nariz y miró hacia las casas que teníamos enfrente con un gesto que denotaba también cierta perplejidad y extrañeza.

—Me llamó por la tarde para decirme que quería confesar. Tan sencillo y complejo como eso.

—¿Ella ha confesado voluntariamente? —pregunté, sorprendido.

Dustin asintió. Luego dio otra calada, tiró el cigarrillo sin acabar al suelo y lo pisó mientras me respondía.

—Sí, le dije que era mejor que primero lo habláramos con tranquilidad, pero no quiso atender a razones. Estaba decidida a hacerlo y no le importaban las consecuencias. Ahora nos espera lo más duro.

—¿Dijo el motivo?

—Quería divorciarse y Bob no estaba dispuesto a permitirlo. No sé, me parece tan extraño… ¿Tú sabías algo de eso?

—No, nada —Entendí que Anna no deseaba exponer el sufrimiento de su hija ante los ojos de los demás. Quería protegerla a toda costa—. ¿Qué pasará ahora con ella?

—Esta noche se quedará en la comisaría y mañana la enviarán a la prisión estatal a la espera de la vista preliminar.

—¿Cuánto tiempo le caerá?

—Unos veinte años si se porta bien.

¿Veinte años por culpa de ese desgraciado?, pensé.

—¿Cuándo podré hablar con ella?

—Los días de visitas son los domingos, así que te pondré en la lista si ella quiere, claro.

—¿Y qué va a pasar con Vera?

—Anna me ha pedido que mañana la lleve a casa de su hermana en Bakersfield, si no recuerdo mal. Se quedará con la familia hasta que se vaya a la universidad. Pobre chica, la que le espera. Estará destrozada. Primero pierde a su padre y luego se entera de que su madre, bueno, ya sabes…

—Yo la llevaré a casa de su hermana. No tengo nada que hacer y quiero ayudar.

—Como quieras, la verdad es que me haces un favor. No sabía a quién acudir, estoy hasta arriba de trabajo.

Nos dimos un apretón de manos y Newson se dirigió al aparcamiento. Pensé en pasarme por casa de Anna para hablar con su hija, a ver cómo estaba, pero recordé que estaba con Roman. Mañana dispondría de más tiempo.

Me subí a la moto, la arranqué con la intención de regresar a casa de Sarah. Aún me sentía aturdido y confuso. Los remordimientos de Anna la habían devorado hasta el límite de no aguantarlos más. Me preguntaba si mi investigación casera la había empujado a tomar esa decisión.

De repente, se me ocurrió una idea alocada. Me dirigí al aparcamiento y localicé el coche de Newson. No fue difícil porque era el único que tenía las luces encendidas. Me coloqué a su lado. Al percatarse de mi presencia, Newson, bajó la ventanilla.

—¿Te apetece ir de fiesta? —le pregunté.

El abogado parpadeó, desconcertado.

Newson aparcó frente al grafiti y yo encima de la acera. Como era de esperar, la música, el bullicio y el alcohol seguían marcando el ritmo de la noche en la fiesta de Taylor.

Minutos antes, en el aparcamiento de la comisaría, le había explicado al abogado por qué lo necesitaba. Quería recuperar los tres millones de dólares. Para ello, no tuve más remedio que resumirle toda la historia, incluido los abusos de Bob, de los que Newson no sabía nada. Ahora entiendo porque ella hizo lo que hizo, dijo cuando terminé la explicación. Se mostró dispuesto a ayudar. Anna no era solo su cliente, sino una fiel amiga.

Entramos de nuevo en la fiesta, nos mezclamos con los invitados, que me parecieron más numerosos, y evitamos las bandejas con comida y bebida. Newson miraba con cierto estupor, como si estuviera escandalizado. La gente bebía y se desenfrenaba al ritmo de vertiginosas canciones.

No veía a Taylor por ninguna parte. De vez en cuando me giraba para comprobar que el abogado seguía detrás de mí. Con su traje, corbata y maletín de piel resaltaba entre la multitud.

Por fin, en lo alto de una tarima, encontramos al canalla. Bailaba con un excelente ritmo, torso desnudo, acompañado de hombres y mujeres que reían con una copa en la mano. La viva imagen de los cuerpos superando las adversidades, pulverizando la apatía y regándose en el presente. Me entraron ganas de unirme al coro. Necesitaba una válvula de escape. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Me contuve.

No sin dificultad, llegué a Taylor y le puse una mano en la pantorrilla para advertirle de mi presencia. Nada más verme, hizo un gesto de fastidio. Con la cabeza se negó a hablar conmigo. Le hice una seña para que bajase la cabeza, algo que hizo con desgana.

—¡Tengo novedades! —le grité al oído—. ¡Es muy importante que hablemos! ¡Anna ha confesado el crimen y está en la cárcel!

La última frase surtió el efecto esperado. Taylor se quedó petrificado. Se bajó de la tarima y se alejó a toda prisa sin decirme nada, aunque supuse que se dirigía a la caravana-despacho. Newson y yo le seguimos.

Cuando llegamos, Taylor ya se estaba secando el sudor del pecho con una toalla mientras abría la nevera para coger una botella de agua. El abogado y yo nos quedamos de pie. No me esperé que me ofreciera tomar algo y supuse que a Newson tampoco.

—Así que ella lo mató, ¿eh? Lo tenía claro desde el principio. Joder, sabía que era dura, pero no tanto. ¿Quién es tu amigo?

—El abogado de Anna. Venimos a que le entregues los tres millones. Son suyos. El dinero le pertenece.

Taylor se apoyó en la encimera. La toalla le colgaba del cuello.

—No estoy para bromas estúpidas. ¿Algo más?

—Escúchame, rata asquerosa —di un paso hacia él—. En la confesión, Anna no ha contado nada de ti para que no se hagan

públicos los abusos de Vera, pero si no entregas el dinero, lo hará. El daño a Vera ya está hecho y necesitan el dinero. Ella piensa que lo que llevaba Bob aquella noche en que lo mataron no era más que cien mil dólares. Solo con la verdad, toda la mierda te salpicará. Tu reputación quedará por los suelos. ¿O es que eres tan tonto que no lo ves?

Taylor bebió un sorbo de agua, pero a todas luces estaba pensando a mil por hora.

—Si no lo hace, prepárese para una buena defensa —dijo Newson —, el fiscal se frotará las manos si puede relacionar porno y criminalidad. La prensa le dará mucha cancha. Ah, y aquí tiene la confesión de Anna, por si acaso duda de nuestra palabra.

Abrió el maletín y le entregó el documento. Taylor lo leyó con detenimiento. Al final, venían las firmas de ella, Newson y los policías a cargo de la investigación: Hayes y Keating.

24

A eso de las doce del día siguiente, llegué a casa de Anna, le pedí las llaves del coche a Elsa y la dirección de Roman. Llamó por teléfono a Vera para conseguirla, la anotó en un papel y me la entregó.

Antes de irme, me preguntó qué había sucedido con Anna. Estaba algo despeinada y con unas grandes ojeras. Le puse al día en dos o tres frases, sin entrar en detalles. Se llevó la mano a la boca, sorprendida. Me despedí de ella y me subí al coche.

Roman vivía en Santa Ana, lo que se traducía en una hora larga de camino. Pensé en Vera y en lo que iba a decirle nada más verla, pero me acordé del vídeo y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Cómo aliviar el desamparo con que los adultos la habían recibido al mundo? Me pareció casi milagroso que encontrara alguien como Roman para volver a creer en los hombres. Después de todo, quizá podría rehacer su vida. Llega un momento en que el instinto de supervivencia es capaz de manipular al cerebro para asumir cualquier desastre.

Me acordé también de Anna. Supuse que a esa hora ella estaría conteniendo el aliento, comprimida en un habitáculo de dos palmos, lamentándose de su desgracia, pensando constantemente en su hija. Aún quedaban unos días para visitarla en la cárcel. Anna, la mujer, la actriz porno, la amiga, la amante, convertida en una presa ordinaria.

No existen fronteras entre la gente civilizada y el crimen, todos flotamos en la misma sopa. Es cuestión de odio y oportunidad.

La casa donde vivía Roman estaba rodeada de una vieja cerca que albergaba un césped descuidado, con arbolitos resecos sufriendo una severa dieta de agua. La puerta del garaje permanecía abierta mostrando dos coches aparcados frente a largas estanterías con herramientas y cachivaches de toda clase. El tejado mostraba un color castaño a juego con la fachada que era salmón.

Creí ver a Vera en el garaje. Aparqué y me acerqué cruzando el jardín. Por el extremo opuesto de la casa se asomaban las copas de dos frondosos árboles. Los coches circulaban en ambos sentidos por el oeste.

Al percatarse de mi presencia Vera levantó la mano a modo de saludo; yo sonreí. Roman me miró sin más. El primo, con su gorra del revés, pasaba un trapo a uno de los dos coches, al Toyota. El otro era de color rojo, un coche más viejo, un Corolla. No vi a su novia por ninguna parte. Observé una pulidora, una manguera, cinta aislante y un taburete, que se encontraba encima de un estropeado mueble de cajones. No reparó en mí. Me partió el corazón.

Se sucedieron las presentaciones. Los padres de Roman eran jóvenes, hijos de inmigrantes, y con una sonrisa franca y recurrente. La madre llevaba un vestido blanco y una rebeca, mientras que el padre vestía con un mono de trabajo. Me dijeron que se encargaban de colocar mármoles en casas particulares.

Vera no sonreía, aunque parecía cómoda entre ellos, siempre cerca de Roman. Me daba la sensación de que ella se hubiese quedado encantada a vivir con ellos.

—Mark, ¿te importa si os acompaño? Me gustaría estar con ella hasta el final. No podré visitarla hasta la semana que viene —dijo Roman como si en realidad fueran a transcurrir mil años.

—En absoluto —respondí, mirando a Vera por si objetaba algo, pero esbozó una lánguida sonrisa.

—Por favor, conduzca con cuidado y vaya con Dios —dijo el padre.

Nos despedimos estrechándonos la mano. Entre Roman y yo llevamos las maletas al coche. Vera se subió la primera. Mientras su novio se despedía de sus padres y el locuaz primo, aproveché el momento a solas con ella.

—¿Cómo estás? —le pregunté sentado frente al volante pero girado hacia ella.

Vera se encogió de hombros. Llevaba el pelo suelto, una blusa holgada de flores y una falda hasta las rodillas.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea. Déjame tu móvil te guardaré mi número.

Ella sacó el móvil de su bolso, lo desbloqueó y seleccionó la agenda. Yo se lo tecleé y ella lo guardó.

—Si necesitas hablar con alguien, llámame a cualquier hora. ¿Lo harás?

Le tendí la mano y ella la estrechó. Estaba fría.

—Vale —murmuró, acariciando su antebrazo.

—Si tu tía está ocupada, yo te llevaré a ver a tu madre en cuanto se pueda. Y si hay que hacerlo todas las semanas, cuenta conmigo —le sonreí.

—Gracias, Mark.

Roman abrió la puerta y se sentó junto a Vera, arrimándose junto a ella para que reposara la cabeza con delicadeza en su hombro. Arranqué el coche. Por el retrovisor vi una lágrima deslizarse por la mejilla de Vera.

Llegamos a Bakersfield. Mientras esperaba a que Roman terminara de despedirse de Vera bajo la atenta mirada de su tía, yo estaba sentado

en el coche mirándolos desde la distancia. Teníamos por delante dos horas y quería regresar a Los Ángeles para ver a Josh.

La imagen era tierna, una pareja de enamorados despidiéndose con cierta agonía, contando las horas, los minutos y los segundos del reencuentro.

El fogonazo de una idea nubló mi mente por una décima de segundo.

No sé por qué, simplemente se cristalizó de una manera abrupta, como si siempre hubiera estado ahí y de repente decide cobrar vida. No, no puede ser, me dije.

Descolgué el teléfono que había colocado mediante un imán sobre la rejilla del salpicadero para fijarme en la ruta a la casa de la hermana de Anna. Consulté mi correo electrónico notando una efervescencia incómoda por todo el pecho. Fui pasando días hasta que encontré lo que buscaba. El correo de Vera con el enlace al vídeo de Roman. Pulsé el enlace, me llevó a la página y apreté el reproductor a pantalla completa.

El estómago se me revolvió cuando me topé con la cara de Bob. Me entraron ganas de apagar el teléfono. Roman hablaba a la cámara con desparpajo. Joven, atractivo, seduciendo a su público. Adelanté la grabación hasta llegar al instante adecuado, aquel que lo cambiaría todo.

Alcé la vista. En la casa, Roman y Vera aún seguían disfrutando de la larga despedida. Volví a la pantalla: Las imágenes del vídeo mostraban la espléndida mansión de Bob y Vera como telón de fondo.

El primo de Roman. El coche.

Detuve la grabación. Cada latido del corazón sonaba como un estruendo implacable. El locuaz primo estaba apoyado sobre un coche oscuro. El Corolla. El mismo que había visto recién pulido en el garaje de su casa, solo que ahora con un color diferente, rojo. ¿Era una casualidad que se hubiera decidido a pintarlo? ¿Habrían repuesto la luz rota? La cantidad de herramientas que poblaban el garaje daba a entender que eran unas tareas asequibles para él.

No tenía tiempo que perder. Llamé a Maggie. Busqué el número en internet, en la página de la cafetería.

—Hola, le atiende Kate —pensé que debía ser la chica rechoncha con gafas.

—¿Está Maggie? Necesito hablar con urgencia con ella.

—Un momento.

Los nervios me atenazaban. Salí del coche. Roman caminaba con tranquilidad hacia el coche con expresión meditabunda. Vera y su tía debían de estar ya dentro de la casa. Me aparté hasta la acera de enfrente para hablar con discreción. Oí un murmullo al otro lado del teléfono.

—¿Diga?

—Maggie, soy Mark. Estuve hace unos días en la cafetería con mi hijo.

—¡Ah, sí! ¿Qué ocurre? ¿Todo bien?

—¿El coche que viste cuando mataron a Bob era un Corolla?

—¡Buff! Ni idea. Ya te dije que no entiendo nada de coches. Tengo el mismo desde hace veinte años y todavía…

—¿Puedes conectarte a internet? —interrumpí—. Es muy importante.

—Sí, espera que vaya a mi despacho y encienda el ordenador.

Oí a mi espalda cómo Roman abría la puerta del copiloto. Al girarme, le vi sentado y mirándome, expectante. Le hice un gesto con la mano para que tuviera paciencia. Me alejé unos cuantos pasos más, paranoico, quizá demasiados.

—¿Maggie?

—Sí, sí… Ya estoy delante del ordenador.

—Teclea Corolla en el buscador y busca imágenes del coche.

—Ah, vale, ya sé lo que pretendes…

Encontrar el momento adecuado para preguntar a Roman si había matado a Bob no resultó sencillo.

Primero pensé en dejarlo caer sin más, pero luego se me ocurrió que aprovecharía un semáforo en rojo para escapar del coche. Y quería enfrentarme a su reacción, analizar sus palabras y sus gestos. Debía estar cara a cara.

Entonces se me ocurrió la maravillosa idea de detenernos en Mettler, a medio camino de Los Ángeles, para comer una hamburguesa, pese que aún no tenía hambre y quedaba como una hora para que se le pudiese llamar cena. Roman no se opuso.

Hasta llegar a Mettler conversamos sobre sus vídeos, su familia y Vera. Me mostré interesado en él y eso le hizo sentirse confiado.

Cuando llegamos a la hamburguesería me bastó un vistazo al restaurante para darme cuenta de mi error. Las mesas estaban demasiado cerca unas de otras y eso dificultaba una conversación íntima.

Comimos con ganas, pagué la cuenta y nos subimos al coche. Era absurdo prolongarlo más. Al llegar a Los Ángeles lo dejaría en su casa y perdería la oportunidad. Antes de arrancar, me giré hacia él en silencio. Roman me miró, desconcertado.

—¿Ocurre algo? —me preguntó.

—Tu primo tiene un Corolla azul con la luz trasera rota que fue visto cuando mataron a Bob. Lo habéis arreglado y pintado. Lo he

visto en el garaje de tu casa.

Roman se movió, inquieto. Su cara se volvió blanca.

—¿Qué estás diciendo?

—Vera te dijo lo de los abusos de su padre y tú, rabioso, no pudiste reprimirte. Ese cretino había destrozado a la mujer que amas. No pudiste aguantarte. Mientras tu primo se quedaba en el coche, tú subiste a su despacho y lo mataste.

El chico balbuceó.

—Yo… Te lo estás inventando todo.

—¿Vas a tener la caradura de decirme que estoy mintiendo? —dije mirándole fijamente.

—Estás loco, tío. Me largo de aquí.

Hizo el gesto de abrir la puerta.

—Si te marchas, llamaré a la policía. ¿Cuánto tiempo crees que les llevará descubrir que el coche está recién pintado? ¿Cuánto tiempo les costará comprobar vuestras coartadas? ¿En cuánto tiempo crees que tu primo y tú pisaréis la cárcel? Puedes apostar a que será a la velocidad de la luz.

Lentamente se apartó del tirador. Se mantuvo quieto, en silencio, como si su mente estuviera lejos de allí. Luego bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos un momento antes de romper a llorar como un niño.

Aparté la vista, respetando su intimidad, dejando que se desahogara. Pensé que se trataban de lágrimas de cocodrilo, aunque no estaba convencido. No quería juzgar. Solo saber la verdad. Roman, poco a poco se fue calmando, la respiración cotidiana volvía a él; las mejillas, rojas.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con un hilo de voz.

—Todo —respondí tajantemente.

Roman lanzó un gran suspiro y se restregó los ojos. Miraba al frente, a un lugar remoto. Le costaba hurgar en el pasado.

—Cuando le pedí a Vera que se casara conmigo…

—¿Qué?

—Sí, se lo pedí. Cuando ella cumpla los dieciocho nos casaremos. Su madre se opuso al principio, pero luego se mostró conforme.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará como unas semanas.

—Continúa —dije, aún alterado por la noticia.

—Cuando le pedí que se casara conmigo —retomó— me dijo que su padre había abusado de ella desde siempre, desde que era pequeña. Eso me puso de mala hostia. Se me cruzaron los cables, no pude dormir, incapaz de creer que su padre hiciera algo tan terrible. Me obsesionó tanto que mi familia notó que algo raro pasaba. Pero solo se lo dije a mi primo. Al igual que yo tuvo claro que Bob debía pagar.

Era un monstruo y no merecía vivir. ¿No estás de acuerdo?

—¿Cómo conseguiste la pistola?

—Me la dio mi primo, no sé de dónde la sacó. Después se la di para que la tirara por ahí.

—¿Se lo dijiste a Vera?

—Claro —respondió, casi indignado—. Nunca le oculto nada. Se lo digo todo. Y ella a mí.

—¿Qué te dijo?

—Nada… —seguía con la cabeza baja. Cada palabra emergía de lo más profundo—. Se enfadó, pero luego me abrazó y me perdonó. Entendía por qué lo había hecho.

Ya solo me quedaba la última pieza por encajar.

—¿Por qué Anna ha confesado si es inocente?

Roman se sorbió la nariz y me miró.

—Para protegerme, bueno, para protegernos, a Vera y a mí. Yo quería entregarme. Lo que había hecho estaba mal, muy mal y no me lo quitaba de la cabeza. Tenía pesadillas en las que aparecía Bob, me levantaba envuelto en sudor. Incluso mi madre me llevó al médico pensando que estaba agobiado con los vídeos de YouTube, demasiada presión, sin descanso. Pero aguantaba como podía. Lo que pasó fue que la novia de mi primo se enteró de todo. Creo que mi primo se emborrachó, no sé cómo fue que se lo dijo. El muy idiota. Supongo que le pasó como a mí, necesitaba contárselo a alguien. Pero la novia le presionaba para que lo confesara todo porque era lo que se tenía que hacer. Se lo dije a Vera, ella se lo contó todo a Anna, quien ofreció dinero a la novia para que se callase, pero no lo aceptó. Estaba a punto de entregarme, de verdad, lo juro, cuando de repente ayer me llama Vera y me dice que su madre se va a entregar. No me lo esperaba… Yo no sabía qué decirle. Si ella se entregaba, la policía dejaría de buscar culpables y sería más difícil creer a la novia de mi primo. Además, Anna había pedido el divorcio y Bob se había negado. Era el motivo perfecto.

Nos quedamos en silencio. Roman salía del pasado para aterrizar en el presente. Yo, por mi parte, evaluaba la información sin más.

—¿Qué tengo que hacer, Mark? —me preguntó con un hilo de voz —. ¿Voy a la policía y me entrego?

25

Olía a nata, chocolate y mermelada de frambuesa. Josh zampaba su trozo de pastel justo a los demás niños en una mesita. Llevaban la cara pintada, sombreros, coronas y demás utensilios de disfraces. En un rincón se agolpaban los regalos del cumpleañero.

Los padres nos encontrábamos en un lugar estratégico, llenando el estómago de porquerías industriales, hablando de la paternidad y vigilando de reojo a nuestros retoños. Los anfitriones no se lo habían montado mal, no. Habían alquilado un local en el centro de la ciudad, donde entre semana podías traer al niño para que pintarrajeara las paredes en vez de hacerlo en casa.

Kim estaba trabajando, por eso me había ofrecido voluntario para llevar a Josh, que ya tenía el regalo comprado. Lo que agradecí. Veía la sonrisa de mi hijo flotar de un lado para otro junto a los demás enanos y se me olvidaba por completo la última semana. ¿Cómo era posible? Aún tenía moratones por la cara recordándome la endemoniada peripecia.

¿Cuándo era el mejor momento para llamarla?

Entablé conversación con unos agradables padres, aunque mal peinados. Debían pertenecer a una secta que odiaba a los peluqueros. El pelo del padre estaba cortado a tazón y el de ella con innumerables raíces blancas que parecían no querer estar ahí.

Cuando me preguntaron a qué me dedicaba, les contesté que trabajaba en seguridad privada. Lo primero que acudió a mi cabeza. Confieso que me inquietaba que mi hijo sufriera algún tipo de vacío a causa de mi antiguo oficio. Existe demasiada gente con una temible doble moral.

Sin embargo, la cruda realidad se aparecía ante mí con todo su esplendor. Me sentía como al principio, sufriendo una cierta desazón por mi futuro laboral. Solo de pensar que debía empezar a llamar puertas suplicando por trabajo, me entraba una enorme pereza y una desilusión anticipada.

Era demasiado viejo para embarcarme en estudiar una carrera o colocarme como empleado de alguna hamburguesería. Necesitaba un trabajo común, rutinario y que no absorbiera todo mi tiempo. ¿Es posible en los cuarenta dar un vuelco completo a tu vida? ¿Era mi desencanto un proceso químico y masculino fruto de esa edad? Si tuviera las respuestas a estas preguntas, ¿cambiaría algo mi situación? Alguien dijo que el truco consistía en dejar de hacerse preguntas.

Confieso que eché de menos a Bob. Una parte de mí ansiaba

perdonarle, recuperar a la persona que había conocido, continuar la vida como si nada hubiera pasado y rodar una peli juntos. Celebrar el almuerzo de los domingos y beber una copa al atardecer. Me resultaba titánico prolongar ese idílico recuerdo, porque entonces me acordaba de Vera, y me sentía como un energúmeno. Ignoro si Bob merecía ser asesinado, pero ya era demasiado tarde para sopesarlo.

Mi único consuelo residía en que su recuerdo se iría desvaneciendo con el paso del tiempo. Y llegado un momento su nombre solo me susurraría un amago de lo que significó para mí. Estaba convencido de que la herida cicatrizaría. Ya estaba bien de traumas, con el de mi padre ya había cubierto el cupo. Necesitaba una mente despejada, en la medida de lo posible, para criar a mi hijo.

Dejé al encantador matrimonio charlando con los demás invitados y me levanté entre globos, juguetes y gritos desgarrados de júbilo infantil para llamar a Anna. Sin alejarme demasiado, buscando un rincón discreto, me senté en una silla rosa de princesa con apenas espacio para aparcar mi trasero. Busqué su contacto en el teléfono y pulsé su número. Estaba de espaldas a la fiesta con la mirada vagando por la calle a través del enorme cristal.

En mitad del tercer tono, la llamada se interrumpió con brusquedad. Miré la pantalla del teléfono como si fuera capaz de darme una respuesta trascendente, pero solo estaba iluminada esperando mi próxima acción. Si no llamaba de nuevo la duda me corroería para siempre. Los tonos volvieron a sucederse, como una fúnebre cuenta atrás.

—¿Qué cojones quieres? —espetó Anna.

—Hola, Anna —dije con una voz calmada.

Silencio.

—Solo quería ver cómo estabas. ¿Ya estás en casa, verdad?

—¿Tú que crees?

—Quiero verte, tengo muchas cosas de las que quiero hablar contigo.

—Yo no quiero verte, Mark. Has arruinado la vida de mi hija y la de un pobre chico. Ni pienses por un segundo que voy a agradecerte lo de los tres millones. ¿Por qué tuviste que decirle nada a Roman? ¿Por qué tuviste que entrar en nuestras vidas? Estábamos muy bien sin ti.

—Fue él quien tomó la decisión. Yo no le persuadí.

—¡Después de hablar contigo!

—¿Es que acaso es justo que una persona inocente esté en la cárcel?

—¿Y quién te dice que soy inocente? Soy culpable de no creer a mi hija cuando me confesó que su padre abusaba de ella. Si no llego a ver el vídeo por casualidad en su despacho, no sé qué habría pasado… Por mi culpa su vida fue un infierno. Tendría que haberme atrevido a

disparar. Siempre fui una cobarde y ahora mi hija está destrozada por ver a Roman en la cárcel —Se emocionó—.

—¿Por qué se lo dijiste a Taylor?

—Quería que le diera una paliza a Bob, pero me la jugó. Pero tú y yo sabemos el porqué ansiabas que estuviese libre, para follar.

—¡No es cierto! ¿Cómo puedes decir eso de mí?

—Porque te conozco. Solo has pensado en ti mismo desde el principio, jugando a ser un detective de mierda. ¡Te dije que te mantuvieras al margen!

—Tengo que hablar contigo en persona. Ha sido un error llamarte por teléfono. Esta noche me paso por tu casa.

—Es inútil, ya está vendida. Me he mudado. Newson la vendió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tan rápido? ¿Dónde estás ahora?

—No te lo voy a decir.

—Anna…

—¿Sabes qué, Mark? Siempre había sentido algo por ti. Algo pequeño, intermitente, sin grandes alardes, suficiente para alimentar la esperanza. Pero ahora te odio con toda mi alma.

—No es verdad, solo estás enfadada.

—¿Enfadada? —se oyó una carcajada que se me clavó en lo más profundo de mi ser—. ¿Crees que esto es una especie de rabieta? ¿Que se me pasará y todo arreglado? Aléjate de mi vida. Como te vea acercarte, juro que dispararé a matar. Y esta vez no seré una cobarde.

No dije nada.

Colgó.

Me di la vuelta. Josh corría con los demás niños.